MARTA FLORES

QUIÉREME, AHORA QUE SE PUEDE



MARTA FLORES

QUIÉREME, AHORA QUE SE PUEDE

Primera edición.

Quiéreme, ahora que se puede

©Marta Flores

©septiembre, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



Estaba nerviosa, muy nerviosa, tanto que sentía un nudo en mi estómago. Mi jefe quería hablar conmigo, y yo no tenía ni la más remota idea de lo que quería de mí. ¿Me despediría? ¿Me daría la sorpresa de subirme el sueldo, cosa que me parecía un milagro casi imposible? ¿O simplemente quería hacerme algún comentario sin importancia y yo me estaba comiendo la cabeza para nada? Claro que eso no lo iba a saber hasta que llegara la hora en que se me había citado, y mientras tanto los minutos se me hacían eternos.

—Te lo digo en serio, como tarde mucho en llamarme, me va a dar un yuyu — le confesé a mi mejor amiga, Lucrecia, o Lucre, para los amigos.

Lucrecia y yo nos conocimos en el segundo año de instituto, justo cuando sus padres se separaron y ella se vino con su madre a casa de su abuela. Resulta que su abuela y la mía eran vecinas de toda la vida. Al principio nos saludábamos con timidez, pero bastaron un par de conversaciones tontas sobre deberes y profesores pesados para darnos cuenta de que congeniábamos de maravilla. Desde entonces no nos separamos más. Ella trabajaba en una clínica dental, y desde que nos cruzamos aquel primer día, nos convertimos en inseparables compañeras de batallas.

—Estás haciendo una montaña de nada.

—¿No era un granito? — le contesté, lanzándole una servilleta a la cara, medio enfadada y medio en broma.

—Desde luego, Genoveva, no tienes remedio. Después dices, pero a veces te comportas como una niña pequeña.

Esa soy yo, Genoveva, aunque para los amigos simplemente Geno. Y no, no soy Genoveva Casanova, nada de eso; yo era la López García. Una muchacha de veinticinco años que aún vivía con sus padres, Miquel y Lola, y con la abuela Teodora, la reina de la casa. Tampoco éramos de clase alta, ni mucho menos, pero lo cierto es que no me podía quejar de la vida que llevaba.

Llevaba ya tres años trabajando en una de las mejores revistas de la ciudad, que llevaba por nombre «La Verdad». A quien se le ocurrió el título, la verdad (y nunca mejor dicho), no se exprimió mucho el coco. Pero bueno, lo cierto es que estaba en un sitio privilegiado: la recepción. Ahí no se escapaba ni un detalle, te enterabas de todo lo que pasaba y un poquito más.

—Ay, perdóname, ya me conoces, hasta que no sé de qué va el asunto, no me tranquilizo —le dije a Lucrecia mientras removía mi café con las manos temblorosas.

—Anda, vamos a desayunar tranquilas, verás como al final no es nada malo.

—¡Sí, claro! Como si tú tuvieras una bola de cristal para saberlo. Y para colmo, hoy le dan a mi abuela los resultados médicos.

—¿Sigue igual? —preguntó preocupada. Yo asentí con la cabeza—. Qué pena, con lo que es ella, siempre tan fuerte y alegre.

—Hay días peores que otros, pero me temo que no serán buenas noticias.

—Eres la tía más negativa de este mundo, te lo juro —me regañó, dándome un pequeño golpecito en la mano.

Me encogí de hombros y le pegué un mordisco a mi tostada. Entre bocado y bocado veía que se terminaba el tiempo del desayuno y, como siguiera dándole vueltas a todo, me iba a ir sin haber comido nada.

Al despedirme de Lucrecia, quedamos en que la llamaría en cuanto supiera el motivo por el que me había llamado mi jefe.

Cuando llegué a mi puesto de trabajo, allí estaba Ana, una rubia guapísima de veintidós años, lista para salir disparada a desayunar.

—Esto es un rollo — me dijo cogiendo su bolso.

—¿Qué es un rollo, guapa? — le pregunté mientras soltaba el mío sobre la mesa.

—Pues eso, tener que ir por separado a desayunar. Si lo hacéis es porque no queréis que lo hagamos juntas.

Me reí, aunque ella no lo encontraba gracioso.

—Ana, ¿en serio me lo estás diciendo? Eres peor que yo. Si Lucre te escuchara, te pondría en tu sitio enseguida.

—Completamente. ¿Acaso me ves riendo?

—Lo dicho, peor que yo, hija de mi vida. No ves que no podemos dejar esto solo.

—La próxima vez llamamos a Javier, para que nos cubra. Anda, vete ya, no vaya a ser que me llamen.

Javier era el de seguridad, estaba para mojar pan y repetir. Pero bueno, mi jefe también estaba de buen ver. Y si me dieran a elegir… mi jefe, fijo. Ese hombre me tenía loca. Era de esos hombres que llenan una sala solo con entrar: alto, elegante, con ese aire de seguridad que hace que hasta cuando frunce el ceño parezca de anuncio.

—Me compro algo rápido y vuelvo —me dijo Ana.

No me dio ni tiempo de contestarle que no, porque ya había salido. Así que me puse los auriculares y empecé a coger llamadas.

—*La Verdad*, buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, soy don Cayetano de Irujo. Quería preguntar a qué hora es mi entrevista. con quien tengo el gusto de hablar. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Habla con Genoveva, su exmujer — le dije aguantando la risa—. Lo siento, pero no me han informado de esa entrevista.

—Señorita, déjese de tonterías. Genoveva no es mi ex, es mi mujer.

Madre mía, ¿de dónde había salido ese sujeto? Su tono era tan serio que por un momento me descolocó, pero enseguida caí en que tenía que tratarse de un bromista o de un colgado de cuidado.

—Disculpe, señor, deme un momentito que le averiguo el dato.

No era muy normal que pasaran estas cosas, pero de vez en cuando llamaba alguien, haciéndose pasar por un famoso o inventándose entrevistas. La recepción era un lugar de locos: entraban paquetes extraños, llamadas rarísimas y, a veces, auténticos personajes que se creían estrellas de cine.

Llamé a Paula, la asistente de mi jefe. Ella sí debía saber si aquello era real.

—Buenos días, guapa — me saludó al descolgar.

—Tengo a un loco al teléfono. Dice que es Cayetano de Irujo y quiere saber qué pasa con su entrevista.

—Ja, ja, ja, ¿no sabes quién es?

—¿Cayetano? — pregunté, ya dudando un poco—. Pues no, no tengo el gusto, pero vamos, que tampoco me quita el sueño conocerlo.

—¡Qué va! Es el abuelo del jefe. Tiene demencia senil. Últimamente, es cualquiera menos él. Anda, pásamelo, que yo sé cómo tranquilizarlo.

—Ni se te ocurra decirle al jefe que he llamado loco al abuelo. Y a ver cuándo me llamas tú, hija, que estoy de los nervios.

—Pronto, tranquila. —Me colgó.

Le pasé la llamada y tuve que reírme porque el pobre me decía que cuándo íbamos a comer. No me reía de la situación, que conste; con ese tema era muy respetuosa, porque en casa sabía bien lo que era.

A mi abuela se lo habían diagnosticado hacía dos años. Hoy tenían que recoger los resultados de la última revisión, y eso me tenía con un nudo en la garganta. En esos dos años la enfermedad había avanzado demasiado rápido: olvidos frecuentes, despistes que daban miedo, momentos en los que me miraba y parecía no reconocerme. Eso era lo que más me dolía.

Seguí recogiendo llamadas, firmando paquetes, gestionando mensajería… hasta que tuve que llamar a Javier para que se quedara un momento en la recepción porque necesitaba ir al baño.

Cuando entré, estaban las criticonas de turno. Siempre había un grupito que parecía trabajar de espías más que de administrativas.

—¿Qué pasa, no tenéis nada que hacer? Si yo fuera la jefa, ya estabais en la calle. ¿Os creéis que no veo lo que hacéis durante todo el día? Nada, solo criticar. Vergüenza os debería dar.

—Pero como no eres la jefa, seguimos aquí —me respondió una con descaro.

—Bueno, a ver, ¿quién es la afortunada o el afortunado de hoy?

—Marián, la directora de contenido. Su novio le ha puesto los cuernos, pero lo malo no es eso.

—¿Ah, no? —Negó con la cabeza—. Pues, chica, ya me dirás qué es peor que eso.

—Lo peor es que ha sido con su mejor amiga, y encima está embarazada.

—¿Quién, la amiga? ¡Qué cabrones! —Me llevé la mano a la frente, exagerando el gesto como si estuviera en una telenovela.

—Joder, que no, no te enteras. La que está embarazada es Marián —me estuvieron contando todo de una manera que parecía que lo habían visto todo con sus propios ojos.

—La virgen, qué marrón. Venga, vamos a trabajar, *marujonas*. —Sacudí las manos en el aire como espantando el chisme.

Salimos las tres del cuarto de baño riéndonos, pero a mí se me cambió la cara cuando vi al gran jefe apoyado en el mostrador.

—Lo siento, don Gonzalo, tenía una urgencia. —Me puse seria al instante, aunque notaba que me ardían las orejas de la vergüenza.

—¿De media hora? —Alzó una ceja, mirándome con ese aire de superioridad que me sacaba de quicio.

—¿Tanto tiempo ha pasado? —Miré a Ana, que estaba aguantando la risa —. Es lo que tiene tener la barriga suelta.

—Y la lengua también. ¿O qué se piensa, señorita López, que yo soy tonto y me chupo el dedo? —Su tono sonaba entre serio y burlón.

—No sé… yo de vez en cuando me chupo el dedo, y lo que me dejan. —Me encogí de hombros, intentando quitarle hierro al asunto, aunque por dentro me temblaban hasta las pestañas.

—La quiero en mi despacho en quince minutos. Haga el favor de ser puntual. —Golpeó suavemente la mesa con el dedo índice, como remarcando cada palabra.

—Sí, sí, no se preocupe.

Cuando se metió en el ascensor, Ana y Javier, empezaron a reírse.

—Yo no le veo la gracia. Qué bonito cachondearse de una compañera. —Fruncí el ceño, aunque ellos parecían disfrutar de mi sufrimiento.

—Le has sacado de sus casillas —dijo Javier.

—Ahora sí que llevas todas las papeletas de que te despidan —añadió Ana, todavía sin poder contener la risa.

—¡Joder, Ana! No me eches más mal fario, *joía*. Yo solo escuchaba. Si alguien va a la calle, que sean Esperanza y Pilar. —Moví las manos en gesto de súplica, como si eso fuera a convencer al destino.

—Eso, y a ti que te dejen aquí sentadita, ¿verdad? —Ana me lanzó una mirada traviesa.

No la contesté, me senté en mi puesto a seguir trabajando.

Pasaron los quince minutos y ahí estaba yo, esperando que Paula lo avisara.

—Ya puedes pasar, Geno —me dijo con una sonrisa cómplice.

—¿Cómo lo has visto? ¿Se le ha pasado el cabreo?

—Está con un cabreo de campeonato. —Se me descompuso el cuerpo de golpe. —¡Que no, tonta! Anda, pasa ya, no le hagas esperar.

Entré llamando a la puerta. Sin levantar la cabeza, él me dijo que pasara y cerrara.

Me quedé frente a su escritorio, mirándolo de reojo. Era tan guapo… Ese pelo rizado, rubio, esos ojos marrones profundos que parecían leerme el pensamiento. Debía medir entre uno ochenta y cinco y uno noventa, porque yo con mi uno setenta me sentía pequeña a su lado. Hasta el modo en que hojeaba unos papeles me parecía elegante, como si todo lo hiciera con estilo natural.

—Estás en Babia, Genoveva. Te he dicho que te sientes.

—Ay, perdón, es que estoy un poquito nerviosa, la verdad sea dicha. —Me senté rápido en la silla, cruzando las piernas y descruzándolas sin parar.

—¿Puedo saber el motivo? ¿O es personal? —Alzó la vista por fin, y me atravesó con esa mirada seria que siempre me dejaba desarmada.

—No… sí… bueno, no sé. Depende de lo que tenga que decirme.

—Estás despedida —soltó de repente, sin anestesia, sin miramientos—. El motivo es por hacerse pasar por Genoveva Casanova y reírse de mi abuelo.

Se me heló la sangre.

—¿Su abuelo es Cayetano? —pregunté haciéndome la tonta—. Perdón, no lo sabía. Pensé que me estaba vacilando.

Cuando dije eso, soltó una carcajada que me dejó descolocada. Me relajé un poco al verlo reír, pero al mismo tiempo me puse roja como un tomate.

—No es eso, Genoveva. No estás despedida. No te he llamado por eso. — Se acomodó en el asiento, juntando las manos sobre la mesa.

—¡A mí no me pegue esos sustos, que me puedo infartar!

—Verás… sé por tu padre que tu abuela tiene principio de Alzheimer.

Mi padre era el jefe de mantenimiento del edificio donde yo trabajaba. Mi padre y el suyo eran muy amigos… digo «eran» porque los padres de Gonzalo fallecieron en un accidente de coche hacía seis años. A veces pensaba que esa tragedia era lo que le había dado a mi jefe, ese aire serio, casi distante, que rara vez se rompía con una sonrisa.

—Sí, hoy tenían que ir a recoger los resultados de la revisión.

—Espero que todo vaya bien. —Su voz sonó sincera, sin la dureza habitual.

—Gracias. Yo también, porque para mí mi abuela es lo más importante. — Noté que se me humedecían los ojos, pero pestañeé fuerte para no llorar.

—Para mí, mi abuelo igual. Quería proponerte algo.

—¿A mí? —Me señalé el pecho, sorprendida—. Bueno… si está en mi mano.

—Lo que quiero proponerte no tiene que ver con tu trabajo actual. Me explico: sería un trabajo, pero no el mismo que haces ahora.

—Explíquese, porque no me estoy enterado de nada.

—Quiero llevarme a mi abuelo al pazo, y me parece que tú eres la persona perfecta para ocuparte de él.

—¿Pero yo? ¡Si no soy enfermera! —Abrí los ojos como platos.

—Tranquila, tendrían una enfermera. Tú estarías para entretenerlos y acompañarlos.

—¿Entretenerlos? Que yo sepa, usted no tiene abuela.

—Pero tú sí —respondió con media sonrisa—, y por favor, tutéame.

Capítulo 2



No me salían las palabras. Irme con él a Galicia y poder llevarme a mi abuela… la verdad es que a ella le vendría bien respirar aire puro. A mí tampoco me vendría mal desconectar de la rutina de la oficina y de la ciudad, aunque la idea me asustaba tanto como me atraía.

—No tienes por qué contestar ahora, puedes pensarlo o hablarlo con tus padres. Nos iríamos este verano.

—Te lo agradecería. Esto me ha cogido por sorpresa. ¿Pero tendría que dejar mi trabajo?

—De eso nada. Vas a trabajar. Habrá días que tengas que atender el teléfono. Yo estaré casi todo el tiempo trabajando en casa.

—Eso en casa, a darme dolores de cabeza —dije por lo bajini.

—¿Has dicho algo? —Me levanté para salir del despacho. —Te puedes tomar lo que queda del día libre.

—¿Puedo preguntar algo? —Asintió con la cabeza. —¿También tendría que atenderlo a usted y a su pareja?

—Eso lo dejo a tu elección. No tengo pareja. —Y con esas palabras me resolvió una duda que me carcomía por dentro.

Le di las gracias por darme el resto del día libre y salí del despacho. Iba con la idea de contárselo a Paula, pero no se encontraba en su mesa.

Esperando el ascensor, me topé con Ginés revisando unos papeles.

—Buenos días, Geno. ¿Cómo estás?

—Hola, Ginés, pues muy buena, ¿no me ves? —le dije recorriendo mi cuerpo con una de mis manos.

—Ya lo veo, y es una pena que no quieras salir conmigo. —Me guiñó un ojo descarado.

—Ni en tus mejores sueños, bonito. —Me eché a reír justo cuando llegó el ascensor y me metí dentro.

—Tienes muy mal concepto de mí —dijo entrando en el ascensor—, y eso a mi corazoncito le hace daño.

—Pero por lo mal que te portas con las mujeres, no por las calabazas que te den.

—Dime una cosa, ¿crees que soy persona de hacer daño a las mujeres? Sé por dónde vas. Yo no tengo culpa de que se enamoren de mí, eso lo dejo claro desde el primer momento.

—A mí no tienes que darme explicaciones, que no te las he pedido.

Salí del ascensor sin despedirme de él. Ginés era el típico tío guapo que levantaba pasiones, y lo sabía de sobra. Por eso iba de flor en flor. Lo mismo le daba estar con una que con dos a la vez; él decía que no le debía explicaciones a nadie.

—Venga, suelta, ¿qué te ha dicho el gran jefe? —me preguntó Ana nada más llegar.

—¡Qué barbaridad, chica! Por poco y me lo preguntas en el despacho.

—Estoy intrigada, ¿te ha despedido?

—¿Tú eres tonta? Al contrario, me ha ascendido. Paula se viene contigo y yo paso a ocupar el sitio de ella. —Le guiñé un ojo con gesto triunfal.

—¡No jodas! ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Y tan en serio, Ana. El lunes, Paula será tu nueva compañera… —Escuchamos una voz a nuestras espaldas.

—Buenos días, Gonzalo —lo saludó Ana, toda colorada.

—Buenos días, Ana —le contestó saliendo del edificio.

—Te voy a echar de menos. A ver, Paula no me cae mal, pero no será lo mismo que contigo.

—¡Que es broma, niña! Que no me ha llamado para eso.

—¡Capulla, me habías asustado! —Soltamos una carcajada juntas.

Le estuve contando para qué me había llamado, que aún no le había contestado y que lo tenía que hablar con mis padres.

—Yo me iba. Pasarías unas vacaciones diferentes.

—Y tan diferentes, pero con dos personas como ellos me acabaría volviendo loca. Bueno, te dejo, que tengo lo que queda del día libre: órdenes del supremo.

—¡Qué potra tienen algunas!

—Haber estudiado. —Nos echamos a reír.

Salí de allí dándole vueltas a la cabeza. Lo que me había propuesto me llamaba mucho, pero si ya tenía bastante con mi abuela, ¿cómo me iba a ocupar también de su abuelo, sin conocerlo siquiera?

Cierto es que me gustaría salir de la ciudad, y más en verano que el calor era insoportable. Siempre me había imaginado pasar un tiempo en un sitio

tranquilo, lejos del tráfico y del ruido constante de los coches. Primero tendría que hablar con mis padres. Segundo… ¿De verdad quería estar yo con mi jefe? Pues claro que sí, ¿quién no querría estar con el CEO más guapo de la ciudad? Aunque también era cierto que la fama de mujeriego la tenía bien ganada, y eso me daba un poco de respeto.

Tan ensimismada iba en mis pensamientos que no me di cuenta de que me pasé el portal de mi casa hasta llegar a la esquina. Iba dándole tantas vueltas a lo que me había propuesto Gonzalo, que casi me atropella un ciclista, y ni cuenta me di.

Vivía en un piso de cuatro habitaciones y dos cuartos de baño. El salón y la cocina eran bastante amplios. Lo bueno de vivir en un primero era que tenías terraza grande, lo malo… que toda la porquería de los pisos de arriba acababa cayendo en la tuya.

Recuerdo una noche de verano. Estábamos Lucre y yo tumbadas en las hamacas, charlando, cuando nos echaron agua encima. Despertamos a todos los vecinos con los chillidos. Al día siguiente aún se reían de nosotras en la panadería.

Entré en casa. Por la hora que era, sabía que aún no habían llegado del médico. Me quité la ropa de trabajo y fui a la cocina a preparar la comida. Pensaba hacer unos centros de merluza con gambas y almejas.

Estaba haciendo la ensalada cuando escuché la puerta.

—¿Genoveva? ¿Estás en casa? —preguntó mi madre.

— ¿No hueles? Estoy en la cocina.

—Muy bien que huele, hija —me dijo mi abuela—. Vamos a comer ya, que llevo dos días sin comer.

—Ay, abuela, qué cosas dices, si desayunaste esta mañana.

—Pues yo no me acuerdo. —Miré a mi madre y vi el brillo en sus ojos. Ese brillo de preocupación que a mí me partía el alma.

—¿No esperas a tu hijo? —le preguntó mi madre.

—Muy graciosa, si yo no tengo hijos.

—Pues entonces vamos a comer, que yo también tengo hambre, abuela.

—Venga, vamos a poner la mesa, nieta.

Mi madre y yo nos miramos. Me encogí de hombros; no iba a decirle nada. Sabía que estaría cansada, preferí dejarlo para otro momento si seguía igual.

Estaba terminando de poner la mesa cuando apareció mi padre con el pan. En cuanto lo vio, mi abuela no hacía más que ir detrás de él.

—Abuela, venga a la mesa, ¿no decías que tenías mucha hambre?

—Si, pero aquí hay un hombre que ha entrado en casa.

—Mamá, que soy tu hijo, ¿es que no te acuerdas de mí?

—Yo no tengo hijos. Le dije a mi marido que si me dejaba embarazada, lo dejaría.

—¿Ves, abuela? Te dejó embarazada, el abuelo no está, y tú te quedaste con el niño. —Intenté seguirle la corriente, aunque por dentro se me encogía el corazón.

Mi padre me miraba meneando la cabeza. ¿Qué quería que hiciera? Pues seguirle el juego. Nos sentamos a comer. Les conté lo que me había dicho mi jefe y que necesitaba saber su opinión.

—No lo pienses, hija —me dijo mi abuela, dejándonos con la boca abierta —. Vete. A tu edad nunca digas que no a nada. Ahora, eso sí, dile a tu jefe que ni se le ocurra tocarte.

No pude evitar soltar una carcajada. Ella me miró raro, como si pensara que me estaba riendo de ella.

—No te voy a negar que es guapo, abuela, pero hasta ahí. Es mi jefe y es intocable.

—Ya, como tú veas, hija —me dijo mi padre—. Piensa en los meses tan buenos que vas a pasar. Pero la abuela se queda con nosotros, yo me sentiría más tranquilo. Eso no quita que vayamos un fin de semana a verte.

—No nos precipitemos, que aún no he dicho nada. Tengo que pensarlo muy bien. Pasar todo el verano con tu jefe no es moco de pavo. Además, ¿qué voy a hacer yo sola allí sin mi Lucrecia del alma?

—¿Esa quién es? ¿Tu perrita?

—Ja, ja, ja, abuela, menos mal que no está aquí. No, no es una perrita. Yo no tengo. Es mi mejor amiga.

—Venga, madre, vamos a echarnos la siesta tú y yo un ratito, cada una en su sofá. —Mi madre le cogió de la mano con cariño.

Se dejó llevar. Nos reíamos mucho con ella por los golpes que tenía, pero había veces que se te rompía el alma.

Ayudé a mi madre a recoger la cocina y, cuando terminamos, nos fuimos a echar un rato. Mi madre era enfermera y tenía turno de noche.

Me tumbé en la cama y cogí el teléfono para hacer una videollamada a Lucre.

—Hola, guapa, ¿ya estás tirada en la cama? —me dijo en cuanto me vio en la pantalla.

—Como que tú estás haciendo esfuerzos. Tengo algo que contarte, lo vas a flipar.

—Mujer, yo también necesito estirar las piernas, eso cuenta. ¿Qué es lo que te quería el *buenorro* de tu jefe? —Se acomodó en el sofá, poniéndose más cerca de la cámara. Tenía esa cara de cotilla profesional que me sacaba la risa, aunque yo estuviera preocupada.

—Me ha despedido, Lucre, y no sé qué voy a hacer. —Puse cara de drama total, aunque me duró poco.

—¡No jodas! ¿Pero por qué? Si eres la mejor recepcionista que puedan encontrar. —Abrió la boca como si se acabara de tragar una mosca.

—Es broma. Es algo mejor, pero aún no sé qué hacer. Me ha ofrecido irme a Galicia. Quiere llevar a su abuelo al pazo que tienen allí y quiere que yo lo cuide.

—¿Cómo que no lo sabes? Di que sí. ¿Quién te dice que no acabáis enredados?

—No voy pensando eso, no sé qué hacer. Me ha ofrecido llevarme a la abuela y serían los meses de verano.

—Dile que sí, no seas tonta. No desaproveches las oportunidades de la vida, te lo tengo dicho.

—Pero no estaremos juntas. Me aburriré como una ostra cuando su abuelo esté durmiendo o con la enfermera.

—De eso nada. Tú dile que tu amiga tiene que ir a visitarte. Ya en serio, Geno, di que sí. Si no vas tú, irá otra.

—Bueno, ya veré lo que hago. Te dejo, voy a dormir un ratillo.

Colgué la llamada y solté el teléfono en la mesita. Podría contestarle ahora mismo, pero no quería que pensara que estaba deseando decirle que sí.

Seguía convencida de que no era buena idea: mi jefe era una tentación con patas, y no podía negar que más de una vez había tenido sueños húmedos con él. Me daba vergüenza hasta admitirlo en voz baja, pero era la pura verdad.

La tarde transcurrió tranquila. Salí a dar un paseo con mi abuela y nos sentamos en el parque que había cerca de casa hasta la hora de cenar. Ella iba hablando de recuerdos mezclados, a veces con total claridad y a veces con frases que no tenían mucho sentido.

Como siempre, las duchas con mi abuela desde que estaba así eran una odisea. Decía que ella solo se bañaba una vez a la semana, y había que convencerla casi con un tratado de paz. Entre mi padre y yo hicimos la cena: algo ligero para la abuela, una tortilla francesa con un poco de ensalada.

Cenamos entre risas, hablando otra vez de lo que me había ofrecido mi jefe. Por un lado, quería aceptar, y por otro sabía que iba a ser duro.

Llegó la hora de irnos a dormir. Me acosté tarde, dándole vueltas a cada detalle, a cada palabra que me había dicho Gonzalo. ¿De verdad estaba preparada para pasar el verano con él y su abuelo? ¿Y si me arrepentía? ¿Y si era la oportunidad de mi vida y la dejaba escapar? Me costó mucho cerrar los ojos pensando en tomar una decisión.

Capítulo 3



Un día más empezaba, pero no era como los demás. El día anterior, hablando con mi padre, terminé de decidirme: me lo iba a tomar como una experiencia distinta, un cambio de aires. Si salía mal, al menos tendría la anécdota; y si salía bien, quizá sería el comienzo de algo grande.

Entré en la cocina, donde mi madre estaba preparándonos el desayuno.

—Buenos días, mamá —Le di un beso—. ¿Qué tal tu noche?

—Buenos días, hija, una noche tranquila.

—Pues venga, deja eso y acuéstate ya, que nosotros tenemos dos manos.

—Sabes que hasta que no vengan a recoger a tu abuela no me voy a la cama.

Mi abuela estaba en un centro de día; allí estaba entretenida y nosotros podíamos ir a trabajar tranquilos.

—¿Has decidido qué hacer? —me preguntó mi madre, poniéndome las tostadas por delante.

—Pues la verdad, muy segura, no estoy, pero quizás diga que sí.

—Genoveva, hija, si no estás segura, no te vayas. Si vas así, querrás volver, y tendrán que buscar a alguien corriendo para quedarse con el abuelo.

—Mamá, pero ese no es mi problema.

—Hija… porque sé que estás bromeando, que si no te hartaba a collejas.

—Me voy a trabajar, mamá. Descansa. —Le di un beso y la dejé con su café en la mano.

—Abuela, dame un beso, que me voy a trabajar.

—¡Que yo no tengo nietas! Y menos tan feas como tú. —Le di un beso igualmente, pero se lo limpió nada más dárselo. Me eché a reír.

—¡Que sepas que ya no te doy ni un beso más! ¡Habrase visto, tener abuelas para esto! —Le saqué la lengua como una niña pequeña.

Había veces que te tenías que reír sí o sí por las cosas que decía, pero nunca lo hacíamos con maldad. También había días que llorábamos a escondidas para que ella no nos viera.

Cuando estaba en la calle, no sabía si irme en coche o en metro. Ninguna de las dos cosas me convencía. El coche, por el tráfico infernal: soy de esas que van conduciendo y se desesperan con cualquiera que circule delante. El metro, por la aglomeración: eso de ir apretada como sardina es un verdadero coñazo.

Al final opté por el metro. Me parecía más incómodo, pero tenía la ventaja de dejarme casi en la puerta del trabajo. Mientras bajaba las escaleras mecánicas, me puse los cascos y seleccioné mi lista de reproducción favorita. Enseguida sonó una canción pegadiza de esas que no te sacas de la cabeza en todo el día. Comencé a tararear, y sin darme cuenta lo hacía en voz alta.

He de decir que no se me daba mal, porque más de uno se giró a mirarme. Algunos sonrieron con complicidad, otros me miraron raro, como si estuviera loca de remate.

Loca me iba a quedar en cuanto entrara en el vagón: abarrotado, con gente empujando por entrar. Eso sí, lo bueno del metro es que de vez en cuando te

alegraba la vista. Había cuerpos que merecían un monumento en plena Plaza Mayor.

Otra cosa que me gustaba del metro era ver a menudo a las mismas personas. Estaba el chico que siempre me sonreía y me guiñaba un ojo, el señor que me cedía el asiento como si fuera mi caballero medieval, y la chica de vestidos largos y trenzas hippies que me regalaba una sonrisa diaria.

Eso era lo que más me gustaba de coger el metro. Bueno, también es verdad que me quejo de vicio, porque tan mal no se va. Pero yo soy así: si no me quejo, no soy yo.

Llegué a mi parada, me despedí con un gesto de cabeza del chico sonriente y salí junto a la chica de las trenzas. Nos dijimos un «hasta pronto» y cada una siguió su camino.

Aquel día hacía un tiempo espectacular. Estábamos en mayo, a solo dos semanas de San Isidro Labrador, nuestro patrón. Me encantan esas fiestas: las verbenas, las romerías, los espectáculos castizos… y sobre todo lucir mi vestido de chulapa.

—Buenos días. Aquí está la mejor recepcionista de La Verdad. ¡Qué guapo te ves hoy, Javier! —Le guiñé un ojo a mi compañero de seguridad.

—Buenos días, Geno. ¿Solo hoy? Qué lástima. Ahora entiendo por qué Ana no se fija en mí.

—Madre mía, es que no me haces caso. Te tengo dicho que cojas al toro por los cuernos. Mira que a mí me da en la nariz, que a ella también le haces tilín.

—No lo creo. Si apenas habla conmigo.

—Javier, como no te espabiles, te quedas sin ella. Veré lo que puedo hacer. —Le sonreí con picardía antes de entrar.

La verdad es que Javier era muy mono. No era de esos tíos que te hacen girar la cabeza por la calle, pero estaba de buen ver. Tenía un cuerpo cuidado,

era pelirrojo, de ojos azules, y con algunas pecas simpáticas en la nariz. Veinticinco años recién cumplidos. Pero lo más importante: era noble. Un chico de esos que sabes que nunca te fallarían.

—¿Qué piensas? —me dijo mirándome de reojo—. No me fío de ti ni un pelo.

—Desde luego, lo que hay que oír. Yo aquí rebanándome los sesos para ayudarte y tú que no te fías de mí. Pues hale, ya no pienso más.

Lo dejé con la boca abierta y me fui para mi puesto de trabajo.

—Buenos días, guapetona.

—Buenos días, Geno. Oye, ¿qué hablabas tanto con Javi? —Ana me miraba de reojo, con esa sonrisita de quien huele chisme fresco.

—¿Te gusta, eh, pillina? —Los colores en su cara se hicieron más que evidentes. Ana era muy mala para disimular, se ponía roja como un tomate al primer comentario.

—¿Qué dices, loca? —Me quedé mirándola muy seria, hasta que ella misma se traicionó—. Bueno… me has pillado, pero solo un poco.

Ya… —Me crucé de brazos, disfrutando del momento—. Mira, solo te voy a decir una cosa: parece mentira que estéis trabajando los dos en La Verdad y no salga una por vuestras bocas.

—¿Por qué dices eso? —Iba a contestarle, pero en ese momento escuchamos una tos a nuestras espaldas.

—Buenos días. ¿No tenéis nada que hacer? Os voy a poner un sofá para que os sentéis… —La voz de Gonzalo retumbó como un jarro de agua fría.

—Pues te voy a decir algo: no estaría mal. Y eso que las sillas no son incómodas, al menos para los lunes. —Me encogí de hombros con descaro. Era más fuerte que yo: me salía la ironía antes de pensar.

—Muy graciosa. A las once te quiero en mi despacho.

—¿Tengo que llevar algo? No sé… un desayuno, unos pasteles, un…

—A las once en mi despacho. —Cortó la conversación con su tono serio y se metió en el ascensor.

Cuando las puertas se cerraron, Ana y yo nos echamos a reír. No lo podía evitar: me encantaba chincharlo. Gonzalo era un buen jefe, no solo se preocupaba de la empresa, sino también de sus empleados.

—Geno, cualquier día lo vas a cabrear de verdad. —Ana aún se reía, pero había un deje de advertencia en su voz.

—Pues dos opciones tendrá: quitarse el cabreo o quedarse con él. —Me encogí de hombros con falsa inocencia.

—O enamorarse el uno del otro. —Lo soltó de repente, como quien deja caer una bomba en medio de la sala.

—¿Tú qué has desayunado hoy? —le pregunté con una carcajada—. Le estás quitando el puesto a Lucre.

—Bueno, bueno, yo no te digo nada.

Nos pusimos a trabajar. Ana se encargó del teléfono y yo me dediqué a organizar citas y mantener la agenda en orden. El murmullo de las teclas y los teléfonos llenaba la recepción como música de fondo.

Estaba terminando de revisar unos correos cuando escuché unos tacones. Levanté la vista del ordenador y vi a una mujer muy elegante caminando hacia el ascensor.

—Perdón, ¿en qué puedo ayudarla? —Levanté la voz, pero ni siquiera se volvió hacia mí—. ¡Oiga, señorita! —Salí de detrás del mostrador y la alcancé.

—¿Qué haces? Ya me puedes ir soltando. —La tenía agarrada del brazo.

—Verás… como te he preguntado a dónde vas y no me has contestado, tuve que agarrarte para detenerte. —Intenté sonar formal, aunque lo cierto es que mi paciencia tenía un límite.

—¿Tú sabes quién soy yo? Vamos, es que ni te lo imaginas.

—¿Cayetana de Irujo? —Cuando le dije eso, me miró aún peor. A mis espaldas escuché las risas de Ana y Javier.

—¿Pero qué clase de inepta hay trabajando aquí?

—*Oioioi*… lo que me ha dicho. ¿Por cierto, eso qué significa? —Le puse cara de inocente, como si no entendiera.

—Lo buscas. —Me empujó y siguió hacia el ascensor.

—¿Pero bueno? —La agarré otra vez del brazo—. ¿Estás sorda o qué te pasa? De aquí no te mueves hasta que me digas quién eres y adónde vas.

En ese momento apareció Paula corriendo hacia mí.

—¿Qué haces, loca? No ves que es Marta Piñero. Suéltala, Genoveva.

—Como si es Perico el de los Palotes. Aquí no entra nadie sin decirme quién es y adónde va.

—Voy a hacer que te echen, estúpida —me dijo agarrándose el brazo—. No sabes con quién has ido a dar.

—Bueno, Marta, tampoco es eso. No sabe quién eres y ya está —dijo Paula, restándole importancia.

—Tranquila, Paula, que ella no es nadie para hacer que me despidan. —Me di media vuelta y regresé hacia el mostrador.

Aún escuchaba cómo relataba indignada, pero no me preocupaba demasiado.

—No quisiera estar en tu pellejo. Cuando Gonzalo se entere, tendrás que aguantarlo. —Ana me lanzó una mirada preocupada.

—¿Y quién se lo va a decir? Estoy segura de que tú no. Javier y Paula tampoco. Además, yo solo cumplo con mi trabajo.

—Ella. ¿No sabes que están juntos? —Cuando me dijo eso, me quedé en *shock*—. De verdad, Geno, a veces me pregunto si trabajas en una revista del corazón.

—Será por eso, porque quedo harta. Voy un momento al baño.

Entré en el baño y me eché agua en la cara. ¿De veras eran pareja? Y si era así, ¿a mí qué más me daba?, me dije mirándome al espejo.

—Te has pasado tres pueblos, Genoveva —me dijo Paula, cerrando la puerta.

—¿Que me he pasado? No, guapa, la que se ha pasado es ella. El que esté con él no le da derecho a entrar de cualquier manera.

—Eso no te va a eximir de culpa. Intentaré mediar por ti.

—¿Cómo? Mira, Paula, ya me estoy cabreando. Entra una tía como los borricos, ni unos buenos días, ni nada. Le pregunto adónde va y ni se vuelve, ¿y encima voy a ser yo la culpable? De eso nada. Y esto no se va a quedar así. —Me sequé la cara con rabia. Sabía que había perdido las formas, pero no soportaba la injusticia.

Capítulo 4



Salí del baño y me fui a mi puesto. Ana parecía a punto de decirme algo, pero le hice un gesto con la cabeza para que se callara. Pasé esa hora cogiendo llamadas, derivándolas a los distintos departamentos. Cuando quedaban apenas diez minutos para las once, me levanté para ir a hablar con el jefe.

Me monté en el ascensor, todavía un poco indecisa: no sabía con seguridad qué contestarle. Cuando se abrieron las puertas, caminé hacia su despacho. Paula me vio y se levantó para interceptarme.

—No me vayas a decir nada más, que estoy saturada.

—Y más que te vas a saturar. No veas las voces que tenía la doña; yo creo que el jefe te estaba defendiendo.

—Mira que lo dudo, pero bueno. ¿Lo puedes avisar de que ya estoy aquí? —Me senté en el sofá de la entrada a esperar.

Cogí una revista de las que había en la mesita auxiliar. La verdad es que el famoseo nunca me había gustado, aunque trabajara en ese mundo. No ponía mucho interés en los cotilleos; para eso ya tenía a Ana, Esperanza y Pilar, que eran como radio patio, siempre enteradas de todo.

Pasó media hora y yo seguía esperando. Sabía perfectamente que lo hacía aposta, y más teniendo a la tiparraca de Marta todavía dentro.

—Me da a mí que me va a tener aquí toda la mañana. Ahora, que me da igual: no pienso moverme.

—Mira, aquí está —me dijo Paula descolgando el teléfono—. Ya puedes pasar, Geno.

—¿Con la tiparraca esa dentro? Mal empezamos.

—Genoveva, no la líes más.

Toqué a la puerta y esperé a que me diera paso. El tono con el que me contestó ya no me gustó ni un pelo: estaba con la escopeta cargada.

—Menos mal, porque llevo media hora esperando.

—¿Lo ves? Es altanera y grosera, deberías despedirla. —Marta aprovechó la ocasión como un buitre.

—Marta, te callas o te vas fuera.

—Mejor que se vaya fuera. Lo que tengo que decirte no le importa a ella… vamos, eso creo.

—No te preocupes. Si lo dices por lo de irnos al pazo, ella también viene.

—¿¡Cómo!? —soltamos las dos a la vez.

—Venía a decirte que sí, que me voy. Pero si es cierto que ella va, conmigo no cuentes.

—Mejor, porque no soportaría verte todos los días —me dijo Marta poniendo cara de asco.

—Gonzalo, cuenta conmigo. Me voy a Galicia con vosotros.

Solo con ver la cara de estreñida de Marta, me di por satisfecha. Qué bien me lo iba a pasar ese verano.

—Te lo advierto, Gonzalo: si va ella, conmigo no cuentes.

—Pues nada, a más toco. Nos vemos, guapo, vuelvo a mi puesto. Gonzalo, ya me avisas con lo que sea y cuándo nos vamos. Querida, qué pena que no quieras venir, lo íbamos a pasar muy bien las dos. —Salí dejando la puerta entreabierta, con Marta aún protestando.

En principio no es que me sobraran las ganas de ir, y menos con ella. Pero ahora… por nada del mundo me iba a quedar aquí: esa tía me las iba a pagar.

Paula no estaba en su puesto, pero estaba segura de que en cuanto pudiera me buscaría. Iba hacia el ascensor cuando me topé de frente con Ginés.

—Mira que hay hombres en el mundo, y siempre tengo que ver al mismo —me dije a mí misma, lo bastante alto para que me oyera.

—¿Cuándo me vas a contar qué te he hecho yo para que me trates así? ¿Acaso hemos estado juntos tú y yo? Porque si es así, no lo recuerdo.

—Tus ganas, chaval. Ya te lo he dicho muchas veces: aunque fueras el último hombre de la faz de la tierra.

La verdad es que, si me ponía a pensarlo, realmente no me había hecho nada. No sé por qué la tenía tomada con él. Supongo que a veces me buscaba las hostias yo sola, pero luego recordaba que dolían y se me quitaban las ganas.

—Genoveva, en serio, me gustaría que tú y yo habláramos sobre esto con un café, cuando quieras, sin presión.

—Vale. Espérame sentado… que de pie te vas a cansar. —Lo dejé allí y entré en el ascensor.

Volví a mi puesto con una sonrisa de oreja a oreja, no por la conversación con Ginés, sino porque me iba con mi jefe.

—No me digas nada —me dijo Ana—. Te vas con él.

—Con él y con Marta. Qué bien me lo voy a pasar, Anita. Soy capaz de enamorar al jefe con tal de fastidiarla.

—Ten cuidado, Geno, que puedes salir escaldada. Aparte de que sé que vas a caer en tu propia trampa.

No la contesté. Quizás tuviera razón. No iba a negar que mi jefe me gustaba, pero nunca había querido tener nada con él. Solo con verlo me bastaba. Además, yo no quería una relación seria con nadie, aunque mi abuela siempre decía que eso era porque no había encontrado al adecuado.

—Genoveva, ¿me estás escuchando? —me preguntó Javier.

—Pues no, estaba en babia. ¿Qué me decías?

—Que te vayas a comer con Ana. Yo me quedo pendiente, Sergio no tarda en llegar.

—Te lo agradezco, pero no tengo mucha hambre.

—Anda, vete a comer con ella, así me echas una manita.

—¡Qué capullo eres! Vamos, que no es porque yo coma, sino porque la sonsaque información. Pues sepas que esto tiene un precio.

—Lo que quieras, tú pide.

—Mira, te lo voy a hacer gratis… joder, qué mal ha sonado eso. —Soltamos una carcajada.

—Ya, pero yo te he entendido.

—Ya sabía yo que eras una cualquiera —escuché a mi espalda—, y tú la quieres dejar en manos de tu padre.

—Mira, *monina*, cuida esa lengua que te la puedo arrancar de cuajo.

—Y encima agresiva. Piénsalo, Gonzalo: yo no dejaría a mi padre con esta.

—¿De veras la tengo que aguantar? —le dije a mi jefe.

—Bueno, se acabó. Marta, no tengo que pensar nada: tengo muy buenas referencias de ella en ese aspecto. Y tú, Genoveva, te pido por favor que haya un poquito de tregua. Me estáis volviendo loco entre las dos.

El pobre tenía el cielo ganado con nosotras dos. No se merecía el comportamiento que estaba mostrando. A Gonzalo le podías pedir cualquier cosa: si estaba en sus manos, lo tenías. Nunca miraba a un empleado por encima del hombro; si había que quedarse hasta tarde cerrando una edición, él estaba ahí.

Igualito que mi antiguo jefe, que a ese le daba igual lo que pasara: a su hora se iba y punto.

Intentaría poner de mi parte, y así se lo hice saber a Gonzalo.

—Te advierto una cosa: como me joda, se la lío parda. Y si te quitas del medio, Martita, me voy a comer.

Llegué a la cafetería de la empresa. Allí comíamos siempre: era más cómodo y, además, lo pagaba la empresa.

—Pensé que ya no venías —me dijo Paula.

—He tenido un encontronazo con tus *amiguis*.

—No son mis *amiguis*. Venga, cuéntanos, que estás deseando.

—Qué miedo me da que me conozcas tanto, capulla. —Soltamos una carcajada.

Mientras me traían mi bocadillo de calamares, que era lo que me apetecía, les conté todo: desde que subí hasta que pararon en la recepción.

—No quisiera estar en la piel del jefe este verano —me dijo Paula.

—Yo tampoco, pero él me lo ha pedido. Por cierto, Ana, haz el favor de salir ya con Javier.

—¿Qué dices, loca? Si a mí no me gusta. ¿De dónde sacas eso? No sé por qué tengo que salir con él.

—Porque al final se va a cansar de esperarte y lo vas a perder. Niña, tú le gustas, él te gusta… de verdad que no os entiendo. Una cosa te digo: a mí no vengas llorando.

—Joder, Geno, das miedo, tía —me dijo Paula riéndose.

Me puse a comer mi bocadillo. No volví a hablar: solo escuchaba lo que se decían entre ellas.

—Está bien, hablaré con él —me dijo Ana—. Espero no arrepentirme.

—Anda ya. Si estás deseando lo mismo que él. Mira, cuando se lo digas, lo va a flipar: te invitará a salir el viernes, te llevará a su casa y… bueno, follaréis como conejos.

—Tú y la sutileza no sois amigas, ¿verdad?

—Pues no. El día que ella fue a clase, yo falté. Una lástima.

Cuando volvíamos a nuestros puestos, Javier me miraba como si en mi cara pudiera leer la respuesta. Con lo bien que disimulaba yo…

—Gracias, Javier —le dijo Ana—. Por cierto, ¿me recoges cuando salga? Podemos ir a tomar algo.

—Claro que sí. Aquí estaré. Que tengáis buena tarde.

Vaya dos patas para un banco. Pero me alegraba por ellos: estaba convencida de que esa relación iba a ser muy larga.

Nos pusimos a trabajar. Esa tarde el teléfono no nos dio un respiro hasta la hora de irnos.

—Bueno, guapi, ya me contarás mañana. Disfruta mucho y no te dé vergüenza: él está por ti desde hace mucho tiempo. —Le di dos besos y me despedí de ella.

Capítulo 5



Cuando llegué a mi casa escuché a mi abuela llorar y gritar.

—Pero bueno, ¿qué pasa aquí? ¿Por qué llora lo más bonito de la casa? —Miré a mi padre y vi que tenía lágrimas en los ojos.

—Ay, hija, menos mal que has venido. Los vecinos ya saben lo que tenemos en casa, porque yo ya no sé qué hacer.

—Pero ¿qué ha pasado? Venga, vamos a sentarnos los tres y tranquilizarnos.

—Dile que se vaya. Es malo, este hombre es malo. ¿Y tú quién eres? Eres muy guapa.

—Claro, soy muy guapa porque me parezco a ti. Yo soy tu nieta, y este hombre tan guapo es tu hijo Miguel. Mira lo guapo que es.

—¿Yo tengo un hijo? Pero no me acuerdo. Tampoco de ti.

—Ven, siéntate aquí, que te voy a enseñar una cosa.

La cogí de la mano para que se sentara a mi lado. Se me partía el alma al ver a mi padre así, y también me dolía por mi abuela, que lo pasaba fatal cada vez que no nos reconocía.

Mi padre sacó un álbum de fotos de un cajón del mueble. Ese álbum siempre era lo que mejor nos servía para tranquilizarla.

—Mira, Teodora. Esta que está aquí eres tú. El que está contigo es el abuelo Miguel, pero ya no está con nosotros: él nos cuida desde el cielo. ¿Ves ese niño que tienes en brazos? —asintió con la cabeza—. Pues ese es tu hijo Miguel, que es este señor que está aquí contigo.

—¿Y por qué no me acuerdo de él? Eres muy guapo, Miguel, te pareces a este otro señor de la foto.

—Abuela, no te acuerdas de él porque esta enfermedad es una mierda que te va borrando los recuerdos.

—Hija… —me dijo mi padre apretándome la mano.

—Estoy bien, no te preocupes. Pero es la verdad.

Seguimos mirando fotos: de ella de joven con el abuelo, de mi padre de pequeño en brazos, de mí cuando era un bebé. Todos lo pasábamos fatal en esos momentos: nosotros, por la impotencia de verla así, y me imagino que ella, por sentirse rodeada de desconocidos.

—Bueno, y ahora vamos a cenar, porque me da en la nariz que no habéis comido nada, ¿me equivoco?

—No, hija, no te equivocas. Voy a preparar algo —me dijo mi padre, con una pena que me partía el alma.

—No, papá, yo voy. Abuela —le cogí las dos manos—, ahora tu hijo te va a enseñar más fotos y te irá contando dónde estabais en ese momento, ¿vale?

—Vale, quiero ver al señor guapo. —Me tuve que reír con ella, pese a todo.

Mis pensamientos al llegar a casa eran ducharme primero, pero visto lo visto, lo dejé para después. No nos gustaba que la abuela cenara demasiado tarde. Hice un caldito de verduras y vi que mi madre había dejado empanadillas en el horno, listas para calentar.

Nos sentamos a cenar. Para entonces mi abuela ya estaba más tranquila: me miraba y sonreía.

—Papá, ya le he dado una contestación a Gonzalo.

—Espero que le hayas dicho que sí. Estás preparada para ello. No sé por qué no quieres dedicarte a eso.

Mi padre tenía razón. Tenía el curso de sociosanitario, aunque solo lo ejercí en las prácticas. Después hice otro de secretariado y estuve tres años trabajando en una empresa de automóviles, hasta que me despidieron por cierre. Lucrecia me habló de la revista donde trabajaba su prima —Paula— y así terminé de recepcionista.

—Sí, le he dicho que sí. Pero me gustaría llevarme a la abuela conmigo. Sabes que él cuenta con ella.

—Hija, yo me sentiría más tranquilo con ella aquí.

—Papá, ya has visto cómo se pone cuando no te recuerda. —Vi cómo le brillaban los ojos.

—Tienes razón, hija. Haré lo que tú me digas.

—No es eso. Mira, vamos a hacer una cosa: cuando me vaya, me iré sola. Una vez instalada, si veo cómo es Cayetano, lo hablamos.

—¿Cayetano? ¿Ese quién es?

Le conté a mi padre la historia de la llamada. Nos reímos, aunque vuelvo a recalcar, que jamás lo hacíamos con maldad. Simplemente, a veces las situaciones te hacen reír, pero nunca de ellos.

—Es un gran hombre. Siempre ha estado muy pendiente de sus trabajadores, y jamás lo habrás visto alardear de su posición.

—Ahora entiendo a quién ha salido el hijo. Lo que no sé es por qué quiere que vayas tú, con lo *porculera* que soy con él.

—Porque yo se lo dije. Me comentó un día que quería irse al pazo, pero antes tendría que encontrar a alguien para que estuviera pendiente del padre.

—Y tú le dijiste que esa era yo —asintió con la cabeza—. ¿Papá, tú sabías que tenía novia?

—Hija, esas cosas no me las cuenta a mí.

Terminamos de cenar. La abuela nos escuchaba; a veces sonreía, otras parecía perdida en sus pensamientos. La llevé a la cama, le puse su camisón, la senté frente al espejo y le cepillé el pelo. Ese momento me encantaba, porque estuviera lúcida o no, siempre me sonreía con una ternura que me deshacía por completo.

—Ahora a dormir toda la noche, que mañana no querrás levantarte. Te quiero mucho, abuela. —Le di un beso en la frente y salí de la habitación.

—No te imaginas cómo me duele verla así —me dijo mi padre cerrando la puerta.

—Créeme que me puedo hacer una idea, porque a mí también me duele mucho. A veces es como si fuera una niña pequeña, indefensa. Y ahora, usted y yo, señor López, nos vamos a sentar un rato en el sofá, hasta que ella se duerma.

—No sé qué haría sin ti, hija.

—Yo tampoco. —Nos echamos a reír.

Estuvimos hablando de lo bien que le vendría a mi abuela un cambio de aires. Le conté que no estaría sola, que también habría una enfermera las veinticuatro horas del día.

Aun no estando del todo convencido, nos fuimos a la cama. Antes de entrar en mi cuarto me asomé al de mi abuela: dormía plácidamente. Cerré la puerta con cuidado y entré en el mío.

Cogí mi teléfono para hablar con Lucre. Se me hacía raro que no me hubiera llamado. Qué extraño que tardara tanto en responder.

—¿Dígame?

—¿Así y ya está? Qué manera más bonita de contestar. Y yo aquí, preocupada por ti.

—Ay, perdona, Geno. Te he querido llamar, pero estoy tan entusiasmada que se me ha pasado.

—¿De qué me estás hablando? Lucrecia, ya puedes soltar por esa boca.

—He conocido a alguien. Bueno, estamos en ello: solo nos hemos visto dos días.

—Ya estás soltando por esa boca.

—Fue de casualidad, Geno, como en las películas. —Me reí—. Chica tropieza con chico, chico pide perdón, invita a café…

—¡Nooo! ¿En serio?

—¡Síii! Y tan en serio, que el viernes he quedado con él.

—Lucrecia, sé que no te gusta que te lo diga, pero ten cuidado.

Lucrecia era muy enamoradiza. Lo malo no era eso, sino que siempre acababa sufriendo: raro era el chico que le duraba más de dos meses.

—¿Qué es lo que te digo siempre?

—Pase lo que pase, la vida son dos días —dijimos las dos a la vez.

—Pero después me toca recoger tus pedacitos.

—Esta vez me da que me va a ir bien. Este será un amor para siempre.

—Ojalá, amiga, porque te lo mereces.

Estuvimos hablando un rato. Como siempre, acabamos en tema de trabajo. Le conté todo lo que me había pasado con Marta; no hacía más que reírse, igual que yo cada vez que recordaba cómo la traté.

—Bueno, no la trataste mal, solo la pusiste en su sitio.

—Calla ya, loca. Venga, vamos a dormir, que es muy tarde. Hasta mañana, preciosa.

Aún me estaba riendo cuando colgué. Desde luego que esta muchacha no tenía remedio. Pues nada, tendría que esperar al viernes para conocerlo.

Solté el teléfono en la cómoda y me dispuse a darme una ducha. Era una de mis horas favoritas del día: meterme bajo el agua y sentir cómo cada músculo se destensaba.

Salí de la ducha. Tras secarme, me puse crema. Me miré al espejo y tuve que sonreír al pensar: qué lástima, con el cuerpazo que tienes y lo desaprovechada que estás. Sí, tenía abuela; sí, estaba durmiendo.

Ya en la cama, cogí un libro para leer. Antes de abrirlo, me puse a pensar en todo lo que podría pasar ese verano. ¿Sería un verano inolvidable, o un infierno? Bueno, inolvidable iba a ser, eso estaba claro: para bien o para mal.

Dejé esos pensamientos fuera, abrí el libro y me puse a leer. Me gustaba sentirme la protagonista de ellos, ya fuera con finales felices o con tropiezos, pero se vivía tan bonito el amor, que ojalá en mi vida fuera igual.

Estuve un buen rato leyendo hasta que se me cerraban los ojos. Cerré el libro, apagué la luz y me dejé caer en los brazos de Morfeo.

Capítulo 6



Por fin llegó el viernes. Lucrecia no hacía más que repetirme: *«te va a gustar, ya verás»*. Me tenía frita. La veía tan ilusionada con su nuevo amor que me daba hasta miedo, conociéndola como la conocía.

Los viernes trabajábamos hasta las tres. Ese día solíamos juntarnos algunos compañeros a tomar algo y comentar cómo nos había ido la semana.

—Señoritas, se va acercando la hora, ¿estáis listas? —nos dijo Javier con una sonrisita de oreja a oreja, como si ya tuviera la tarde planeada.

—Vaya, qué contento está el señorito. —Le lancé un papel arrugado, que esquivó al vuelo—. ¿A qué se debe tanta alegría?

—A mí no me mires, ¿eh? — dijo Ana, roja como un tomate, bajando la cabeza para esconderse detrás del monitor.

—Espera, que voy a llamar a Paula y la miro a ella. —Me apoyé en la mesa con aire teatral.

Quedaba una hora… una hora en la que francamente ya no hacíamos ni el huevo. Bueno, algo sí: recogíamos lo poco que había que recoger y dejábamos todo preparado para salir pitando, como aquel que dice.

Algunos viernes se unían a nosotros Gonzalo y Ginés, pero eso no lo sabíamos hasta que ya estábamos en el bar. Siempre decía que lo hacía para sorprendernos, para que no nos acostumbráramos a su presencia.

—Que tengáis muy buen fin de semana, chicas —nos dijo Ginés, ajustándose la americana con esa pose de galán que tanto le gustaba.

—Gracias, guapo —contestó Ana—, igualmente para ti.

—No tengas duda. Estaba deseando que llegara este día. Sobre todo, la noche —añadió guiñando un ojo.

—Claro… ya tendrás planeado cómo ligarte a tu próxima víctima —solté, cruzándome de brazos.

—Genoveva, te estás pasando ya un poquito. No eres nadie para juzgarme. Ya te lo he dicho muchas veces: no te creas todo lo que se dice de mí. —Me señaló con el dedo antes de girarse.

Se dio media vuelta y se fue con paso firme.

—Te pasas mucho con él. Desde luego, tiene el cielo ganado contigo —dijo Ana encogiéndose de hombros.

—No creo que me pase. Sé lo que hace a las mujeres y cómo las trata.

—No, no lo sabes. —Escuché a mi espalda. Me giré y vi a Gonzalo, que me miraba muy serio—. Ginés habla claro con ellas. La mujer que está con él sabe perfectamente que no es hombre de relaciones. No están obligadas a nada. No es culpa suya que algunas se enamoren.

—Vaya, vaya… pero si pareces tú el abogado en vez de él. —Le di un toquecito en el brazo, intentando quitarle hierro.

—Parece ser que no —me dijo al oído, tan cerca que sentí un escalofrío—. ¿Acaso tú…?

—¿Qué dices? ¡Ni loca! —Exageré un gesto de horror con las manos—. Vamos, lo que me faltaba por escuchar.

—Mejor, Geno, mejor. —Se apartó despacio, como si hubiera dejado caer algo en el aire, y se fue.

—¿Qué ha pasado aquí? —dijo Ana—. Joder, se respira tensión.

—Otra loca… madre mía. Ea, ya me habéis echado. Os espero en el bar. —Cogí mi bolso sin darle más vueltas.

—La loca eres tú, por no querer darte cuenta de las cosas —replicó Ana medio en broma.

Recogí mis cosas y salí sin mirar atrás. ¿Qué había pasado? ¿Por qué me había puesto nerviosa al escuchar su voz tan cerca? Ea, ya estaba con mis tonterías.

—Espérate, mujer —me dijo Ana—. No te enfades. Es que no le has visto, pero te ha mirado con una cara…

—Con la que tiene. ¿O quieres que me mire con la tuya? —le respondí con sorna.

—No, Geno. Te ha mirado con cara de «hoy tengo ganas de ti».

Mis pies se pararon en seco. La miré fijamente y no pude evitar soltar una carcajada tan grande que la gente que iba saliendo se me quedaba mirando.

—Mira, como en la canción. ¡Qué guay! —Seguí riéndome.

—Sí, tú ríete, pero ya me darás la razón. Es más, cuando vuelvas este verano del pazo, vienes con fecha de boda.

Me adelanté. No pensaba seguir escuchando tanta tontería junta. ¿A ver si de no mirar a mi jefe con otros ojos iba a empezar ahora a hacerlo?

Ana seguía hablándome, pero yo ni caso. Entré en el bar directa a la mesa que siempre cogíamos. Esa estaba más que reservada. Desde allí se veía todo el bar, no se escapaba ni una, y eso era lo que nos gustaba.

—Chicas, ¿os importa que se una Javier con nosotras? —preguntó Ana, alternando la mirada entre todas.

—Vamos a ver, nunca has querido que se siente con nosotras, ¿y ahora de buenas a primeras sí? —Solté el bolso encima de la mesa y levanté una ceja.

—Ana, yo digo lo mismo. —Paula alzó las manos, con gesto de inocente —. No te ofendas, Javi, pero hay temas que no se pueden tocar con hombres delante.

—Tranquila, si ya se lo he dicho yo —respondió Javier encogiéndose de hombros, con esa calma que tenía siempre—, que me iba a la barra a ponerme al día con mis compañeros.

—¡Qué grande eres, leches! —Le soltó Paula entre risas, dándole un golpecito en el brazo—. Si esta te da calabazas, llámame a mí, guapo, que estoy libre.

—¿En serio Paula? —le dije viendo la cara de Ana.

—Joder, que estaba bromeando —replicó Paula alzando la copa, como quien intenta quitar hierro—. Ana, si lo hubiera querido para mí, ya lo habría tenido hace tiempo.

—Modesto baja, que sube Paula —rematé yo, intentando cortar la tensión. Nos reímos, aunque a Ana aún se le notaba la mosca detrás de la oreja.

—Antonio, pon aquí tres cervezas. La de la niña, sin alcohol —pidió Ana, recalcando lo de «niña» mientras miraba de reojo a Paula.

—No sé qué le pasa hoy a esta, Antonio —añadió Paula con sorna—. Mejor ponme otra cerveza para mí.

—Qué mal hablada eres —la reprendió Ana.

—Lo he aprendido de ti. Soy como una esponja: absorbo todo —contestó Paula, encogiéndose de hombros.

—Chicas, como sigáis así, esta que está aquí se levanta y se va —dije levantando las manos—. Una cosa son las bromas, pero estáis a punto de tiraros de los pelos.

—Venga, ya paro, no te enfades —me dijo Paula alzando las manos, como si se rindiera.

Nos juntamos con algunos de nuestros compañeros. En la revista se vivía un buen rollo difícil de encontrar: a unos los conocías más, a otros menos, pero siempre había compañerismo.

Al final, por una cosa u otra, terminamos comiendo todos allí, entre risas y charlas.

A las cinco de la tarde di por terminada la comida. Me había pasado un pelín con el vino, pero solo un pelín. Ginés se ofreció a acompañarme a casa. Me negué rotundamente.

La verdad es que a ciencia cierta no sabía qué me pasaba con Ginés. Lo más curioso era que no me había hecho nada, pero no podía con él.

Llegué a casa. Mi madre estaba en el salón leyendo, y mi abuela viendo la tele.

—Hola, mamá. ¿No ha venido mi padre?

—No, hija. Me dijo que llegaría un poco más tarde. ¿Qué tal la tertulia con los compañeros?

—Bien, ya sabes, como siempre: escuchándonos las tonterías de todos. Abuela, ¿qué estás viendo?

—Nada, hija. Estoy esperando que salga tu abuelo toreando. —Miré a mi madre, que negó con la cabeza—. Muy bien, cuando salga me despiertas, que me voy a echar un rato.

—Hija, no seas así con ella.

—Mamá, no le he dicho nada. Solo le sigo el juego. Ella es así de feliz.

Me fui a echar un rato. Lucrecia vendría a buscarme y no quería estar cansada antes de salir.

La verdad es que fue caer en la cama y quedarme frita: no recuerdo ni cómo me quité los zapatos. Me despertaron voces y llantos. Me levanté y salí corriendo a ver qué pasaba.

—¿Pero esto qué es? — pregunté entrando en el salón, con las manos en la cabeza al ver todos los libros de la estantería tirados por el suelo.

—Chica, llama a la policía. Este hombre me quiere pegar —gritaba mi abuela, con la cara desencajada, señalando a mi padre.

—Mamá, que soy tu hijo —dijo mi padre con voz rota, extendiendo las manos hacia ella—. Anda, deja los libros quietos.

—Abuela, mírame —me arrodillé a su lado, intentando que se calmara—. Soy Genoveva, tu nieta, la que te peina todas las noches.

—¿Qué nieta? Si yo lo que tengo es un nieto, y ha ido a por su niña al colegio.

—Abuela, pues claro… —tragué saliva y le sonreí—. Yo soy la mujer de tu nieto. Me ha pedido que te cuide hasta que él venga.

—¿Y este hombre quién es? —dijo señalando a mi padre con desconfianza —. Porque yo no lo conozco.

—Es mi padre, Miguel —le respondí despacio, como explicándole a una niña—. Vive aquí con nosotros, contigo y conmigo.

—Es guapo tu padre… —murmuró de repente, ladeando la cabeza como si buscara un parecido—. Mi hijo también es muy guapo, verás cuando venga.

Sentí un nudo en la garganta. Miré a mi padre, que agachó la cabeza con los ojos brillantes. Qué duro era eso: ver que la mujer que te dio la vida no te reconocía.

Recuerdo un día que me quedé sola con ella. Me la encontré llorando en el suelo del salón, diciendo que la habían secuestrado, que esa no era su casa. En ese momento se te cae el mundo a los pies.

—Miguel, hijo, ¿me llevas a dar un paseo al parque? —dijo ella de pronto, cambiando el tono, como si nada hubiera pasado—. Quiero ver si está mi amiga Juana.

—Claro que te lleva al parque, ¿verdad que sí, papá? —intenté aligerar la situación, cogiendo dos monedas del cajón—. Venga, que os voy a dar dos euros para pipas.

—¿Niña, tú qué has bebido? —me dijo mi abuela, dándome una colleja.

—¡Joder con la abuela! —Me llevé la mano a la cabeza, dolida y riéndome a la vez—. Eso no se le olvida, ¿eh? ¡Que me ha picado!

—Eso es para que dejes de decir tonterías, que ya eres muy grande —refunfuñó ella—. Miguel, ¿nos vamos?

—Venga, sí —respondió mi padre con paciencia, aunque en su mirada había tristeza.

—Pues yo me vuelvo a la cama, que me acababa de quedar dormida cuando ha empezado el jaleo… y ya sabéis que esta noche salgo —dije yo, frotándome los ojos y fingiendo un bostezo.

—Mírala, no piensa en nada más que en salir. —Bufó mi abuela, sacudiendo la cabeza.

—¿Te quieres venir, abuela? —Le guiñé un ojo con complicidad—. Primero vamos a cenar, después de copas y a ligar. Quién sabe, a lo mejor te echas un novio.

—Miguel, ¿cuántas veces os he dicho que no malcriéis a la niña? La habéis dejado tonta —sentenció, apuntándome con el dedo.

Me quedé con la boca abierta, mientras mi padre estallaba en carcajadas.

—Eso para que espabiles. Vámonos, hijo, que ya lo he dicho todo. — Se giró toda digna, como si acabara de zanjar una discusión importante—. ¿Qué se piensa esta niña, que estoy tonta y me chupo el dedo?

—¡Qué carácter! —resoplé, dejándome caer en el sofá—. Me voy a dormir un rato.

Capítulo 7



Me levanté asustada: no había puesto el despertador y no sabía la hora que era. Miré el reloj, las siete de la tarde. Joder, sí que había dormido. Me incorporé porque no escuchaba ruido ninguno en casa.

Salí de mi cuarto y me asomé al salón, pero no había nadie. Fui entonces a la cocina en busca de un vaso de agua, aunque, para qué engañarme, también me rugía el estómago. Abrí el frigorífico y ahí estaba: un trozo de empanada de pollo que había preparado mi abuela. Cuando estaba en sus buenos días todavía se animaba a cocinar, siempre con nuestra ayuda, claro. Nos daba miedo que, en uno de sus despistes, terminara liándola, pero seguía siendo su manera de sentirse útil… y de recordarnos quién era.

Mientras mordía la empanada, mandé un mensaje a Lucrecia:

Geno: *Niña, ¿te has levantado ya? Cuando te levantes, llámame.*

Mientras me contestaba, fui a ducharme. Siempre me pasaba lo mismo: me entretenía en la ducha con *Pepón* y se me hacía tarde. Una vez lista, me puse crema por todo el cuerpo y escogí ropa interior roja, rojo pasión, por lo que pudiera pasar. Nunca se sabe quién te puede ver.

El móvil vibró con la contestación de Lucrecia:

Lucre: *Socorro, «amigui», no sé qué ponerme. ¿Tú qué te vas a poner?*

Geno: *Los pantalones están descartados. Por si me tienen que coger el mejillón, que tengan fácil acceso. Lleva una temporada muy triste, y con Pepón no es lo mismo.*

Lucre: *Ja, ja, ja, di que sí, las cosas claras. Venga, te recojo a las nueve en tu puerta. No me hagas esperar mucho, que te conozco.*

Solté la carcajada sola en mi cuarto, meneando la cabeza. No le contesté más. Ya tenía mi ropa preparada encima de la cama: mis pantis negros con topitos, un vestido rojo hasta medio muslo, de tirantes, con escote corazón ajustado y con pliegues que realzaban la figura.

Volví a meterme en el baño. Tocaba peinarme y maquillarme. Me recogí el pelo en una coleta alta, me eché mi perfume favorito, ese que siempre me hacía sentirme especial, y me maquillé como a mí me gustaba: no muy cargada, pero lo justo para resaltar. Cogí la paleta de marrones ahumados para los ojos, me di un toque de color en las mejillas y, por supuesto, saqué mi barra de labios roja. Mientras me pintaba los labios, sonreí pensando lo que diría mi abuela al verme: *como me vea así, me suelta lo de siempre.*

Ya solo me faltaba calzarme los zapatos de tacón fino negros, ponerme la chaqueta negra, el bolso rojo y, lista. Que se preparara Madrid, que esta noche salía yo.

Fui hacia la puerta convencida de que no había nadie más en casa, pero, cuando estaba a punto de abrirla, sentí un tirón en el brazo.

—¿A dónde te crees que vas, señorita? —me soltó mi abuela, fulminándome con la mirada—. Así no sales a la calle. Mírate, ¡pareces un putón verbenero!

—¿Abuela? —Abrí los ojos como platos—. ¿Se te ha ido la pinza o qué? Además, los putones verbeneros no existen.

—¡Y que no existen, dice la mocosa esta! —replicó refunfuñando, con cara de escándalo.

—Papá, ¿no piensas decir nada? —Lo miré buscando apoyo, mientras él se mordía el labio para no reírse—. Al final se me va a hacer tarde.

—Hija, ya sabes cómo es —suspiró—. Madre, déjala ir, que ya es mayorcita.

—¿Mayorcita? —resopló mi abuela cruzándose de brazos—. Te voy a decir una cosa: como vengas borracha, no entras por la puerta de esta casa.

—¡Dios! Qué sargento se perdió el ejército. Anda, dame un beso y no me esperéis despiertos.

—Pásalo bien, hija, y ten cuidado —me dijo mi padre dándome un beso en la frente.

—Ya sabes que sí, papá —respondí devolviéndole el beso en la mejilla.

—Conmigo tenía que haber dado esa. —Remató mi abuela, chasqueando la lengua.

Madre mía con mi abuela. En ese aspecto era de la vieja escuela: si por ella fuera, me vestiría como una monja.

Nada más salir del portal, vi que Lucrecia llegaba en un coche.

—¡Buenas noches! —saludé en general, acercándome a la ventanilla—. ¿No me dijiste que ibas a coger un taxi? Por cierto, estás guapísima. —Le di un beso rápido.

—Pero me encontré con un amigo —contestó, acomodándose en el asiento con sonrisa misteriosa.

—¿Y a mí no me das las buenas noches como es debido? —dijo de pronto el conductor, justo cuando paramos en un semáforo.

Al principio no caí en quién era. Pero cuando escuché su voz, se me encendió la sonrisa de inmediato.

—¡Pero bueno, mira quién es nuestro ángel esta noche! —Me incliné hacia delante—. ¿Cómo estás, Nacho?

—No tan bien como tú, preciosa. Estás espectacular —me contestó con esa mirada descarada de siempre, recorriéndome de arriba abajo.

—Gracias. Recuérdame, cuando me baje, que te dé dos besos —respondí entre risas.

Nacho era nieto de Pilar… digo, *era*, porque hacía seis meses que su abuela había fallecido. Mi relación con él… *puf*, ni yo misma sabía cómo definirla. Con él había perdido la virginidad. Me llevaba diez años, pero en aquel momento no me importó ni lo más mínimo.

Recuerdo ese día con un cariño raro, mezcla de nostalgia y vértigo.

Mis padres se habían ido de fin de semana con mi abuela, y yo, tan tranquila, regresaba de comprar pan cuando me lo encontré de casualidad. Él había ido a visitar a su abuela. Nos pusimos a hablar en la calle, conversación ligera al principio, hasta que a mí, no sé por qué, se me ocurrió invitarlo a comer. Y él aceptó.

Subimos en silencio, casi con esa complicidad nerviosa de no saber qué iba a pasar. Su abuela tenía la manía de asomarse por la mirilla en cuanto escuchaba un ruido en el rellano, así que entramos despacito. La mujer tendría sus achaques, pero lo que era el oído lo tenía fino, fino.

Después de comer, Nacho se sentó en el sofá con toda la calma del mundo mientras yo preparaba una copa. Al volver, puse las copas en la mesa y, sin pensarlo demasiado, me senté en su regazo. Lo besé de golpe, directo. Al principio me rechazó, balbuceando que no estaba bien, que yo era demasiado joven, que él era casi de la familia. Pero cuando le dije lo que quería, que estaba segura, me miró a los ojos y me preguntó solo eso: *«¿de verdad lo tienes claro?»*. Y cuando le contesté que sí… se desató la locura.

La memoria me estaba arrastrando, tanto que ni me enteré de que ya habíamos llegado.

—¡Joder, Geno! ¿Dónde, coño estás? —me dijo Lucrecia dándome un golpecito en la pierna—. Te estoy hablando y ni puto caso. Que ya hemos llegado.

—Perdona… —dije, mirando de reojo a Nacho—. Estaba recordando algo.

—Claro, ya me imagino lo que es. —Lucre bufó con una sonrisita traviesa —. Bueno, *Nachete*, mientras nosotras nos divertimos, yo que tú me iba a casa a lavarme bien el trabuco.

—¡Joder, Lucrecia! —protesté, dándole un manotazo suave—. Qué bruta eres.

—Tranquila, Geno, que este está siempre muy limpito. —Nacho sonrió, disfrutando de la broma—. Aunque igual quieres ser tú quien le saque brillo.

—¿Qué dices? —Puse los ojos en blanco—. Si yo no lo digo por mí, lo digo por esta. —Señalé a Lucre—. Bueno, mientras os despedís, yo voy tirando para dentro.

Nos quedamos mirándonos unos segundos intensos, como si todo lo vivido se amontonara entre los dos. Fue él quien rompió el silencio.

—¿Cuánto tiempo hace? ¿Uno, dos años? Porque ni en el entierro de mi abuela te vi.

—La verdad, no los he contado. No he tenido tiempo —suspiré—. Yo sí te vi en el entierro, pero no quise hablarte.

—Siempre has mentido fatal, Genoveva. —Me sostuvo la mirada—. Pero si lo dices, así será.

—Nacho, me alegro mucho de verte, de verdad. Pero no quiero remover el pasado.

—No me dejaste explicarme. —Su voz bajó un tono—. Tú sola te montaste la película.

—Bueno, me voy. —Aparté la vista, incómoda—. Me alegro de verte.

—Llámame cuando quieras regresar. —Me sujetó del brazo con firmeza.

—Ya veremos. —Me solté rápido y me eché a andar.

Madre mía… qué guapo estaba. No podía negarlo. Habían pasado dos años desde que salí corriendo de su casa, pero verlo ahí era como una bofetada. Después de aquella primera vez en la que me hizo sentirme la mujer más especial del mundo, nos vimos varias veces más, siempre a escondidas, en su casa. Yo, como una idiota, me enamoré de él como si fuera una quinceañera. Supongo que era normal: era el primer hombre con el que estuve de verdad. Siempre había tenido amigos, pero nunca nada con ellos. A mí, lo confieso, me gustaban mayores.

Entré en el restaurante donde Lucrecia me esperaba. Pero al ir acercándome a la mesa, mis pasos se hicieron más lentos. Algo no encajaba. ¿Qué coño estaba pasando aquí? ¿Qué hacía él sentado ahí?

Seguí andando, tragándome la incomodidad hasta llegar a la mesa.

—¿Qué hace este tío aquí? —pregunté con la voz cargada de reproche, mirando fijamente a mi amiga.

—¿Os conocéis? —preguntó Lucrecia, fingiendo sorpresa, con cara de asombro de película barata.

—No te hagas la tonta conmigo, que lo sabes perfectamente. —Levanté la voz, señalando al tipo que estaba frente a mí—. Este es el tío del que te he hablado mil veces. ¡El que no puedo ni ver! El que trata a las mujeres como si fueran compresas.

—Genoveva, creo que te estás pasando. —Ginés apretó los dientes y su voz sonó tensa—. Ya me estoy cansando de esta situación.

—Esa es tu opinión. La mía es que me estoy quedando corta.

—Geno, siéntate, por favor. —Lucrecia me agarró del brazo con fuerza, intentando que bajara el tono—. Nos está mirando todo el mundo.

—Me da igual quién mire. Yo no me siento con este tío. Me voy a mi casa.

—¡Que te sientes, joder! —soltó Lucre, roja de la rabia—. ¿Tú no eres la que siempre dice que los tíos son para un rato y, si te he visto, no me acuerdo?

—No es lo mismo. —La señalé con el dedo, casi temblando—. Este te hará daño. Primero las enamora, después las tira como si fueran papel usado.

—Mira, te quiero mucho, pero no voy a permitir que hables mal de él delante de mí. —Lucre me sostuvo la mirada por primera vez en serio—. Si me enamora o no, es *mi* problema. Hemos hablado lo que teníamos que hablar, y desde el primer momento me dejó las cosas claras. Y dicho esto, vamos a pedir de cenar, porque tengo un hambre que me muero. Si te quieres quedar, bienvenida eres; si no, lo siento mucho, pero yo me quedo con él esta noche.

Me dejó muerta. En todos los años que llevábamos juntas, jamás me había hablado así. Nunca nos habíamos peleado, y ahora estábamos a un paso de hacerlo por primera vez… y encima por un hombre.

—Me voy a quedar —dije finalmente, sentándome con brusquedad—, porque tengo hambre y hemos venido juntas. Pero una cosa te advierto. —Me giré hacia Ginés y lo señalé con el tenedor—: como le hagas daño, te corto los huevos.

—No es mi intención hacerle daño —contestó él, serio, sin apartar los ojos de los míos—. Deberías darte la oportunidad de conocerme, Geno.

—Eso ya lo decidiré yo. —Levanté la barbilla—. Y para ti soy Genoveva.

—Pues decídelo pronto, pero se acabó ya el tema —soltó Lucre echándose aire a la cara con la mano—. ¡Qué intensidad, por favor!

Capítulo 8



Intenté comportarme por mi amiga, tragarme el enfado y hacer como si nada, pero sus palabras me habían dolido demasiado. Nunca habíamos discutido, y menos por un hombre, y me jodía aún más que la primera vez que lo hacíamos fuera por un capullo.

No me sentía a gusto. Lo miraba de reojo y, cada vez que le hacía una carantoña a mi amiga, se me revolvía el estómago.

—¿Estás bien? —me preguntó Lucre, inclinándose hacia mí.

—Está estupenda. —Escuché decir a mi espalda—. Buenas noches a todos.

—Éramos pocos y parió la burra… —resoplé sin ganas de disimular.

No esperaba encontrarme también a Gonzalo, y menos aún en compañía de Marta, que se colgaba de su brazo como si fuera un trofeo.

—Estás muy guapa —me dijo Marta con esa sonrisita falsa—. Me encanta ese vestido.

—Gracias —contesté seca—. No puedo decir lo mismo de ti.

—No le hagáis caso, esta noche está un poquito borde —explicó Lucrecia, intentando suavizar la situación.

—Esto ya es demasiado. —Me levanté bruscamente—. Voy al baño a lavarme la cara, que estoy teniendo una pesadilla.

Al girarme, vi cómo mi jefe me guiñaba un ojo. Será posible… ¡Encima tonterías!

Nada más entrar en el baño, saqué el móvil. Contra todo lo que pensaba que haría, llamé a Nacho. En todo este tiempo no había borrado su número de teléfono, y ahora estaba temblando mientras sonaba la llamada.

—¿Genoveva, eres tú? —Su voz sonó entre sorprendida y cautelosa.

—¿Conoces a otra Genoveva con el mismo número?

—Ni con el mismo número, ni tan gruñona. —Le noté una sonrisa en la voz.

—¿Me recoges? Por favor.

—¿Estás bien? Si acabas de llegar…

—Ha sido una mala idea llamarte, perdona.

—No seas tonta. Ahora mismo voy por ti.

Colgué y respiré hondo. Salí del baño directamente a la salida. Menos mal que desde ahí no se veía la mesa donde estaban sentados, porque no me apetecía ni despedirme.

Esperé a Nacho en la acera, retirada de la entrada del restaurante, con el corazón latiendo rápido. Sabía que Lucrecia no tardaría en venir a buscarme, y así fue. Apenas guardaba el móvil en el bolso cuando escuché su voz a mi lado.

—¿Se puede saber dónde vas? Tu comportamiento está siendo muy infantil.

—Mira, Lucre, vamos a dejar las cosas como están. —La miré de frente, con rabia contenida—. Me voy porque esto ha sido una encerrona. Tú sabías perfectamente que conocía a Ginés, porque te he hablado siempre de él.

—Si te lo hubiera dicho, no hubieras salido esta noche conmigo.

—Exacto. Por eso me voy. No me siento cómoda. Hemos discutido por él, encima también aparece mi jefe con esa tía… ¿me esperaba alguna sorpresa más? Ah, y otra pregunta: ¿lo de Nacho ha sido queriendo?

—Verás… me lo encontré a principios de semana. Me preguntó cómo estabas y bueno, le dije que cuando saliéramos, le llamaría.

—No te reconozco, amiga. Tú nunca me hubieras hecho estas encerronas.

—Con Nacho tienes una conversación pendiente.

—No tengo nada. —Y justo en ese momento llegó él, parándose frente a nosotras.

—Ya, bueno, pues nada… me voy. Ya hablamos. —Me la quedé mirando, meneando la cabeza. Luego me giré hacia Nacho—. Que tengas suerte.

—No la necesito, pero gracias. —Sonrió apenas.

Subí al coche, conteniendo las lágrimas. Estaba deseando llegar a casa para poder llorar a gusto. Mi mejor amiga me había traicionado tres veces en una sola noche. Es cierto que Nacho y yo teníamos una conversación pendiente, pero yo nunca quise saber. Total, el daño ya estaba hecho; no quería remover más la mierda.

—Genoveva, ¿me estás escuchando? —me preguntó él, interrumpiendo mis pensamientos.

—Perdona… ¿qué me decías?

—Madre mía, lo que daría por tus pensamientos. Te estaba preguntando si te llevo a tu casa.

—No, no… a cualquier sitio menos a mi casa.

—Vale, te llevaré a la mía. Cenaremos y tendremos esa charla pendiente. —Asentí con la cabeza, sin fuerzas para discutir.

No hablamos en todo el camino. Yo iba mirando por la ventanilla, repasando en mi cabeza cada detalle de lo que había pasado, mientras Nacho conducía serio. No me podía creer que Lucrecia se hubiera puesto de parte de él.

—Todo volverá a ser igual, ya lo verás —dijo al fin.

—Mientras esté con él, nada será igual.

—¿Qué te pasa con Ginés, Geno?

—No es buen tipo. Enamora a las mujeres y después las desecha.

—¿Te lo hizo a ti? ¿Conoces a alguien que lo pasara mal? Porque si no es así, ¿qué te hace pensar eso?

—No voy a tener esta conversación contigo. Pero no, a mí no me hizo nada. Se ha quedado con las ganas, y como no ha podido conmigo, ha ido a por ella.

—¿Lo sabe Lucrecia? Me refiero a que quiso contigo.

—No. No quiere escuchar nada que tenga que ver con él.

—Pues entonces deja que ella se dé cuenta solita. No te metas en temas de pareja.

—Es mi amiga y me preocupa.

—Te entiendo, pero no puedes obligarla a que lo deje.

Llegamos a su casa. Metió el coche en el parquin y aparcó en su sitio de siempre. Nacho vivía en un barrio bastante bueno de Madrid, de esos con bloques grandes y conserje que lo controla todo. El ático donde vivía lo

heredó de sus padres cuando fallecieron, y se notaba que estaba bien cuidado, nada de pisos dejados.

Nos montamos en el ascensor sin decir una palabra. Cada uno iba metido en sus cosas. Yo no podía evitar mirar las paredes del ascensor y recordar… porque en ese mismo ascensor habíamos pasado unos cuantos ratos, y claro, la cabeza me traicionaba.

—Hemos llegado —me dijo al abrirse las puertas. Me cogió de la mano, suave, como si quisiera calmarme—. Deja de darle tantas vueltas, Geno.

—Pues no quieras saber lo que estaba pensando —le contesté bajando la mirada, porque me conocía demasiado bien.

—Lo mismo que yo —sonrió de medio lado—. Todos los momentos que pasamos aquí dentro.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con las cejas en alto mientras caminábamos hacia la puerta—. ¿También eres vidente ahora?

Se rio, esa risa suya que me ponía de los nervios y a la vez me gustaba.

—No, pero tu cara te ha delatado. Te has puesto colorada y, sin darte cuenta, te has mordido el labio.

—Vaya, *Nachete*, me salió muy listo —le solté para salir del paso.

Tiró un poco de mí y entramos en la casa.

Al cruzar la puerta, una sensación extraña me recorrió el cuerpo. No sabría explicarlo, pero sí decir que fue buena, reconfortante. La casa seguía igual que la última vez que estuve en ella, hasta la maceta que le regalé por su cumpleaños, seguía en el mismo sitio.

—¿Todavía vive? — pregunté señalándola.

—Pues claro que sí. ¿Qué pensabas? ¿Que se me moriría en dos meses?

—Sinceramente, sí. Ni sé por qué te regalé una planta.

—Muy fácil: porque no sabías qué regalarme —dijo riéndose.

Era extraño. Estaba con él como si no nos hubiéramos separado nunca, como si el tiempo se hubiera parado el día antes de salir corriendo.

Yo también me reí, pero por dentro pensaba que era increíble lo familiar que me resultaba todo, como si el tiempo no hubiera pasado. Con Nacho siempre había sido así: una relación rara, de amigos pero con derecho a roce, sin dar explicaciones. Nos veíamos, nos divertíamos, y ya.

El problema fue cuando me di cuenta de que lo quería más de lo que debía. Me pillé por él como una cría, hasta las trancas. Y claro, llegó aquel famoso sábado… el día que decidí ir a decirle que estaba enamorada. Y la hostia me la llevé yo: la puerta no la abrió él, sino una tía. No pregunté nada, no dije nada. Salí corriendo y hasta hoy.

—No sé si ha sido buena idea traerte a mi casa —dijo Nacho, sacándome de golpe de mis recuerdos. Venía con dos cervezas en la mano.

—¿No quieres que esté aquí?

—No digas tonterías, claro que quiero. Es por ti. Estás demasiado pensativa… Y sé perfectamente en qué día te has quedado: en aquel.

—Joder, me das miedo. Te lo digo de verdad.

—Anda, quítate esos tacones y ponte cómoda. Voy a cambiarme y ahora mismo estoy contigo.

Obedecí. Dejé los zapatos a un lado y suspiré. Cuando volvió, con ropa más cómoda, me llevó a la cocina.

Siempre me había encantado ese espacio: era enorme, con una isla de cuatro taburetes, una mesa en un rincón y una puerta que daba a la terraza. Me senté en un taburete y me llevé la cerveza a los labios mientras él rebuscaba en la nevera. Sacó una lasaña y una ensalada.

—¡Viva la comida prefabricada! —bromeé.

—Sabes que me gusta cocinar, pero a veces hay que estar preparado para imprevistos.

—Ya veo. Siempre has sido así.

—No empieces. Te voy a decir lo que vamos a hacer: vamos a cenar, vamos a ponernos cómodos y vamos a hablar de aquel maldito día.

—Yo ya lo dije todo.

—No, tú no dijiste nada. Saliste corriendo. —Se inclinó hacia mí, muy cerca de mi oreja—. Ya puedes llamar a quien tengas que llamar, porque esta noche no duermes en tu casa.

—No me gusta remover la mierda.

—Pues esta vez la vamos a remover juntos. —Me lo dijo tan cerca de la oreja que se me puso la piel de gallina—. Llama, venga.

Y no sé por qué, pero le hice caso. Llamé a mi padre para avisar que no iría a dormir. Me gustaba tenerlos al tanto, aunque ya fuera mayorcita.

Después ayudé a Nacho a preparar la mesa. Cogí otra cerveza de la nevera y se la pasé. No podía evitar mirarlo mientras se movía por la cocina: estaba guapísimo, y encima se sabía mover.

—Como sigas mirándome así, dejo lo que estoy haciendo. Ni cenamos ni hablamos. Advertida quedas.

—No te estoy mirando de ninguna manera —me defendí—. Venga, termina, que tengo hambre.

—Lo que tú digas… —contestó sonriendo con suficiencia—. Anda, cuéntame qué ha sido de ti estos dos años.

Se lo conté: la revista, mi abuela, mis padres, todo lo de casa. Eso sí, de lo que pasé mal después de dejarlo, ni mu.

—Así que este verano te vas con tu jefe —dijo de pronto, mirándome fijamente—. Muy interesante. Te gusta.

—¿Qué dices? Estás loco.

—Te conozco, Genoveva. Tu cara y cómo hablas de él… te delatan.

Capítulo 9



—¿Cenamos? Tengo mucha hambre —dije aliviando la tensión mientras me sentaba.

Él negó con la cabeza, divertido, como si pensara que todavía no había cambiado nada entre nosotros. Estuvimos charlando un rato de cómo nos iba la vida. Me contó que seguía llevando las inmobiliarias que heredó de su padre, no solo en Madrid, sino también en Málaga, Valencia y Barcelona. Yo lo escuchaba con atención, aunque a veces me distraía observando cómo gesticulaba al hablar.

—Qué buena está esta lasaña —dije relamiéndome los labios, exagerando un poco.

—Más bueno está lo que tú te relames —respondió con una sonrisa descarada. Sentí cómo mis mejillas se encendían—. Me encanta ver cuando te sonrojas.

—Nacho… creo que esto no ha sido una buena idea —murmuré, bajando la mirada hacia el plato.

—Pues yo pienso todo lo contrario —contestó tranquilo, como si lo tuviera clarísimo.

No le respondí. Seguí cenando en silencio, limitándome a asentir o negar cuando me hacía alguna pregunta. Pero dentro de mí todo era un torbellino: según lo miraba, más lo deseaba. Verlo ahí, tan cerca, me estaba removiendo por dentro más de lo que quería reconocer.

Cuando terminamos, no me dejó ayudarle a recoger la mesa ni a fregar. Insistió en hacerlo él. Yo me quedé de pie, observando cómo se movía con esa seguridad que siempre había tenido. Después, nos fuimos al salón. Preparó dos copas y me tendió una.

Cogí la copa y salí a la terraza. El aire fresco de mayo me golpeó la cara. Aunque era casi verano, las noches todavía guardaban ese frío traicionero. Dejé la copa sobre la mesa de la terraza y respiré hondo.

—Siempre me encantó ver Madrid desde aquí —comenté, apoyándome en la barandilla—. Vives en un sitio privilegiado.

—Siempre puedes venir cuando quieras —susurró poniéndose detrás de mí y apoyando sus manos en la barandilla, muy cerca de las mías—. Esta siempre ha sido, y será, tu casa.

—Nacho, nunca lo fue. Ni lo será —repliqué girándome apenas, con un nudo en la garganta.

—Aquel día no fue lo que pensaste. Y aunque lo hubiera sido, éramos libres. —Su voz sonó firme, pero también dolida—. Rocío solo es una amiga. Necesitaba un hombro donde llorar y se lo di.

—Claro, un hombro… —ironicé, dolida—. Por eso salió en bragas a abrirme la puerta y tú estabas liado en una toalla. No me veas cara de gilipollas.

—La cara te la estás viendo tú sola. Ven. —Me agarró suavemente del brazo y me llevó hasta el sofá, sentándome en su regazo—. Rocío es lesbiana. Había discutido con su pareja, y en Madrid solo me conocía a mí.

Cuando soltó aquello, me quise morir. Si le hubiera dado la oportunidad de explicarse… si no me hubiera ido corriendo…

—¿De veras fue así? —pregunté en voz baja—. ¿Por qué no me buscaste después?

—¿Que no lo intenté? —Se rio sin gracia—. Me bloqueaste en todas partes.

Sus palabras me atravesaron. Yo había levantado el muro, y ahora lo entendía.

—Yo me enamoré de ti, Nacho. Ese día fui a decírtelo, que ya no quería ser solo tu *follamiga*, que quería algo más.

Me rodeó la cintura y sentí el mismo escalofrío de hacía años.

—Lo sabía, aunque no me lo dijeras —dijo mirándome a los ojos—. Lo supe cuando apareciste sin avisar.

—¿Y por qué no me lo dijiste tú? ¿Por qué no me diste la oportunidad? —pregunté apartándole las manos de mi cintura.

—Intente llamarte, ir a tu casa, al trabajo, no querías saber nada. Me amenazaste con denunciarme si me acercaba a ti.

Escuchar aquello me dolió mucho, aunque la culpable fui yo.

—Dejaste bien claro que no querías nada serio con ninguna mujer.

—Porque tú fuiste la primera en poner límites. Dijiste que no querías ataduras, que solo era sexo. ¿Sabes lo que sentí aquel día que me pediste que fuera tu primera vez? —Me acarició la cara con ternura—. Me hiciste el hombre más feliz del mundo. Pensé que lo nuestro iba en serio… hasta que dijiste lo contrario. Mejor tenerte así, que perderte del todo. Mientras estuve contigo, no hubo otra mujer en mi vida.

—Pero tú me decías que…

—Lo mismo que tú a mí, tus palabras me hacían daño, al decirte eso era para hacerte creer que yo hacía lo mismo que tú.

Me quedé en silencio. Una parte de mí quería huir otra vez, pero la otra estaba a punto de romperse.

—En estos dos años no he estado con nadie más, Nacho. Tú fuiste el primero. Y hasta hoy, el único.

Él cerró los ojos un segundo y luego me abrazó con fuerza.

—Geno, cariño, ¿por qué no hablaste conmigo? ¿Por qué me castigaste así? —Me encogí de hombros.

—No lo sé —susurré.

Me abrazó con fuerza, y en ese momento me derrumbé. Sentí un nudo en la garganta, porque no podía dejar de pensar en lo imbécil que había sido, en lo terca que me puse, por no querer escuchar lo que él tenía que decirme.

—¿Ves como no era tan difícil? —murmuró, acariciándome el pelo—. Solo hacía falta hablar, no salir corriendo.

Lo miré a los ojos y, sin pensarlo demasiado, lo besé. Al principio fueron besos cortos, tímidos, como tanteando el terreno, porque no sabía cómo iba a reaccionar después de tanto tiempo. Pero bastó con ver en su mirada el mismo deseo que yo sentía para que se me olvidaran las dudas. Él me sujetó con fuerza por la nuca y profundizó el beso, y entonces todo explotó entre nosotros, igual que aquella primera vez.

Entramos en su habitación casi sin darnos cuenta. Nada había cambiado allí. Mi vestido terminó en el suelo y sus ojos recorrieron mi cuerpo como si me devoraran.

—Dios, eres aún más hermosa que lo que recordaba —susurró pasando los dedos por mis brazos—. No me pidas que me detenga, porque no pienso hacerlo.

—Cállate ya… y hazme disfrutar como solo tú sabes —le contesté entre risas nerviosas.

Me recostó en la cama y me miraba como si estuviera pensando por dónde empezar, con esa calma suya que me ponía aún más nerviosa. Luego bajó la cabeza y comenzó a besarme mientras sus manos exploraban mi cuerpo sin

prisas, como si quisiera volver a aprender cada rincón. Llevó su lengua a uno de mis pechos, lo lamió despacio, después lo mordisqueó tirando de él lo justo para arrancarme un gemido. Sus manos no se detuvieron, siguieron bajando por mi vientre hasta que una de ellas se coló entre mis piernas, haciéndome arquear la espalda.

—Cómo he echado de menos esto —susurró introduciendo dos dedos en mí, mirándome con esa sonrisa suya—. Siempre listo.

—Mentiroso eres… como que en este tiempo no has estado con otras —le solté con ironía, intentando aguantarle la mirada.

En cuanto dije eso, los sacó de golpe y volvió a penetrarme con los dedos aún más fuerte, haciéndome gritar sin poder contenerme.

—Ese comentario sobraba en este momento, por eso recibirás tu castigo —me dijo entre dientes, clavándome los ojos hasta que terminé mordiéndome el labio.

Me dio la vuelta y me puso a cuatro patas. Sentí cómo se ponía el preservativo y, sin esperarlo, llegó la primera embestida. Fue tan brusca que me arrancó un grito más alto que el anterior. Él sabía cómo me gustaba, dónde tocar, cuánto apretar… y me lo estaba dando todo. Con una mano me agarró de la coleta, tirando lo justo para dominarme, y con la otra me azotaba las nalgas mientras se hundía en mí una y otra vez.

—¿Quieres más? —me preguntó con la respiración entrecortada mientras me penetraba con fuerza—. No te he escuchado, dímelo.

—¡Joder, sí, quiero más! Siempre quise más… —contesté casi gimiendo, con doble sentido.

Siguió empujando sin descanso, hasta que los dos llegamos al clímax al mismo tiempo. Entonces se levantó y se fue al cuarto de baño. Cuando volvió, traía una toalla para limpiarme, como si nada hubiera pasado.

—No creas que hemos terminado. Esto ha sido solo el principio… —me dijo con picardía—. Te dejaré descansar un poco por la falta de inactividad.

Le tiré la toalla a la cara riéndome, aunque apenas tenía fuerzas.

Así pasamos toda la noche: hablando entre susurros y volviendo a disfrutar el uno del otro hasta que el cansancio acabó por vencernos.

Cuando desperté, él ya no estaba en la cama. Me quedé mirando el techo, sin idea de qué hora era, aunque tampoco me importaba demasiado. Lo único que tenía claro era que me había gustado volver a estar con él. Pero la pregunta me quemaba por dentro: ¿qué pasaría ahora? ¿Seguiríamos viéndonos, o quedaría en un simple polvo del recuerdo?

—¿Qué te gusta pensar? —Escuché su voz desde el quicio de la puerta. Me miraba con media sonrisa y los brazos cruzados—. ¿Qué es lo que quieres tú, Geno?

—No sé de lo que me estás hablando —murmuré, intentando esquivar la mirada.

—¿Por qué me mientes? —Dio un paso hacia mí—. Estás pensando en lo de anoche, en lo que pasará a partir de ahora. No lo sé, Geno. Tú te vas con tu jefe, y yo tengo que estar fuera de Madrid unos meses.

—Pero es que…

—Pero nada. No pienses en ello ahora. —Se acercó hasta la cama y me tiró del brazo suavemente—. ¿Tienes hambre?

—Me comería a Dios por los pies —dije con una carcajada, y él terminó riéndose también.

Tiró de mí hasta levantarme y me plantó un beso de buenos días. Luego me cargó al hombro como si fuera un saco de patatas, mientras yo me retorcía muerta de risa, y me llevó hasta la terraza.

—¿No has desayunado? —le pregunté al ver la mesa preparada con dos desayunos.

—No, estaba esperándote —contestó dándome un beso fugaz en la mejilla.

Desayunamos en silencio, aunque nuestros ojos no paraban de hablar. No me hacía falta que dijera nada: en el fondo sabía que tenía razón. Me gustaba mi jefe, aunque me empeñara en negarlo, pero también tenía claro que no había nada que hacer con él.

—¿Qué vas a hacer hoy? ¿Te gustaría pasar el día conmigo? —me preguntó de repente.

—Me encantaría —contesté con sinceridad—, pero hoy descansa mi madre y me ofrecí a quedarme con la abuela, para que ellos puedan disfrutar del día.

—Bueno, pues otra vez será. Me ducho y te llevo a casa.

—¿Puedo ducharme contigo? —pregunté con una sonrisita traviesa.

—Eso ni se pregunta, guapa. Termínate el café, que ya estamos tardando.

Y eso hicimos. Nos metimos juntos en la ducha y volvimos a disfrutar como si el tiempo no hubiera pasado. Cuando salimos, él fue el primero en envolverse en una toalla. Cogió otra para mí, y me secó con calma, con un cuidado casi tierno, como si no quisiera soltarme.

—Me ha gustado volver a verte, aunque haya sido una encerrona —le dije mirándole a los ojos.

—A mí también —admitió—. Y espero que lo tuyo con Lucrecia se arregle. Permíteme darte un consejo: no la martillees con el tema del chico ese. Déjala que se equivoque si se tiene que equivocar. No pierdas una amistad de años por un hombre.

—Tranquilo. Me quedan dos semanas para irme, y espero que en ese tiempo se dé cuenta por sí sola de quién es él.

—Genoveva, quizás estés equivocada —dijo con calma—. Todo el mundo puede cambiar. A veces el amor llama a tu puerta cuando menos lo esperas, y te hace cambiar más de lo que creías posible.

—Puede que tengas razón… ojalá sea así.

Al final me dejó en la puerta de mi casa. Nos despedimos con un beso y con la promesa de volver a vernos. Quién me iba a decir que me encontraría con mi primer amor… y que acabaríamos reviviendo lo nuestro.

Ahora tocaba poner mis sentimientos en orden. Ver de nuevo a Nacho me había removido hasta el alma, pero no podía olvidar lo que sentía cada vez que miraba a Gonzalo.

Capítulo 10



Por fin había llegado el día de irnos a Galicia. Eran tantos mis nervios que mi madre me tuvo que hacer las maletas, porque yo no daba pie con bola. No había vuelto a ver a Nacho, como tampoco le había contestado a los cientos de mensajes que me había mandado.

Mi relación con Lucrecia se había enfriado desde aquel día en el restaurante. Ni ella me llamó, ni yo a ella. Según mi madre, las dos éramos unas cabezotas de campeonato.

—Hija, ya está todo guardado en la maleta —me dijo mi madre cerrándola con un resoplido—. Espero que cuando vuelvas, te sea más fácil organizarte tú sola.

—Mamá, ¿estás segura de que queréis que me vaya? —pregunté con un nudo en el estómago—. Me da cosa dejaros solos con la abuela.

—¿Qué es lo que te preocupa realmente? —Me miró levantando una ceja —. Si estabas deseando irte… Vas a hacer lo que tanto te gusta, estás preparada para ello. ¿Es por él?

Le había contado lo de Nacho. No en detalle, claro, pero sí que habíamos hablado y que pasé la noche en su casa.

—Estoy hecha un lío, mamá. ¿No me podría quedar con los dos? —pregunté medio en broma.

Mi madre soltó una carcajada.

—Hija, si eso fuera lo más normal del mundo, sí. Pero no es el caso… A no ser que todas las partes piensen igual. Y lo dudo mucho, aún no he conocido a nadie así.

—Pues alguien tiene que ser la primera —dije encogiéndome de hombros.

—Venga, que es tarde. Despídete de tu padre y de la abuela, que no tardarán en venir a por ti.

Salí de mi cuarto al salón. Allí estaba mi padre, con mi abuela llorando en su regazo.

—Abuela, no llores. Pronto estaremos juntas, ya lo verás. —Le acaricié la cara—. Y tengo un novio para ti.

—Desde luego, hija, no tienes remedio —me dijo mi padre sonriendo entre lágrimas—. Anda, dame un abrazo. Y recuerda: si no estás a gusto, te vienes a tu casa.

—Lo sé, papá. No te preocupes, estaré bien.

En ese momento sonó el telefonillo. Era Gonzalo, que venía a recogerme. Cogí las dos maletas que tenía preparadas y salí de casa. Al salir del portal, me lo encontré apoyado en el coche, con los brazos cruzados y esa pose de tipo serio.

—Eso, tú no vengas a ayudarme, no te vayas a herniar —le solté, arrastrando las maletas.

—Qué te gusta protestar… —resopló, cogiéndolas de mis manos—. Anda, trae para acá.

Las guardó en el maletero sin esfuerzo, y me miró arqueando una ceja.

—¿Pero qué llevas en ellas, piedras? Allí no te va a hacer falta tanta ropa.

—Tendré que vestirme todos los días, digo yo. Y salir a conocer aquello.

—Geno, recuerda a lo que vas.

—Que sí, Gonzalo, no me des la brasa con eso.

Pues empezábamos bien… Su padre ya estaba en el coche, con gesto serio. Subí y lo saludé.

—Buenos días, don Hilario. Soy Genoveva, su nueva cuidadora. Verá lo bien que lo vamos a pasar.

—Genoveva, déjate de tonterías. No sé por qué me llamas Hilario, cuando sabes perfectamente que me llamo Cayetano. Y dile al chófer que se dé prisa.

—¿Le has escuchado, chófer? —le dije a Gonzalo, muerta de risa.

Él me fulminó con la mirada, pero yo no podía contener la carcajada. Lo juro, no me reía de su abuelo, sino de la cara de pocos amigos que se le había puesto a Gonzalo.

—Abuelo, no vayas a empezar ya con las tonterías, que el camino es muy largo —refunfuñó él.

—No diga paparruchas, joven. Querida, recuerda despedir al chófer en cuanto lleguemos.

—Ja, ja, ja… ¡qué bien me lo voy a pasar!

—Muy graciosa. —Bufó, Gonzalo, montándose en el coche cabreado—. Espero que no me des la lata. Nos quedan casi seis horas por delante. Por mi abuelo no me preocupo, en nada estará dormido.

—Oye, una cosita —le advertí, cruzándome de brazos—. No me empieces a tocar los ovarios, porque me bajo ya mismo y cuidas tú solito de tu abuelo.

—¡Qué bien me lo voy a pasar! —Aplaudió el abuelo, encantado.

La verdad, yo también iba a estar entretenida. Y sí, Gonzalo tenía razón: su abuelo se quedó dormido al poco de salir, mucho mejor, porque antes había

empezado a decir que lo estaban secuestrando.

—Tu abuelo es todo un personaje —le comenté en voz baja a Gonzalo—. Debes de estar entretenido con él.

—No lo sabes tú bien. Espero que no me líe nada con la enfermera… Ya llevamos dos. No sé qué les hace, que salen corriendo. Tres días como máximo.

—Mira, como Jesucristo: al tercer día resucitó. En este caso, al tercer día la enfermera se marchó.

—Tengo la sensación de que me vas a dar el viaje.

—¿Qué dices? Vamos, hombre, con lo buena que soy yo. —Le di un codazo—. ¿Tu novia no venía con nosotros?

—Ella ya está allí. La llevé yo el sábado.

—Oh, qué bonito es el amor. Disfruta mientras te dure.

—Te voy a pedir un favor: prométeme que te portarás bien con ella.

—¿En qué quedamos? ¿Que te haga un favor o que te lo prometa? No me vuelvas loca.

—Loco, me da que me vas a volver a mí.

—Vaya, yo pensaba que ya te tenía loco.

Él prefirió callarse, y el silencio lo llenaron los ronquidos del abuelo, tan fuertes que seguro despertaban a los muertos.

A las dos horas de viaje ya no aguantaba más.

—Necesito que pares en el primer sitio que veas — le dije medio agobiada.

—Tenemos que aprovechar que mi abuelo duerme. Ya queda la mitad del camino.

—Ya puedes buscar un sitio donde parar. Tengo hambre y me estoy meando.

—En la bolsa de atrás tienes galletas y agua.

Lo miré con cara de asesina.

—Te digo una cosa: o buscas ahora mismo dónde parar, o me meo en el coche. La decisión es tuya.

—No serías capaz.

—Ponme a prueba y verás.

—Y si no lo haces tú, lo hago yo —intervino el abuelo de repente, haciéndonos saltar de la risa.

—Mira lo que has conseguido, ahora nos dará la tabarra todo lo que queda de camino con sus cosas —refunfuñó Gonzalo, soltando un suspiro.

—¿De veras estás hablando en serio? —le solté mirándolo incrédula—. ¿Cómo puedes decir eso? Te voy a decir algo: aprovecha todo el tiempo que puedas pasar con él.

—No me malinterpretes, joder —resopló, pasándose una mano por el pelo —. Que yo lo quiero mucho, pero es que cuando dice ser Cayetano me vuelve loco. Estaría mejor en una residencia.

—Eso no te debería importar —le contesté con un tono más serio—. Lo que de verdad importa es que él sea feliz, y que esté bien.

Quizás no lo dijera con maldad, pero en cuanto pronunció esas palabras, su abuelo lo miró con cierta tristeza, como si le doliera que pensara así.

—Haz el favor de buscar un sitio donde comer —añadí, ya enfadada—. Hilario, ¿me dejas llamarte de tú?

—Como no lo hagas, me voy a enfadar contigo —respondió con una media sonrisa, divertido.

Qué fácil era hablar con él… Se notaba que era un hombre cariñoso, y me propuse poner todo de mi parte para que se sintiera bien, aunque tuviera que llamarle Cayetano las veinticuatro horas del día.

Paró un poco más adelante para repostar. Mientras tanto, el abuelo y yo nos bajamos del coche y nos fuimos directos a un restaurante. Ni que decir tiene que lo primero fue ir derechos al baño.

—Abuelo, si sale antes que yo, me espera en la puerta. ¿Lo ha entendido?

—Hija, como para no entenderte. ¿Por qué gritas? Yo estoy mal de la cabeza, pero no del oído.

—La costumbre… —Reí—. Es que mi abuela anda un poco sorda.

Esperé a que entrara en el baño y, en cuanto cerró la puerta, me metí corriendo en el mío. Madre mía… cinco minutos más y me meo encima. Cuando salí, se me descompuso el cuerpo: el abuelo no estaba donde le había dicho que me esperara.

—No me lo puedo creer… —murmuré en voz alta, llevándome las manos a la cabeza—. Lo primero que le digo, ¡y lo primero que hace es lo contrario!

Entré de nuevo en el baño de hombres, sin importarme nada. Había un señor meando, que me miró con cara de susto, pero yo, con la urgencia, ni me disculpé.

—Perdone, ¿no habrá visto a un hombre mayor, canoso, muy simpático, algo… peculiar? —pregunté casi sin aire.

El hombre negó con la cabeza, todavía sorprendido por mi irrupción.

Esto no me podía estar pasando a mí. La culpa era del Gonzalo de los cojones, por no haber parado antes. Me di la vuelta, dispuesta a salir disparada, y entonces me choqué de lleno con él.

—¿Se puede saber dónde os metéis? —me dijo con el ceño fruncido, mirando en todas direcciones—. ¿Dónde está mi abuelo?

—¡Eso digo yo! ¿Dónde te lo has dejado tú? —le contesté cruzándome de brazos.

—Estaba contigo, joder. Esto no ha sido buena idea, y aún no has empezado y ya la estás liando. Eres una incompetente.

—¿Cómo has dicho? —Abrí mucho los ojos, sintiendo cómo me hervía la sangre—. Mira, podré ser todo lo que tú quieras, pero que me llames incompetente… por ahí no paso. Si hubieras parado antes, esto no estaría pasando.

—Hubiera pasado igual.

—Te he pedido muchas veces que pararas porque me hacía pis, y te lo has pasado por el forro.

Lo dejé hablando solo, con el dedo todavía en alto, y me fui directa a la barra del bar.

—Perdona —le dije a la camarera, apoyándome con urgencia sobre la barra—, ¿por casualidad no habrá visto a un hombre mayor?

—¿Un señor muy simpático que dice que se llama Cayetano? —contestó ella con una sonrisa divertida.

No pude evitar sonreír también, aliviada.

—Sí, ese mismo. Se me ha escapado, y el nieto me quiere colgar por perderlo de vista —bromeé llevándome las manos al cuello, lo que provocó que la chica soltara una carcajada.

—Está en la cocina con mi padre. Ha dicho que le habían robado el coche y que no tenía ni para comer.

—¿Eso os contó? —Me reí con incredulidad, negando con la cabeza—. Joder, vaya veranito me espera con este hombre.

La camarera me dejó pasar a la cocina. Lo que me encontré era digno de fotografía: madre mía, si Gonzalo lo llegaba a ver, le daba un soponcio. El abuelo estaba sentado en una silla, pelando patatas con toda la calma del mundo mientras charlaba animadamente con un hombre.

—¡Abuelo! —exclamé con una mezcla de enfado y alivio—. ¿Yo qué le dije? ¿No le dije que me esperara en la puerta? —Suspiré, y volviéndome hacia el otro hombre, añadí—: perdón, ni le he saludado con el susto. Me llamo Genoveva —le tendí la mano.

—Yo soy Pablo, encantado, Genoveva —dijo él estrechándomela con una sonrisa.

—Mi mujer —dijo el abuelo levantándose.

—Que no soy su mujer… venga, vámonos, que su nieto está que trina.

—No te preocupes. —Rio Pablo—, estaba aquí ayudándome con las patatas.

—Pues no sabe lo que se lo agradezco. —Le cogí la mano al abuelo y lo saqué fuera.

—¿Dónde te habías metido? —saltó Gonzalo, acercándose—. Me tenías muy preocupado.

—Te dije que despidieras al chófer —respondió el abuelo tan pancho.

Yo no pude más y solté una carcajada que retumbó en todo el bar.

—Pablo, ¿podemos sentarnos a comer? —pregunté entre risas.

Él asintió, y allí nos quedamos los tres.

Capítulo 11



Nos preparó una mesa, Gonzalo tenía una cara que se la pisaba, pero me daba igual; yo ya no me iba sin comer de ahí. Hilario y yo pedimos patatas fritas con huevos y chorizo, Gonzalo pidió un pescado a la plancha.

—Quita esa cara, que no se ha muerto nadie. —Le señalé con el tenedor—. No ha pasado nada, pero ahora una cosa te digo: más de una vez se perderá. Espero que no me eches a mí toda la culpa.

—A la mujer de Cayetano, nadie la culpa de nada —dijo Hilario, muy solemne, dándome un beso en la mano como todo un caballero.

—¡¡Abuelo!! Ya está bien. —Gonzalo dio un golpe en la mesa, visiblemente molesto—. Ni tú eres Cayetano ni ella es tu mujer.

La cara de Hilario fue un poema, se quedó blanco como la pared.

—Te voy a decir una cosa —le espeté señalándole con la servilleta—: que sea la primera y la última vez que le hablas así a tu abuelo. Si quiere ser Cayetano, lo es, como si quiere ser el papa Clemente, pero a tu abuelo no le vuelves a hablar de esa manera. Y otra cosa más te digo: como yo te vea o escuche que le hablas mal, te denuncio.

Gonzalo abrió la boca para replicar, pero justo llegó la comida. Cuando nos pusieron los platos con las patatas, el abuelo y yo aplaudimos como dos críos, y la cara de estreñido de Gonzalo me dio igual. A ningún abuelo se le habla como él lo hizo.

Comimos en silencio… bueno, lo de silencio es un decir, porque Hilario se puso a contar anécdotas de su mujer. Gonzalo, poco a poco, fue entrando en la conversación, preguntándole y ayudándole a recordar momentos. Se les veía tan bien así, tan cómplices, que pensé: ojalá fuera siempre de esta manera.

Mientras el abuelo se comía su postre, Gonzalo y yo nos tomamos un café. Me estuvo contando que la enfermera estaría las veinticuatro horas en el pazo, que venía recomendada por el hijo de un amigo de su abuelo, que era médico.

—¿Cuánto lleva tu abuelo así? —le pregunté en voz baja, acercándome un poco—. Si hasta hace poco estaba en la revista.

—Lleva lo mismo que yo me puse al mando. Lo veías porque me lo traía conmigo; cuando estaba bien, me echaba una mano.

—¿Y por qué me has traído a mí con vosotros? —Arqueé las cejas—. Como has dicho antes, tendrá una enfermera veinticuatro horas.

—Tu padre me dijo que habías hecho un curso de cuidadora… aparte de que tenías muy buena mano con tu abuela.

—Ay, mi abuela… con lo que ella era. —Bajé la voz, con un nudo en la garganta.

—¿No va a venir? Le dije a tu padre que se podía venir con nosotros.

—Más adelante.

En ese momento, Hilario intervino de golpe, con esa mirada pícara que tenía cuando se metía en medio:

—¿Qué haces hablando con el chófer, querida?

—Nada. —Me giré hacia él, aguantándome la risa—. Le estaba diciendo que nos vamos ya.

Nos montamos en el coche. El abuelo se volvió a quedar dormido, cosa que agradecí porque sinceramente yo también necesitaba descansar. Apenas cerré los ojos cuando Gonzalo puso música. Me vino a la mente Nacho; me gustó encontrarme con él, mi primer amor, el que nunca se olvida, ya sea para bien o para mal.

Ahora tenía un dilema: el reencuentro con Nacho me había removido muchas cosas. Sin embargo, con Gonzalo no había pasado nada… aunque era cierto que me gustaba, y mucho.

Al final me quedé dormida. Cuando desperté y miré el reloj, había pasado hora y media.

—Creo que me quedé frita —dije estirándome y girándome para mirar al abuelo—. Vaya, si sigue durmiendo.

—Déjalo, que no tengo ganas de escuchar sus pamplinas. —Bufó, Gonzalo, con tono cansado.

—¿Cómo puedes hablar así de tu abuelo? —me giré indignada—. Debería darte vergüenza. Con todo lo que ha hecho por ti, y ahora se lo pagas así.

—Échate a dormir otro rato, anda. —No me miró siquiera.

—No me da la gana. ¿Quieres que lleve yo un rato el coche? —propuse con sorna—. Así duermes tú un rato y dejas de decir sandeces.

—¿Tú de veras crees que voy a dejarte mi coche? —Me lanzó una mirada incrédula—. Ni loco, Geno, ni aunque me lo pidas de rodillas.

—No sois tontos ni nada los hombres con los coches… Vamos, que por muy Audi Q5 que sea, no deja de ser un coche.

No me volvió a contestar, pero yo tuve que reírme cuando lo escuché mascullar por lo bajini, repitiendo mis palabras con cabreo.

—¿Has hablado con tu amiga? —preguntó de pronto.

—¿Cuál de ellas? —Hice como que pensaba—. Es que como tengo tantas… aunque ahora mismo no tengo ninguna así más íntima.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó el abuelo desde atrás, medio incorporándose—. Es que me estoy meando, hijo.

—Abuelo, nos quedan veinte minutos, ¿puedes aguantar a que lleguemos?

—Lo intentaré… pero no respondo.

—Hilario, si ve que no aguanta, aquí hay una botella vacía. —Se la enseñé conteniendo la risa.

Él soltó una carcajada tan sonora que me contagió.

—Hija, con la edad que tengo ya no creo que atinara a mear dentro de la botella… pero gracias por la idea.

Se me hacía raro cuando tenía la cabeza en su sitio, pero me alegraba un montón por él.

—Pero si está hecho un chaval. —Le guiñé un ojo—. Ya me gustaría a mí estar así a tu edad.

—Hija, tutéame, que el «usted» me hace más mayor. —Nos reímos todos, incluso Gonzalo.

Intenté mantenerlo entretenido para que se olvidara de que se estaba haciendo pis. Hasta mi jefe se metió en la conversación, cosa que me asombró, porque normalmente cada vez que abría la boca era para recriminar algo, ya fuera a él o a mí.

Llegamos al pazo. Gonzalo abrió la verja con un mando, y me quedé con la boca abierta. Era impresionante. A priori no se veía la casa; según íbamos avanzando por el camino, me iba quedando embobada con los árboles, como si estuviéramos atravesando un bosque.

A medio camino se empezó a vislumbrar la casa. Todos los pazos que yo había visto habían sido en películas, pero aquello era diferente. Al llegar, no me dio tiempo ni a que Gonzalo apagara el coche; yo ya estaba fuera, girando sobre mí misma para admirar todo lo que me rodeaba.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó el abuelo, divertido.

—¿Bromeas? Es precioso. Ya estoy deseando verlo por dentro.

—Es del siglo XVI. Pertenece a mi familia desde que el padre de mi tatarabuelo lo compró… bueno, eso creo, ya sabes, esta memoria.

—Vaya, qué interesante. —Escuché a mi espalda.

Me giré, y ahí estaba la queridísima Marta, con una sonrisa forzada.

—¿Qué tal el viaje, abuelo? —preguntó ella con voz empalagosa.

—¡Pero bueno! Si es la queridísima Marta. El viaje bien, entretenido —contesté yo con una falsa sonrisa que me salió sola.

—No te preguntaba a ti, sino al abuelo.

—No sabía que su abuelo también venía —saltó Hilario muy serio.

—No, yo no tengo abuelo. Te preguntaba a ti.

—Señorita, ¿yo le he dado permiso para que me llame abuelo? ¿Le he dicho en algún momento que me tutee? —Hilario la dejó clavada en el sitio.

—Qué gracioso eres… —Intentó darle dos besos, pero él le tendió la mano con elegancia, dejándola cortada.

—A partir de ahora me llamará don Hilario, y me hablará de usted.

¡Zasca! Directo y sin anestesia. La cara de Marta se puso roja como un tomate, y yo tuve que morderme el labio para no estallar. Aguanté hasta que se dio media vuelta, y entonces rompí a reír.

—Eres una estúpida, que lo sepas —me soltó ella antes de alejarse.

Y claro, más fuerte me reía. Se fue refunfuñando mientras el abuelo y yo nos partíamos de risa.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa? —preguntó Gonzalo, apareciendo acompañado de una chica más o menos de mi edad.

—Nada, hijo. —Hilario se hizo el despistado—. Tu amiga, que se ha tomado demasiada confianza conmigo.

—Ya hablaremos de eso —suspiró Gonzalo—. Abuelo, Genoveva, os presento a Lucía, la enfermera.

—Hola, encantada. Pero llámame, Geno —le dije dándole dos besos.

—Abuelo, acompáñala dentro. Ella te llevará a tu dormitorio. Genoveva, ayúdame a sacar las maletas. Tenemos que hablar.

Cuando nos quedamos solos, me miró de una manera que nunca lo había visto hacer. Esa mirada me recorrió el cuerpo entero, y aunque sabía que estaba con Marta, me estremecí. No iba a negar que me gustaba, y mucho.

—¿Puedo pedirte un favor? —me dijo en un tono más suave.

—Inténtalo. —Bajé la última maleta del coche.

—Intenta llevarte bien con ella. Por favor, te lo pido.

—Me estás pidiendo un imposible. Pero lo intentaré. Anda, vayamos dentro. Tengo ganas de ver el pazo por dentro.

Cuando crucé la puerta, solté las maletas de golpe y me quedé con la boca abierta. Giré sobre mí misma despacio: paredes de piedra, vigas de madera en el techo… En la entrada había un pequeño vestíbulo, una mesa redonda en el centro con un jarrón antiguo, y a la derecha un espejo cuadrado con marco dorado.

—¿Vas a quedarte todo el tiempo aquí parada? —me preguntó Gonzalo con una sonrisa.

—Perdona, pero es que me he quedado alucinada… Esto es precioso.

—Pues aún no has visto nada. Anda, ven, te llevaré a tu dormitorio.

—¿Mi dormitorio? Pensé que dormiría en el tuyo… qué lástima. —Le guiñé un ojo descarada.

—Estás jugando con fuego. Un día de estos te quemarás.

—¿Y quién dice que no quiero? ¿Seguimos?

Subimos las escaleras, yo riéndome por lo bajini. Gonzalo pensaba que iba a dejarme callada, y fue justo al revés. Este hombre no sabía con quién estaba hablando. Al llegar a una puerta, se detuvo, la abrió y metió mis maletas dentro.

Madre mía… qué pedazo de habitación. Era cuatro veces la mía. Tenía una cama de matrimonio con dosel, dos mesitas de noche, y a los pies de la cama, un diván con cajón. Al otro lado, un sofá con una mesita baja. Junto al sofá, dos puertas: una daba a un vestidor del tamaño de mi habitación entera; y la otra a un baño de ensueño. Allí me encontré con una bañera exenta con patas, de esas que parecen sacadas de una película antigua, un mueble con dos lavabos y una ducha enorme en la que podría quedarme hasta arrugada como una pasa.

—Joder, qué pasada. Yo me quedo a vivir aquí de por vida —solté entusiasmada.

Gonzalo soltó una carcajada antes de dejarme sola en mi nueva habitación.

Capítulo 12



Cuando me dejó sola, lo primero que hice fue llamar a mis padres. Les hice una videollamada para que vieran dónde iba a dormir. Mi madre se quedó con la boca abierta, y eso que no lo veía como yo lo estaba viendo en directo. Mi padre, en cambio, solo me dijo que disfrutara mucho y que me comportara. Vamos, como si fuera una niña chica en un campamento.

Metí las maletas en el vestidor, las abrí, saqué las cosas del cuarto de baño y lo demás lo dejé, ya lo guardaría por la mañana. Salí de mi habitación sin tener ni idea de cuál sería la de Gonzalo ni la del abuelo.

Yo no me tenía por cotilla, pero cuando escuché voces en una puerta al fondo del pasillo, me acerqué sin poder evitarlo.

—No deberías de haberla traído. —Era la voz de Marta, con tono agudo—. Tu abuelo ya tiene bastante con la enfermera.

—No me digas lo que debo o no debo hacer —respondió Gonzalo, cortante —. Mi abuelo la quería cerca, y yo la he traído.

—¿Desde cuándo tu abuelo te dice lo que tienes que hacer? Si está loco.

—Como vuelvas a decir eso de mi abuelo, te vas fuera de aquí. Es mi abuelo y lo respetas.

—Perdona, es esa mujer, me saca de mis casillas.

Interesante todo lo que estaba escuchando. No me quería allí, pero si yo era la primera que no quería estar con ella.

Bajé a la planta de abajo. Aún no había visto toda la casa. Fui por un pasillo de donde salían risas y la voz del abuelo.

Me asomé a una puerta que resultó ser la cocina. Dentro, una mujer de unos sesenta años reía con Hilario.

—Hola. —Me presenté con una sonrisa—. Soy Genoveva.

—Yo soy Sabela, la cocinera —contestó ella con una dulzura natural—. Aquí estoy, preparando la cena y charlando con este buen hombre.

—¿Has visto qué guapa es? —intervino el abuelo con picardía—. No como la otra intrusa.

—Sí que lo es. —Sabela le sonrió con ternura—. Y no deberías hablar mal de nadie. ¿Quieres tomarte un café con nosotros?

Me senté con ellos. Sabela me contó que era la cuarta generación de su familia trabajando para los dueños del pazo. Vivía allí todo el año junto a su marido Xoan y su hija Iria.

Me encantaba aquel sitio. Ojalá no hubiera problemas y pudiera quedarme allí todo el verano. La verdad es que me quedaría todo el año.

En ese momento, una voz chillona irrumpió:

—Sabela, ¿qué haces ahí sentada? Deberías estar haciendo la cena.

Sabela intentó levantarse, pero la agarré de la muñeca.

—Hazla tú, y ya estás pidiendo disculpas a Sabela. Que no eres la dueña y señora de esta casa.

—Por ahora… de aquí al verano que viene lo seré.

—Hija, no tengo nada en contra de ti —intervino el abuelo con calma—, pero tú no tendrás nada de eso.

—Usted se calla, demente.

No dije nada. Me levanté despacio, crucé la cara de Marta con un bofetón sonoro y me quedé mirándola fija a los ojos.

—Que sea la primera y la última vez que le hablas así. Aquí, la única demente eres tú.

—Esto no se va a quedar así, estúpida.

Salió corriendo de la cocina. Quizás esperaba que yo fuera detrás, pero no le di ese gusto.

—Sabela, qué bien me lo voy a pasar este verano. —Rio el abuelo, encantado.

—Yo también, Sabela. No veas la que se va a liar este verano… y tú no te vas a aburrir.

—Ya veo que no —contestó ella, levantándose para volver a los fogones —. Bueno, voy a ir preparando la cena.

La cocina era preciosa: lo rústico y lo moderno se mezclaban a la perfección. Una isla blanca en el centro, con acabado en cascada en ambos lados y seis taburetes alrededor. En medio de la isla, un fregadero con dos grifos. Lo que más me gustaba era la luz natural: no solo tenía una puerta francesa que daba a una terraza, sino también un gran ventanal. Era la cocina que cualquier mujer querría tener.

—Genoveva, ¿estás bien? —preguntó Gonzalo de pronto, entrando sin avisar.

—Sí, ¿por qué?

—Marta ha venido llorando, diciendo que le has dado una bofetada.

—¡Qué chivata la tía! —Rio el abuelo entre dientes.

—Abuelo, no te sofoques. Sí, le he dado una bofetada. Y le hubiera dado más. ¿Te ha dicho por qué? —Negó con la cabeza—. Pues porque ha llamado demente a tu abuelo, y eso no se lo voy a consentir. Ah, y también exigió a Sabela que le pusiera la cena.

—¿Es eso verdad? —preguntó Gonzalo, frunciendo el ceño.

—No tengo por qué mentirte. Y si me disculpas, me voy a duchar antes de cenar.

Salí de la cocina y subí a mi dormitorio. Viviría perfectamente dentro de él: lo tenía todo. Pero lo que más me gustaba eran las vistas. Mirase donde mirase, solo se veía verde. El aire que se respiraba era distinto, más limpio, más puro.

Pensé en darme un baño, pero eso tendría que dejarlo para cuando tuviera más tiempo y pudiera disfrutar de esa bañera de película. Me conformé con una ducha que me dejó como nueva. Me puse un pijama que de pijama no tenía nada: pantalón largo y camiseta de manga corta. Cómoda ante todo.

Salí de la habitación, no me gustaba llegar tarde. Mientras caminaba por el pasillo, escuché voces en uno de los cuartos. Llamadme cotilla, pero me podía la curiosidad. La culpa era de Esperanza y Pilar, que me habían contagiado la manía de escuchar conversaciones ajenas.

—¿En serio me estás diciendo que no podemos dormir juntos? —era Marta, casi lloriqueando. Seguro que hablaba con Gonzalo.

—Ya te he dicho que no. Mi abuelo suele despertarse de noche y no quiero que se lleve un sobresalto.

—Claro, pero si fuera la mosquita muerta esa, seguro que sí le decías que sí. Lo que deberías hacer es meter a tu abuelo en una residencia.

—Marta, no hagas que me arrepienta de dejarte venir. A mi abuelo lo respetas, porque su cabeza está mucho mejor que la nuestra. Y ahora, vamos

a cenar.

Salí pitando antes de que me pillaran espiando.

Pasé por la puerta del salón. El abuelo estaba sentado junto a Lucía, la enfermera. No había tenido tiempo de hablar mucho con ella, pero se la veía buena persona. El abuelo me sonrió al verme y me llamó con un gesto.

—Genoveva, mi amor, estás guapísima —dijo con esa sonrisa que desarmaba.

—Pero no sé quién me lo dice, ¿Cayetano o Hilario?

—Las dos, hija, las dos.

Me acerqué y le di un beso enorme en la mejilla.

—Tú sí que eres guapo, abuelo. El más guapo de todos.

Lucía me guiñó un ojo. Teníamos pendiente conocernos mejor.

En ese momento entraron Gonzalo y Marta. Ella traía una cara de velatorio que no podía con ella.

—Abuelo, qué bien te veo —dijo Gonzalo—. Veo que ya has cogido tu sitio.

—Claro, hijo. Esto ya sabes que es de las cosas que no cambian. Lo que sí va a cambiar es tu sitio: a mi derecha se sentará Lucía, y a mi izquierda Genoveva.

—Pues muy mal —saltó Marta—. Deberían sentarse su nieto y yo. Las empleadas, a la cocina.

Lucía, muy prudente, intentó levantarse, pero la detuve.

—Lucía, siéntate —dije con firmeza, antes de que Gonzalo abriera la boca —. Y tú, bonita, no me toques las narices. Si no quieres vernos, te vas tú a

cenar a la cocina. Porque aquí no eres nadie para mandar, ¿te ha quedado claro?

—¡Ole, ole, esa es mi Genoveva! —aplaudió el abuelo encantado.

—Abuelo, por favor… —Gonzalo suspiró—. Marta, ellas se sientan en esta mesa. Y ahora, si me haces el favor, siéntate y cállate.

—En mi vida he visto que los empleados se sienten con los señores.

—Y en mi vida he visto una tía más tonta que tú. Te lo juro, me revuelves el estómago.

—Genoveva —intervino Gonzalo, serio—, a ti te digo lo mismo: no alborotes. Cenemos en paz.

—Lo siento, pero no puedo con la gente pedante.

Nadie volvió a abrir la boca, salvo para comer. Cada vez que miraba al abuelo, tenía que morderme la lengua para no soltar la risa. Gonzalo negaba con la cabeza, pero yo no lo podía evitar: las caras del abuelo eran un *show*.

Todavía no entendía qué había visto Gonzalo en Marta. No digo que él fuera la alegría de la huerta, pero con ella no pegaba ni con cola.

Sabela nos sirvió una sopa de marisco deliciosa. Repetí sin pensarlo. Luego nos trajo un plato que jamás había probado: raxo, lomo de cerdo adobado y acompañado de pimientos de Padrón. Ver la cara de asco de Marta fue el remate.

—Sabela, esto está buenísimo. Te felicito, tienes unas manos estupendas —le dije sonriendo.

—Gracias, hija, me alegro de que te guste.

—Pues a mí…

—A ti también te gusta, ¿a que sí, Marta? —saltó Gonzalo para cortarla.

—Está buenísimo, Sabela —contestó Marta entre dientes.

Para terminar, nos puso un flan de huevo. Y yo, claro, me puse como el Kiko.

Capítulo 13



Había ayudado a Lucía con el abuelo; él insistía en que no quería irse a la cama porque se sentía demasiado despierto, y me costó un buen rato convencerlo. Al final lo hice prometiéndole que mañana nos esperaba un día mejor y que, para eso, debía descansar. Me sorprendió descubrir que dentro de su dormitorio había una puerta que comunicaba directamente con la habitación de Lucía; así podía estar cerca en caso de que necesitara algo en mitad de la noche.

Bajé al salón, no tenía sueño todavía. Salí al porche, me serví una copa y me acomodé en una hamaca con las piernas cruzadas, igual que en mis clases de yoga. El silencio solo lo rompían los grillos y alguna ráfaga de aire que movía las ramas. Me relajaba, pero no dejaba de pensar en mi casa, en mi abuela, en lo duro que era cuando no era ella, en lo triste que resultaba ver cómo alguien a quien quieres con toda tu alma llega a no reconocerte.

Tenía que convencer a mi padre, estaba segura de que este lugar le vendría bien. El simple hecho de estar fuera de la ciudad ya era un alivio.

Escuché pasos a mi espalda; al girarme vi a Gonzalo sirviéndose también una copa.

—¿No puedes dormir? —me preguntó, sentándose a mi lado.

—No lo he intentado aún. —Levanté la copa y di un trago—. Me apetecía estar aquí, sola un rato, despejarme.

—¿Me estás echando? —Arqueó una ceja, medio sonriente—. Si te molesto, me voy por donde he venido.

—No, estás en tu casa. —Lo miré un instante a los ojos—. Y gracias por contar conmigo para esto, aunque haya algún bicho que incomode. —Él negó con la cabeza, medio divertido.

—Eres muy cruel. No es tan bicho, solo hay que conocerla.

—No te lo crees ni tú. —Solté una risita irónica—. Una de dos: o estás con ella por tapar algo… —frunció el ceño—, o es muy buena en la cama.

Soltó una carcajada sincera que se le escapó sin poder evitarlo.

—Y según tú, ¿qué es lo que tapo?

—¿Que eres gay? —repliqué con toda la guasa del mundo.

Entonces estalló en una risa aún más fuerte, casi doblado por la broma.

—No tengo nada en contra, pero créeme, puedo demostrarte que no lo soy. —Se inclinó hacia mí, bajando el tono.

—Che, che, que corra el aire, guapo.

—¿Y si no quiero que corra? —susurró muy cerca de mi oído, su respiración cosquilleándome la piel—. Dime, ¿qué pasaría?

—Pues que me pongo a gritar para que venga tu amorcito.

Me quitó la copa de las manos y la dejó en la mesa, junto a la suya. Después me tomó de las manos y me obligó a ponerme de pie.

—¿Estás segura? Porque tu respiración te delata.

—Mi respiración no cuenta, va por libre. —Él sonrió, como si me hubiera pillado en falta.

—Suéltame. Tengo pareja.

—Mentirosa. —Alzó una ceja con sorna—. Tu amiga Lucre me dijo que no.

—Yo no conozco a nadie que se llame Lucre. Y sí, se llama Ignacio, bueno, Nacho.

—¿Y qué te pasa con Ginés? Que yo sepa contigo nunca se ha metido.

—Claro, porque no lo he dejado. ¿Nunca te contó nada? —Negó con la cabeza—. Pues que te cuente.

Me giré para marcharme, pero me agarró del brazo y me dio la vuelta. No tuve tiempo ni de reaccionar cuando ya me estaba besando. Y vaya, beso.

Una mano en mi nuca, la otra sujetándome por la cintura para que no me moviera. Qué tonto, como si yo quisiera soltarme.

—¿Tu cuarto o el mío? —preguntó mordiéndome suavemente el labio inferior.

—Mejor en el tuyo… bueno, no. En ninguno. —Me aparté con esfuerzo—. Vamos a dejar las cosas así.

Conseguí soltarme de su agarre y me fui sin mirar atrás. Llegué a mi cuarto casi corriendo, me tiré en la cama con el corazón acelerado. ¿Qué demonios acababa de pasar? ¿No era esto lo que quería en el fondo? Pensé en Nacho, en lo que me hizo sentir aquella noche, en lo que había revivido con él. ¡Cuánta falta me hacía Lucre en ese momento, pero claro, como no nos hablábamos, me tenía que joder sola!

Daba vueltas en la cama, de un lado para otro, incapaz de dormirme. Solo podía pensar en el beso que me había dado Gonzalo. Y siendo sincera, yo con Nacho no tenía nada ahora mismo. Y Gonzalo… bueno, me había dejado fatal, hecha un lío.

Abrí la puerta de mi dormitorio despacito, miré hacia ambos lados del pasillo, no quería encontrarme con nadie. Cuando comprobé que no había peligro, cerré y me fui directa al cuarto de Gonzalo.

Entré en silencio, avanzando hasta la cama. Estaba de espaldas, perfecto, en posición cucharita. Abrí con cuidado la sábana y me metí. Le pasé un brazo por la cintura y me lo apartó de golpe.

—Marta, te he dicho que no vengas más. —Ahí me enteré de que ella ya había estado allí—. Mañana te vas a tu casa, no voy a tolerar esto todas las noches.

—Vaya, veo que vino a visitarte. —Cuando me oyó, se giró de inmediato, sorprendido—. No puedo dormir por tu culpa, pero bueno… me voy.

—¿A dónde te crees que vas? —me dijo cuando intenté salir de la cama.

—A la mía, ya que no me quieres en la tuya.

—Tú de aquí no te mueves.

No me dio tiempo a contestar; me cogió y me tumbó bocarriba, colocándose encima y besándome sin pausa. No dejó un rincón de mi cuerpo sin recorrer. Notaba su erección, dura como una piedra.

—Deberíamos cerrar la puerta, no me fío de que Marta vuelva. —Me pellizcó un pezón, haciéndome jadear.

—Tranquilo, ya la he cerrado yo. No me gusta que me interrumpan… aunque bueno, también se puede unir.

—¿Lo estás diciendo en serio? Mira que yo no tengo problema.

—Yo tampoco, aunque prefiero dos tíos. Pero vamos, no le hago ascos a nada.

Fue escucharlo y se desató del todo. Nada de dulzura: me mordisqueó el cuerpo a su antojo, me puso las piernas sobre sus hombros, abriéndome bien

para él.

—Joder, qué vistas tengo desde aquí. —Pasó un dedo por mis partes, haciéndome arquear la espalda—. Estás lista.

—Como un buen chuletón.

Se echó a reír.

—Viva el romanticismo, ya veo que va contigo.

—Eso fue una vez. Ya no creo en el amor. Y déjate de hablar, que al final nos pilla Marta.

Fue directo a mis pechos: mientras amasaba uno con fuerza, en el otro lamía el pezón, lo mordisqueaba y succionaba. Iba cambiando de uno a otro sin darme respiro, y mis jadeos aumentaban cada vez más; sentía cómo me estaba poniendo al límite.

Fue bajando lentamente, recorriendo mi cuerpo con la lengua, hasta llegar a mi entrepierna. Sin previo aviso, metió dos dedos de golpe, haciéndome gritar; grito que tuve que contener, mordiéndome el labio, para que no nos escucharan. Sacó los dedos y los deslizó hacia atrás, pasándolos de arriba abajo, dibujando círculos provocadores con uno de ellos.

—¿No dices nada? —me susurró, esperando provocarme.

—¿En serio? Si piensas que porque juegues ahí te lo voy a prohibir, vas listo.

Eso lo volvió loco. Se le notó en la mirada. No era la primera vez que invadían ese espacio, así que ya sabía cómo reaccionar.

Estábamos en plena faena cuando de repente llamaron a la puerta. Gonzalo soltó un suspiro, bajando la voz hasta casi un murmullo.

—Mátame, camión… —Alcancé a decir yo, aguantando la risa—. Déjala pasar, mejor nos lo pasaremos.

—Gonzalo, por favor, ábreme… déjame dormir contigo.

La voz de Marta me cayó como un jarro de agua fría.

—Marta, no seas pesada. Ya te he dicho que cada uno en su habitación.

—¿Está ella ahí? ¡Por eso no me abres! He ido a su cuarto y no está.

«La madre que la parió… de tonta tenía lo que yo de monja». Yo me estaba mordiendo la almohada de la risa: la cara de Gonzalo por un lado, la otra insistiendo como loca por el otro, y yo en medio, disfrutando del numerito.

—Aquí no hay nadie, vete a dormir.

—No se va a ir… —susurré, viendo cómo se le transformaba la cara—. Escúchame, mal pensado: que no es para lo que crees. —Me puse el pijama a toda prisa—. Me voy a colocar detrás de la puerta. La abres, la abrazas fuerte y no la sueltes hasta que yo me haya ido.

—Esto no va a salir bien… te va a ver.

—Vamos a ver, Gonzalo. ¿Qué tienes tú con ella? ¿De veras estáis juntos?

Él me miró a los ojos, serio.

—La verdad… ni yo mismo sé lo que tenemos. Pero ahí andamos.

—Estás peor que yo, chaval. —Negué con la cabeza, conteniendo la risa —. Venga, vamos al lío.

Eso fue lo que hicimos: me escondí detrás de la puerta, él la abrió y la abrazó como le indiqué. Yo aproveché el momento para salir de la habitación de puntillas. Lo peor no fue la escapada, sino el calentón con el que me quedé, de mil demonios.

Decidí ir a la cocina a por un vaso de agua, estaba desvelada. Justo al llegar a la puerta, alguien me agarró del brazo y casi me dio un infarto.

—¡Joder, qué susto me has dado! —dije llevándome la mano al pecho—. A ver, ¿con quién hablo, con Cayetano o con Hilario?

El abuelo soltó una risa contagiosa.

—Hija, qué graciosa eres. Con Hilario, estás hablando con Hilario.

—Menos mal… ya estaba pensando malamente. —Respiré aliviada, bromeando.

Entramos juntos en la cocina. Yo fui directa al frigorífico a sacar agua, y le ofrecí un vaso.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —pregunté, alzando una ceja.

—Hija, tengo hambre. Venía a por un vaso de leche.

—Vaya, pues, venga, que te lo caliento yo.

Él me observaba con picardía, como si estuviera esperando el momento de preguntar lo que de veras le rondaba por la cabeza.

—¿Y qué hacías en la habitación de mi nieto?

—¡Joder, abuelo! ¿Me estabas espiando? —le solté con una risa nerviosa.

Negó con la cabeza muy serio.

—Estábamos jugando al parchís —añadí con tono teatral.

—¿A estas horas? —preguntó arqueando las cejas.

—Si abuelo, a estas horas.

Escupí el agua que acababa de beber y rompí a reír.

—Sí, abuelo, a estas horas. —Le guiñé un ojo para que dejara el tema.

Le calenté la leche con una cucharadita de miel y seguimos charlando mientras se la bebía tranquila y lentamente, como si fuera un niño pequeño.

Cuando salimos de la cocina, nos topamos con Marta llorando desconsolada, y justo detrás venía Gonzalo, con cara de pocos amigos.

—Vaya, parece que en esta casa nadie puede dormir —dijo el abuelo con una sonrisa socarrona—. Yo me voy a la cama ya, os dejo a los jóvenes con vuestros líos.

—Te acompaño, abuelo —dijo Gonzalo, intentando zafarse.

—No, hijo. Quédate aquí… a ver cómo sales de esta. —Me guiñó un ojo antes de irse.

Yo lo miré, él me devolvió la mirada y los dos reímos por lo bajo. Era adorable ese hombre.

Me volví hacia la cocina. Gonzalo y Marta ya estaban dentro, discutiendo a voces.

—¡A ti no te importa cómo esté! —me gritó entre sollozos—. ¡Estabas en el dormitorio de mi novio!

—¿Qué dices, mujer? —respondí haciéndome la sorprendida—. No ves que estaba con el abuelo… lo habrás soñado.

—¡No, no lo he soñado! He estado allí, huele a ti.

Yo me crucé de brazos y sonreí con ironía.

—Mira, guapa, el día que yo entre en ese dormitorio, voy y te llamo. Ya verás qué bien nos lo vamos a pasar los tres. —Y al salir de la cocina, le di un pellizco en el culo con toda la mala leche del mundo.

Capítulo 14



Habían pasado ya tres días. Tres días en los que Marta no me quitaba ojo de encima, desde aquella famosa noche. La notaba detrás de mí a todas horas, vigilándome como si fuera mi sombra. El abuelo, en cambio, estaba disfrutando como un enano —sí, esa es la expresión—: feliz con sus plantas, encantado de poder pasear por las tardes por los alrededores del pazo. Yo lo veía tan bien que a veces me costaba creer que tuviera demencia senil, porque su comportamiento muchas veces no coincidía con la etiqueta de su enfermedad.

El día amaneció gris, y eso a mí siempre me bajaba el ánimo. No podía evitarlo. Me refugié en la cocina con Sabela, ayudándola. Mientras ella marinaba la carne, yo me puse a cortar verduras.

Me gustaba aquella vida en el pazo, esa tranquilidad que se respiraba, la posibilidad de sentarte con una copa de vino en la mano y un buen libro en la otra, sin el ruido de la ciudad.

—Geno, hija, que te estoy hablando —me dijo Sabela, dándome un toquecito en el hombro para sacarme de mis pensamientos.

—Perdona, estaba en la luna —reconocí con una sonrisa—. Pensaba en lo bien que se está aquí… Ojalá convenza a mi padre para traer también a mi abuela. ¿Qué era lo que querías?

—Que no cortes más verduras. Ponte con las patatas, en rodajas finas.

Me puse con las patatas cuando escuchamos voces en el pasillo.

—Se está jugando la estancia en esta casa, no se lo voy a repetir más —era la voz firme del abuelo.

—Tú no le vas a contar nada —contestó Marta, con esa chulería que tanto me hervía la sangre—. Es tu palabra contra la mía. No tienes testigos. Además, eres un demente y tu nieto no te va a creer.

—Pero yo sí. —Me puse delante de ella con las manos en jarras—. Te lo advertí, Marta: ni una más.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber qué vas a hacer?

No la contesté. Lo que hice fue soltarle una bofetada que le cruzó la cara y la dejó colorada.

—Eres una hija de puta —me espetó, llevándose la mano a la mejilla—. Esto no se va a quedar así. Y olvidaos de que me vaya: no pienso irme, y Gonzalo no me va a echar. —Se dio la vuelta y se fue con el orgullo por delante.

—Cayetano, deja de meterte en líos, hombre. —Rio Sabela, negando con la cabeza—. No puedo dejarte solo ni un segundo. Anda, vuelve a la cocina.

—Anda, abuelo, tómese un vaso de agua.

—Sabela, mejor un vinito —replicó él con ironía—, que esa mujer me ha dejado un mal sabor de boca.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunté, acariciándole la mano para tranquilizarlo.

—Solo me ha dicho que todo lo que ayer era mío, mañana será suyo.

—¿Qué quieres decir con eso? No lo entiendo.

—Pues que está con mi nieto por la revista… Lo que no sabe es que se va a llevar una gran sorpresa. Ella, y mi nieto también.

—Creo que ahora habla Hilario —comentó Sabela, arqueando las cejas.

—Sabela, me la voy a llevar. Es hora de que lo sepa todo. Prepáranos algo de beber, por favor. Haz una tila, creo que la va a necesitar.

Miré a Sabela, desconcertada. Ella simplemente asintió, como si ya estuviera al tanto de algo. Yo, en cambio, no entendía nada.

Salimos de la cocina. Yo iba detrás del abuelo, con mil preguntas en la cabeza. ¿Qué era lo que tenía que saber? ¿Dónde estaría Gonzalo?

Al pasar por el salón, el abuelo pidió a Lucía que se uniera. Ahí sí que empecé a mosquearme en serio. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Siéntate, Genoveva —me dijo el abuelo con una calma que me ponía aún más nerviosa—. Y cambia esa cara, mujer, que no es nada malo.

Sabela entró con las bebidas y me colocó la tila delante. Yo estaba medio acojonada, para qué engañarnos. Y encima no tenía el móvil encima.

—Sabela, no la pierdas de vista. —El abuelo me miró de frente—. Bueno, mi Geno, lo que voy a contarte puede cabrearte. No pensaba hacerlo tan pronto, pero viendo la situación… mejor ahora. Antes que nada, gracias por ser como eres conmigo. Para mí ya eres como una nieta.

—Me estás acojonando, que lo sepas.

—No tengo ninguna enfermedad. —Vi que iba a abrir la boca, pero me cortó—. Vamos, que no padezco demencia senil.

—¿Perdona? No entiendo nada. Quiero irme a mi casa.

—Lo lamentaría, pero después de contarte todo, tú decidirás si irte o quedarte. Empiezo desde el principio: el abuelo de Marta era mi socio. Sus vicios lo llevaron a la ruina. Me pidió que le comprara su parte para pagar deudas y no perder la casa.

—Pues sigo sin entender nada…

—Hace dos años quiso recomprar lo que me había vendido. Le dije que no. La revista ya no necesitaba un socio, y menos a él. Cuando le compré su mitad, fueron tiempos duros. Tuve que rehipotecar mi casa y la revista.

—¿Gonzalo lo sabe? No creo que él esté con Marta sabiendo esto.

—No, no lo sabe. Si lo supiera, la dejaría de inmediato. Y eso no le conviene.

—¿Y por qué?

—Mi nieto ha llevado una vida con algunos excesos. Marta tiene un vídeo donde se le ve en fiestas poco recomendables.

—Acabáramos… Entonces, ¿por qué fingir una demencia?

—Porque es la única manera de poder estar más pendiente de él… y de ella. Algo me dice que ese vídeo lo guarda ella.

—¿Y Lucía? Porque no sé por qué me da que de enfermera tiene lo mismo que yo de cuidadora…

Ellos se echaron a reír.

—Te equivocas, sí soy enfermera —dijo Lucía, con una sonrisa—. Seguí los pasos de mi madre y mi abuela.

—Chica, qué suerte. Don Hilario… ya me estaba acostumbrando a decirle Cayetano y abuelo.

—Y así seguirá siendo siempre, mi niña —me dijo con ternura, y por un momento pensé en mi propio abuelo.

—Nadie tiene que enterarse, y mi nieto, el que menos. Tampoco me fío de Ginés.

—Pero él no está aquí, no puede vigilarlo.

—Ahí es donde entras tú, le dirás a mi nieto que lo invite, para poder hacer las paces con tu amiga.

—Abuelo, me estás pidiendo un imposible.

—Lo sé, hija, pero es la única manera que tengo de tenerle vigilado —suspiró—. No me gusta pedírtelo, pero no me queda otra. Igual me equivoco… me costaría mucho creer que después de tantos años de amistad fuera capaz de darme la puñalada trapera, pero nunca se sabe.

Esa confesión me dejó helada. Era lo último que me esperaba. De repente, muchas piezas encajaron: los gestos de Gonzalo, esas veces en la revista cuando Paula me decía que no estaba, que se había encerrado en su despacho con llave… Ahora todo tenía mucho más sentido.

Me levanté, con intención de despejarme un poco, cuando vi que se acercaba un coche por el camino.

—¡No puede ser! —exclamé, saliendo disparada y llevándome por delante a Sabela, a la que casi hago caer al suelo.

—¡Lo siento, Sabela, perdóname! —grité mientras seguía corriendo, ya le pediría disculpas con calma después—. ¡Abuelita! —abrí los brazos de par en par—, qué alegría más grande me acabas de dar. —La abracé con todas mis fuerzas.

—Miguel, ¿quién es esta niñata? Quita, no me toques.

—Jo, abuela, seguro que estás con la regla —bromeé, y mi padre me miró negando con la cabeza, como diciendo «no tienes remedio»—. O me quieres quitar del testamento y por eso no me conoces.

—Esta juventud está toda loca. Miguel, mira, si está aquí tu padre.

No pude evitar reírme cuando Hilario salió por el jaleo. Mi padre tuvo que sujetarla porque iba con los brazos abiertos hacia el abuelo.

—Abuelo, ahora sí que me lo voy a pasar bien —le dije, dándole un codazo en el brazo.

—Ja, ja, ja, ya lo veo, hija, eres un poco traviesa.

—Si solo fuera traviesa… —contestó mi padre, riendo—. Me alegro de verlo, Hilario.

—¡Papá! Que va a pensar Hilario, no digas esas cosas. ¿Mamá no vino contigo?

—No, hija. Trabajaba hoy. Yo me vuelvo mañana por la mañana temprano.

En ese momento apareció Gonzalo. Saludó a mi padre con un abrazo, y pensé que esas eran las escenas que desmontaban prejuicios: demostraban cómo era en realidad.

No me cabía duda de que Gonzalo era una buena persona. Quizá yo quería pensar mal de él porque me provocaba demasiadas cosas, o porque necesitaba un motivo para justificar la tirria que a veces le tenía.

—Me alegro mucho de verte, ¿el viaje fue bien? —le dijo Gonzalo.

—Sí, hijo, aunque un poco entretenido —contestó mi padre, con media sonrisa.

—¿Te dio ruido? —pregunté, medio seria.

—Hija, recuerda esto: cualquier día voy preso por tu abuela. —Las carcajadas fueron inevitables.

Acompañé a mi abuela a su dormitorio. Al principio no quería entrar, pero con la ayuda de Lucía lo conseguimos. La sentamos en una butaca junto a la ventana mientras le guardábamos la ropa.

—Verás qué bien te lo vas a pasar aquí, abuela. No te vas a querer ir.

—Niñas, ¿quiénes sois? ¿Las hijas de Petra?

—Ay, abuela… que soy tu nieta favorita.

—Pero si no tiene otra —añadió Lucía, divertida—. No la líes más.

Con Lucía había congeniado muy bien. No es que le hubiera contado toda mi vida, pero sí lo relacionado con mi abuela.

—Bueno, como no se acuerda, se lo tengo que repetir cada dos por tres.

—Ya lo veo. Por cierto… sin que pienses mal: tienes un padre muy guapo.

—Sí, lo es, pero no tienes nada que hacer. Está enamorado de mi madre hasta las trancas.

—Tranquila, yo me quedo con el mío —me dijo sacándome la lengua—. Bueno, te dejo un rato con ella, voy a ver qué anda haciendo Cayetano.

—Ja, ja, ja, ten cuidado, que como te escuche el nieto, te enteras —le respondí entre risas.

Capítulo 15



He de reconocer que, mientras compartíamos la mesa, me hubiera gustado que mi madre nos acompañara. Hilario se mantenía en su línea: a ratos sensato, a ratos Cayetano, con sus cosas.

Estar con mi padre me vino bien. Me apenaba no poder contarle lo que estaba pasando, pero sabía que, cuando se enterara, me comprendería. Mi madre era harina de otro costal: más seria, más dura para aceptar ciertas cosas.

Estaba sentada frente a Gonzalo, y cada vez que nuestras miradas se cruzaban, me recorría un escalofrío. Quizás tenía que ver con lo que no habíamos terminado la otra noche. Marta, por su parte, estuvo callada casi toda la comida, solo habló para pedir o probar algo. Su silencio me extrañó, pero di por hecho que era por la bronca que habíamos tenido.

—Ya no puedo comer más, quiero irme a mi casa —dijo de pronto la abuela, dejando la cuchara en la mesa con un golpe seco.

—Abuela, ¿y esos modales? Tú nunca has hecho esas cosas.

—Desde luego, ahora entiendo a quién sale la nieta —soltó Marta con asco.

—Marta, ten un poco de consideración —le cortó Gonzalo con seriedad—. Lo mismo que es ella, podría ser tu abuelo.

La cara de Marta cambió de golpe. Mi padre intentó quitarle hierro, pero yo no olvidé el comentario; ya encontraría el momento de cobrármelo.

Después me llevé a la abuela y a Hilario a dar un paseo. Ella iba encantada, agarrada al brazo del abuelo, feliz como una niña chica. Ni siquiera la corregí cuando lo llamaba «mi abuelo». ¿Para qué? Si los dos disfrutaban.

Por el camino apareció Gonzalo. Me extrañó que Marta no estuviera pegada a él, pero casi lo agradecí.

—Genoveva, ¿tienes un momento? Quiero hablar contigo.

—Lo siento, ahora mismo no puedo —señalé a los abuelos—. No los vamos a dejar solos.

—No les va a pasar nada, no nos iremos lejos —dijo, y cuando miré al abuelo, él asintió con la cabeza.

Nos apartamos un poco de donde estaban los abuelos. Gonzalo iba con las manos en los bolsillos, serio, como si estuviera buscando las palabras exactas, y yo lo miraba de reojo, impaciente por saber qué quería.

—¿Qué pasa? No me vayas a salir con que es algo de *esa*, porque te aviso que me voy ya mismo.

—No, no es eso. —Se frotó la nuca, incómodo—. Te quería decir que me hace falta tener a Ginés aquí. Tengo que resolver un asunto y, créeme, me urge mucho.

—Sabes que no es santo de mi devoción. —bufé, arrugando la nariz—, pero vale.

Se quedó mirándome extrañado, como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Qué? —Arqueé una ceja—. No me pongas esa cara. Te lo iba a pedir yo de todas formas. Echo de menos a Lucrecia, nunca habíamos estado tanto tiempo sin hablarnos.

—Pues entonces tienes la oportunidad de arreglarlo —me contestó más relajado—. Pasaremos más tiempo en el despacho que fuera. —Me agarró del brazo y bajó la voz—. Otra cosa: tú y yo tenemos algo pendiente.

—Tú y yo no tenemos nada pendiente, Gonzalo —contesté tajante—. Lo del otro día fue un calentón y punto, algo que no se repetirá.

Él sonrió de medio lado, con ese aire de chulo que tanto me sacaba de quicio.

—Mientes fatal, Geno —susurró inclinándose hacia mí, mientras me pasaba una mano por la cintura y me acercaba contra su pecho—. ¿Qué pasaría si ahora mismo metiera la mano por dentro de tus pantalones?

—Nada, porque como se te ocurra hacerlo, te retuerzo justo donde más te duele. Y ya sé perfectamente qué es eso que se está poniendo duro.

—Lo estás deseando igual que yo —me soltó con un tono provocador.

Ni siquiera le contesté. Me zafé de su agarre con brusquedad y me di la vuelta, dejándolo plantado en medio del camino.

A los pocos pasos, la voz de mi abuela me hizo girarme.

—¿Es tu novio, hija? —me preguntó, mirándonos a los dos de arriba abajo —. Es guapo, tanto como lo era tu abuelo.

—¡Abuela! —Casi me atraganto de la risa nerviosa—. Es mi jefe, no mi novio. Y no hay nadie más guapo que mi abuelo, eso ya lo sabes.

—Bueno hija, este señor también es muy guapo. —Y miró a Hilario, que en ese momento se echaba a reír.

—¡¡Abuela!! ¿Cómo se te ocurre decir esas cosas?

—Relaja, hija, que hace mucho tiempo que no me dicen que soy guapo — intervino el abuelo con una sonrisa amplia.

—Madre mía —negué con la cabeza—, se juntó el hambre con las ganas de comer. Vamos, se acabó el paseo. Y las manos donde yo las vea, jovencito.

La carcajada de mi abuela retumbó en todo el camino, y yo no pude más que sonreír también. Hacía muchísimo tiempo que no la veía reír así.

Cuando ya regresábamos hacia la casa, mi abuela, ni corta ni perezosa, se agachó a atrapar una lagartija que corría entre las piedras.

—Mira, Geno, esta come bien —dijo alzándola con cuidado entre los dedos.

—Anda que no, abuela. Dámela, que esta me la quedo yo.

—Ni se te ocurra hacer lo que estoy pensando. No le vayas a cortar el rabo, ¿eh?

—¿Eso haces tú? —preguntó el abuelo con los ojos brillándole de risa—. No te imaginaba tan bruta.

—No os podéis hacer una idea de lo que era capaz esta hija mía —añadió mi padre, entre risas.

—Papá, por favor —me tapé la cara—, no vayas a contar batallitas de cuando era chica.

—Creo que ya tenemos tema de conversación para esta noche. —Escuché la voz de Gonzalo detrás de mí.

—Vaya tela, abuela, la que has liado —resoplé fingiendo enfado—. No, no le voy a cortar el rabo. La voy a meter en mi habitación para que me quite los mosquitos.

Entré en la casa y subí las escaleras, como quien no quiere la cosa, aunque por dentro iba partiéndome de risa con la travesura que acababa de preparar. Tenía la lagartija en la mano, moviéndose nerviosa, y yo ya sabía exactamente dónde iba a acabar.

Antes de llegar a mi dormitorio, hice una parada obligada: la habitación de Marta. Toqué la puerta un par de veces por puro disimulo, pero nadie contestó. Mejor. Empujé despacito la puerta y, en cuanto la abrí, me dio en toda la cara un pestazo fuerte, dulzón y empalagoso, que me revolvió el estómago.

—Madre mía… —murmuré arrugando la nariz—. ¿Esto es perfume o insecticida?

No exagero: el cuarto olía tan fuerte a perfume que me dieron hasta náuseas. Cerré la puerta con cuidado y avancé despacio, con la lagartija escondida entre las manos. No penséis mal, no era que quisiera cotillear sus cosas… bueno, vale, un poquito sí, pero lo principal era dejar bien colocada mi «mascota».

Me asomé al tocador, a la mesita de noche, a un par de estantes… hasta que encontré el sitio perfecto. La dejé allí, entre unos cojines, como si fuese la reina del lugar.

—Ala, preciosa, hazme un favor y quédate quietecita ahí —susurré sonriendo.

Salí de puntillas, con el corazón latiéndome fuerte, como si hubiera cometido un delito. Cerré la puerta despacio, y entonces me fui directa a mi cuarto, aún conteniendo la risa.

No había terminado de entrar cuando, de pronto, alguien me empujó hacia dentro con brusquedad. Sentí una mano tapándome la boca y la puerta cerrarse de un portazo.

—No chilles, que soy yo. —Gonzalo me miraba con los ojos brillantes, sujetándome con firmeza—. Te dije que teníamos algo pendiente.

—¿Pero tú estás loco? —espeté, apartando su mano—. ¡Nos pueden pillar!

Él no contestó, simplemente me arrinconó contra la cómoda. Su boca bajó a mi cuello, arrancándome un gemido involuntario.

—Gonzalo… —Quise frenarlo, pero cuando me quitó la camiseta de un tirón, las palabras se me quedaron atragantadas.

Me desabrochó el sujetador con una facilidad pasmosa y enseguida se lanzó a mis pechos. Pellizcaba mis pezones, los lamía, los mordía suavemente … y yo, en vez de pararlo, solo podía jadear y agarrarme a su pelo.

Sus manos bajaron rápido, deshaciéndose del pantalón y de la ropa interior que me quedaba. Pasó los dedos por mi intimidad, empapada, y al sentirlo, soltó un gruñido bajo que me erizó la piel.

Me cogió en brazos y me dejó caer sobre la cama, colocándome de espaldas. Se bajó apenas el pantalón y el bóxer, lo justo para liberarse.

—Lo siento, pero tiene que ser rápido.

No me dio tiempo a contestar cuando me embistió con fuerza. El grito que me salió lo ahogué mordiendo la almohada. Una y otra vez, entraba y salía, con un ritmo que me volvía loca.

—Así te quería —susurró contra mi oído—, escuchándote gemir solo para mí.

—Oye, guapo… No te creas el ombligo del mundo, porque no lo eres.

Me dio la vuelta con brusquedad, levantándome las piernas sobre sus hombros. Yo me tapaba la boca con las manos para que nadie pudiera escucharme, pero cada embestida era más fuerte que la anterior, y al final explotamos casi al mismo tiempo.

Agotada, me levanté de la cama tambaleándome y me metí en el baño. Abrí el grifo para refrescarme la cara.

—Esto no puede volver a pasar, Gonzalo. —Lo miré muy seria, todavía con la respiración agitada—. Nos pueden ver, nos pueden oír… y además, tú estás con Marta. Vete de aquí ya.

Lo empujé hacia la puerta hasta conseguir echarlo. Se marchó sin decir nada, y yo me quedé apoyada contra el lavabo, con el corazón a mil y la cabeza hecha un lío. Me había gustado, sí, pero era una locura. Y encima Nacho se me venía a la mente una y otra vez.

Cuando me preparé y salí rumbo a la cena, pasé por delante del cuarto de Marta y una sonrisa traviesa se me escapó sola. Si todo salía como pensaba, esa noche iba a haber espectáculo.

En la cocina ya estaban mi abuela e Hilario charlando con Sabela.

—Vaya dos que se han ido a juntar —bromeé entrando—. ¿Qué estáis tramando, jovenzuelos?

—¡Jovenzuelo te ha llamado! —Se rio Sabela mirando a Hilario.

—Pues sí, jovenzuelo… pero con las manos donde yo las vea —añadí, señalándolo con un dedo, haciendo que todos rieran.

—Genoveva —me llamó la abuela con tono serio, y yo ya sabía lo que venía—. Como vuelvas a decir idioteces, te suelto un sopapo.

No contesté. Me incliné hacia ella y la abracé con cariño, disfrutando de ese momento de complicidad que en mi casa era oro puro.

—Ay, abuelita… que te quiero.

—Anda, pamplinera, que no te voy a dar dinero —solté una carcajada.

Sabela estaba concentrada en la cena: una crema de pescado que olía de muerte, unos cachopos que ya tenía listos en una bandeja y, como colofón, una tarta larpeira que batía con toda la paciencia del mundo.

De vez en cuando miraba a los abuelos y me sentía tranquila. Estando con Hilario, sabía que no le podía pasar nada.

—Qué bien huele por aquí —dijo mi padre entrando—. Sabela, te diré que el olor llega hasta la entrada de la casa. Hija, ¿podemos hablar un momento?

—¿Pasa algo, papá? ¿Le ha pasado algo a mamá?

—Tranquila, todo está bien. He pensado irme después de cenar —me explicó—. Así tu madre no estará tanto tiempo sola.

—Ni hablar. —Negué con la cabeza—. Te vas mañana, como dijiste. Y por mamá no te preocupes: en vez de un niño, tendré dos. —Miré al abuelo y le guiñé un ojo.

—Ya podemos preparar la mesa —dijo Sabela.

Pero no nos dio tiempo, porque de repente escuchamos unos gritos agudos.

—¡Socorro, que me muerde! ¡Quitádmela! ¡Quitádmela!

Corrimos al pasillo y vimos a Marta blanca como el papel, pegando saltitos y manoteando.

—Niña, ¿qué te pasa? —preguntó Sabela, asustada.

Yo ya no podía contenerme. La cara de Marta era un poema: desencajada, sudando, con los ojos desorbitados. Sabía perfectamente qué había pasado… y no pude evitar doblarme de risa.

—¿Has sido tú? —me gritó señalándome con un dedo—. ¡Eres una asquerosa! Me las vas a pagar.

Yo solo me encogí de hombros, todavía riendo. Me daba igual lo que dijera: la imagen de ella saltando como si tuviera un dragón en la cama ya me había valido la noche.

Capítulo 16



Habían pasado ya dos semanas desde aquella noche, aquella en la que por poco me quedo sin pelos, si no llega a ser por Gonzalo.

Pero volviendo al presente, esas dos semanas las había dedicado casi en exclusiva al cuidado de mi abuela. Saber que Hilario estaba bien era una tranquilidad enorme, porque con él se me quitaba la mitad del peso de encima. Eso sí, de vez en cuando echaba de menos a Cayetano, su personaje, con sus ocurrencias y su forma de liarla sin querer.

Gonzalo no estaba con nosotros, se había marchado con Marta hacía una semana. Por lo visto, había un problema con la revista y requerían su presencia inmediata. Mejor así, pensé, aunque al mismo tiempo me daba rabia admitir que lo notaba en falta.

Estaba nerviosa, porque a la vuelta vendría Lucrecia… con Ginés. Solo de pensarlo, me hervía un poquito la sangre, aunque lo que más me pesaba era la falta que me hacía mi amiga. Era muy duro estar tanto tiempo enfadadas, y más aún por culpa de un hombre. Nosotras, con dieciséis años, juramos que nunca pelearíamos por un tío, que ninguno merecía tanto. Pues mira tú, qué ironía.

Mi abuela, en cambio, estaba feliz como una niña chica. La veía sonreír cada día, e Hilario tenía mucho que ver en ello: paseaban juntos, charlaban, compartían cosas. Y claro, cuando estaban solos no había necesidad de fingir que él tenía demencia; podía ser él mismo.

—¡Madre mía, hasta que te encontré! —me dijo Lucía, apareciendo de pronto en el pasillo.

—¿Ha pasado algo? —pregunté de golpe, preocupada.

—No, tranquila —sonrió—, solo venía a avisarte de que esta noche salimos.

—¿Cómo que salimos?

—Pues eso, que tú y yo vamos al pueblo a despejarnos un poco. No me vengas con excusas de la abuela, que Sabela e Hilario se quedan encantados con ella.

—Vale, me has convencido —acepté, dejando escapar una sonrisa.

Y la verdad es que me apetecía. Hacía muchísimo que no salía a divertirme. Antes, con Lucrecia, era todo distinto, siempre encontrábamos la manera de reírnos juntas. Pero desde que se juntó con ese gañán de Ginés… nada volvió a ser lo mismo.

Entonces me vino a la cabeza Nacho. No había vuelto a saber nada de él, aunque tampoco era que tuviéramos mucho contacto antes de aquel encuentro. Joder, con lo tranquila que estaba yo sin hombres en la cabeza, y de repente me encontraba atrapada entre dos. Un cacao mental de los buenos.

Me levanté de un salto al darme cuenta de que mi abuela no estaba en el salón conmigo. Miré a un lado y a otro y ni rastro de ella.

—Abuela, ¿dónde estás? Mira lo que tengo: tu dulce favorito —solté sin pensar, y luego me mordí el labio. Como apareciera ahora, a ver qué dulce le daba yo.

Fui corriendo a la cocina, rezando por encontrarla allí.

—¿Pero niña, qué traes? —preguntó Sabela al verme entrar como un huracán.

—¿Has visto a la abuela? Joder, estaba pensando en lo que no debía y cuando quise reaccionar, ya no estaba.

—Tranquila, muy lejos no habrá ido.

—¿Qué os pasa? —Apareció Lucía, alzando las cejas.

—¡Joder, he perdido a mi abuela! Estaba pensando en lo que no debía y mira.

—Geno, tu abuela está en el cuarto con Hilario, tranquilízate. Están jugando al parchís.

—¿Cómo? ¡Esto no puede ser! —salí corriendo, con ellas detrás.

Me lancé hacia las escaleras como si hubiera fuego, y Lucía me cortó el paso.

—¿Pero por qué corres así? —preguntó conteniendo la risa.

—¡Coño, pues porque están jugando al parchís! —solté desesperada.

Lucía me miró dos segundos… y se echó a reír a carcajadas.

—No tiene ni pizca de gracia, que lo sepas.

—Genoveva, al parchís, al juego de mesa, con fichas y cubiletes —me explicó como si yo fuera tonta.

Me quedé plantada. Vale, sí, en mi cabeza había sonado todo mucho peor. Me llamé gilipollas en silencio.

En ese momento aparecieron los protagonistas del parchís.

—¿Se puede saber qué os pasa? —preguntó Hilario, con cara divertida.

—Que te lo cuente Geno, porque yo no puedo de la risa que me ha dado.

—Ten amigas para esto, que dejes de reírte. —Le di una colleja.

—Auch, que duele, pues que…

—Que te calles, no abras la boca.

—Genoveva, deja a la muchacha que hable, o seré yo la que te dé una buena colleja. —De verdad os lo digo en serio, a la abuela en sus cabales había que temerle.

—Que le he dicho que estabais jugando al parchís y ha salido corriendo como alma que lleva el diablo —contestó Lucía, doblada de la risa.

Todos me miraron. Yo me encogí en el sitio. Y entonces estallaron las carcajadas, empezando por los abuelos y siguiendo todos los demás.

—No sé dónde le veis la gracia —refunfuñé.

—Pero hija, ¿qué pensabas? ¿Que jugábamos al mismo parchís que tú con mi nieto? —me soltó Hilario, y yo casi me muero de la vergüenza.

—¡Ay, por Dios! ¿Cómo dices esas barbaridades?

—Pues porque ya soy un zorro viejo —contestó él guiñándome un ojo.

—Esta muchacha está loca —Rio mi abuela—. Qué cosas más raras piensas.

—Madre mía… lo que me faltaba. Bueno, ya os dejo —dije, huyendo.

Volví a la cocina con Sabela y Lucía, siguiéndome, todavía riéndose.

—Os calláis o no os hablo más. Vosotras decidís —advertí, aunque lo único que conseguí fue que se partieran de risa más fuerte.

Nada más entrar, cogí un vaso de agua. Nunca había pasado tanto bochorno. Si Lucre estuviera aquí, tendría cuerda para reírse de mí un año entero.

—Hija —me dijo Sabela, con la mano en la barriga de tanto reír—, en mi vida me había reído tanto como ahora.

—Pues yo que me alegro. —Bufé, aunque al final terminé sonriendo.

Desde luego lo mío no era normal. Mira que pensar esas cosas de los abuelos… ¡es que ni podía ni quería imaginármelo!

Llegó la hora de salir. Me había resistido un poco, pero al final lo que me dijo Lucía me animó más de lo que esperaba.

Me pasé una hora arreglándome, como de costumbre. Aunque esta vez los nervios eran diferentes, tenía esa sensación rara de que algo estaba por pasar. Me puse un vestido blanco ibicenco con unas cuñas de esparto, me recogí el pelo en un moño bajo y me maquillé con tonos suaves. En los labios, un rojo discreto, y un poquito de perfume para rematar.

—¡Pero qué guapa estás, hija! —dijo Hilario al verme salir.

—Gracias, tú es que me ves con buenos ojos.

—Con los que tengo, esta noche te sale novio.

—Quita, quita, que los hombres están bien para un rato, pero para más ni en sueños.

—Eso es porque aún no ha llegado el tuyo, ya llamará a tu puerta.

Y justo en ese momento sonó la puerta de entrada.

—Anda, ya está llamando el amor a la puerta. —Rio el abuelo.

—Anda ya, es Pascual —aclaró—, un amigo de toda la vida.

Cuando Pascual llegó, me transmitió confianza desde el primer momento. No era mi casa y, sin embargo, yo ya me sentía en confianza como si lo conociera de siempre. Le encargué mucho a mi abuela, convencida de que con él estaría bien.

—¿Nos vamos ya? —me dijo Lucía, dándome un repaso de arriba abajo—. Estás guapísima.

—Tú también. Abuelo, cualquier cosa me llamas.

—Vete tranquila, hija. Divertíos.

La noche estaba estupenda. Al salir del pazo, respiré hondo y sentí que sí, que me hacía falta una noche así.

—¿Estás lista para una noche loca? —bromeó Lucía.

—Preparada y abierta a todo —reí.

—Eso ha sonado fatal. Tengo que contarte algo antes, para que luego no te quedes con la boca abierta.

—Me estás asustando. ¿Qué pasa?

—Tengo pareja.

—¿En serio? Pues me alegro por ti. Yo es que no la quiero.

—Soy lesbiana.

Me quedé con la boca abierta, y ella lo notó.

—¿Y? —repuse rápido—. A mí eso me da igual, pero nunca me lo hubiera imaginado.

—Le pasa a mucha gente —contestó con una sonrisa.

El camino hasta el pueblo lo pasamos hablando de Georgina, su pareja. Hablaba de ella con tanto cariño, que se notaba el amor en cada palabra.

Cuando llegamos, el ambiente era increíble, típico de las vacaciones. Aparcamos en una calle ancha y fuimos andando hasta la plaza. Estaba llena de vida.

Nos acercamos a un bar donde había una mesa larga llena de gente. Lucía sonrió al ver a alguien, y yo supuse que era Georgina.

—Buenas noches a todos —saludó Lucía, dándole un beso cariñoso a su chica—. Os presento a una amiga: se llama Genoveva, aunque para los amigos es Geno. Está de vacaciones en el pazo conmigo.

—Y aquí tienes a la tropa —continuó con una sonrisa—: Eloy, Patri, Pablo y Sandra, que son pareja. Y, como no, el soltero de oro, Xabi, el terror de las nenas. —Todos se rieron—. Y esta de aquí —añadió, acariciándole la mano — es el amor de mi vida, Georgina.

—Soy el amor de su vida porque aún no ha encontrado otra mejor —me dijo Georgina guiñándome un ojo con mucha gracia—. Bienvenida, Geno, espero que el tiempo que estés aquí lo disfrutes al máximo.

—Gracias, ya lo estoy disfrutando un montón —contesté sonriendo.

—Y tanto que sí, ya veréis —saltó Lucía divertida—. Ahora, cuando nos pidáis unas cervezas, os lo cuento.

Y vaya si lo contó. La madre que la parió, en menos de un minuto, ya estaba relatando lo de la lagartija. Todos se partían de risa, algunos hasta con lágrimas en los ojos.

—Yo sería incapaz de coger un bicho así con las manos —me dijo Patri todavía riéndose.

—Cariño, si tú ni una mosca coges. —La pinchó Eloy, y la mesa entera volvió a estallar en carcajadas.

Capítulo 17



La noche estaba resultando mucho más agradable de lo que pensaba; los amigos de Lucía eran geniales. Xabi era un bromista nato, al igual que Pablo, y se notaba a leguas que eran el alma de las fiestas. Estuvimos bastante tiempo allí, sentados, bebiendo y tapeando. Me di cuenta de que Xabi se arrimaba bastante a mí; no quise pensar mal, seguramente eran las cervezas haciendo de las suyas.

—¿A dónde os apetece ir ahora? —preguntó Georgina con entusiasmo—. ¿Qué os parece si vamos al río a bailar?

—¿Al río? Que yo sepa, allí se va a bañar —respondí extrañada.

—Todo puede pasar —me dijo Lucía con una sonrisa traviesa.

—Por el día es un sitio familiar, tranquilo, pero por la noche se llena de jóvenes —explicó Pablo—. Tienes zonas para bailar, para sentarte a charlar, o, si te apetece, terminar la noche con un baño para despejarte.

—Pues me encantaría ir, si a los demás no les importa.

—Claro que vamos, y si no quieren venir, nos vamos tú y yo solas. Ya verás lo que es disfrutar en el norte —añadió Lucía.

No lo pensamos más: nos levantamos y pusimos rumbo al río. Y, la verdad, me sorprendió muchísimo lo que me encontré. Aquello parecía el paseo marítimo de cualquier playa: bares con música, terrazas para comer, locales con copas y baile. Todo iluminado y con un ambiente increíble.

Notaba a Xabi demasiado pegado, y yo hacía como que no me daba cuenta. No quería ser borde con él, aunque tenía claro mi límite: mientras no se sobrepasara, todo bien. O al menos eso pensaba yo… El problema es que en mi cabeza ya había dos hombres rondando: Nacho y Gonzalo. Otro más era justo lo que no necesitaba.

En momentos así me acordaba de Ginés. Lo criticaba tanto, y, al final, no éramos tan distintos: él no quería ataduras, yo tampoco. Si conocía a alguien que me transmitía algo, pues ahí acababa la cosa: en la cama.

—Genoveva, te estoy hablando, estás en Babia —me dijo Lucía, sacándome de mis pensamientos.

—Perdona, ¿qué decías?

—Que si te parece bien sentarnos en este bar.

—A mí me da igual, estáis en vuestra casa, yo me adapto.

Se echaron a reír. Era un grupo muy simpático, la verdad, me sentía muy a gusto con ellos. Nos sentamos las chicas mientras los chicos iban a pedir. Fue entonces cuando Patri soltó una bomba que me dejó con la boca abierta.

—A Xabi le has gustado. Y te digo una cosa: ni se te ocurra jugar con él. No caigas en sus provocaciones.

Me quedé en blanco.

—¿Qué dices? —saltó Georgina, molesta—. Que yo sepa, a ti es a la que menos te debería importar. Preocúpate de Pablo, no de él.

Juro que no tenía intención de nada con Xabi, pero estaba claro que Patri sí sentía algo por él. Y, entonces, ¿qué hacía con Pablo?

—Solo te pregunto una cosa, Patri: ¿qué haces con Pablo, si está clarísimo que quien te gusta es otro?

—Eso no es asunto tuyo. Yo ya te he avisado.

No sabía con quién creía que hablaba. Justo a mí, que cuanto más me prohibían algo, más me picaba la curiosidad.

Los chicos regresaron con las copas. Cada uno se sentó con su pareja. Xabi, claro, se colocó a mi lado. Su rodilla rozaba la mía. No me aparté: al contrario, le devolví una sonrisa, mientras miraba de reojo a Patri, que tenía cara de perro.

La noche avanzaba y las copas también. Xabi estaba cada vez más encima de mí. Cada vez que me hablaba, lo hacía al oído, dejándome besos en el cuello. Me estaba poniendo cardíaca; no quería, pero tampoco soy de piedra.

El baile fue peor. Esos roces, esos bailes pegados… Y Patricia, mirándonos como una fiera enjaulada. Al final pasó lo inevitable: Xabi me besó. No lo aparté. Me dejé llevar. Sentí su erección rozarme cuando me levantó una pierna y me la colocó en su cintura.

—Ojalá no hubiera nada de por medio… —me susurró pegado a mi boca.

—Ya lo veo —le contesté—. Y alguien ahí dentro pide a gritos salir a tomar el aire.

Se rio.

Al volver a sentarnos, la cara de Patricia era un poema. Pablo no paraba de preguntarle si estaba bien, mientras Xabi, muy tranquilo, deslizó la mano bajo mi vestido y echó a un lado mi tanga. Sus dedos empezaron a rozar mi clítoris con disimulo. Yo intentaba mantener la compostura, mirar a los demás, seguir la conversación… imposible. Abrió un poco más mis piernas y me penetró con dos dedos.

—¿Te pasa algo? Estás muy colorada —me preguntó Eloy, sonriendo y guiñando un ojo. Creo que él sí sabía lo que estaba pasando.

—No deberías beber más, Geno —intervino Lucía—. Mira que luego el abuelo me hace responsable.

—Tranquilos, estoy bien, solo tengo calor.

—Seguro —comentó Pablo—. Anda, Patri, vamos a bailar, a ver si también entramos en calor.

Se fueron todos a bailar, menos Patricia y Pablo. Y Xabi seguía, incansable, con los dedos dentro de mí. Patricia se levantó de mala gana y se fue al baño. Entonces Pablo se inclinó hacia mí.

—Veo que lo estás pasando bien… —me dijo—. ¿Sabes que podría ser aún mejor? —añadió, rozándome el clítoris.

Me giré hacia Xabi, y él asintió con una sonrisa. Entre los dos aumentaron el ritmo. Yo no podía más. Pablo incluso cogió mi mano y la llevó a su entrepierna. Se la apreté y, al mismo tiempo, puse su mano en la de Xabi. Estaba a punto de correrme, y Xabi lo sabía. Me besó para acallar el grito que se me escapaba cuando el orgasmo me sacudió.

Nunca había vivido algo así.

—Esto no termina aquí, preciosa —me dijo Xabi, besándome.

—Yo me quiero apuntar —dijo Pablo.

Me quedé a cuadros.

—Pues ya sabes lo que hacer —contestó Xabi con calma.

—Un momento —salté—, ¿y yo qué? ¿Acaso no cuento? Y tú, Pablo, ¿no te da vergüenza?

—No me digas que no te ha gustado, porque tu cara dice lo contrario.

—No es eso. Claro que me ha gustado, pero tú tienes novia.

—¿Ahora me acuerdo de que tengo novia? Cuando te tocaba, parece que no importaba.

—¡Joder, me vais a volver loca!

Xabi zanjó:

—Para empezar, tú y yo nos vamos a mi casa. Allí esperaremos a Pablo.

—¿A tu casa? Ni hablar. Tengo que volver con Lucía.

No discutió. Fue directo a hablar con ella. Lo que fuera que le dijo, Lucía asintió.

—Solucionado. Nos vamos. Pablo, te esperamos allí.

—¿En serio, Pablo?

—En serio, Genoveva.

Salimos de allí. Yo iba de la mano de Xabi, y miraba hacia atrás, donde Pablo me sonreía mientras se chupaba el dedo con el que me había tocado.

La sorpresa vino cuando llegamos. Lo que Xabi llamaba "casa" era en realidad un pazo, no muy lejos del de Gonzalo.

—No esperaba que vivieras en un sitio así.

—Le suele pasar a mucha gente —respondió riendo.

—Eso da que pensar… «a todos» es «a muchos».

—Muy graciosa. No lo digo por eso. No suelo traer a nadie aquí para un polvo de una noche. Solo a alguien especial. Como tú.

—Qué suerte la mía —ironicé.

—Tengo un piso en las afueras para esas cosas. Pero contigo… quería que vinieras aquí.

—Pues podías haberme llevado al piso, fijo que las sábanas están más limpias —reímos.

—Eso siempre, mujer. ¿Quieres esperar a Pablo fuera con una copa, o prefieres que te enseñe la casa?

—La copa, gracias. El tour lo dejamos para otro día. Pero dime una cosa: ¿qué pinta Pablo en todo esto? Y, sobre todo, ¿cómo puede hacerle esto a Patricia?

—Porque no están juntos ya.

—¿Cómo qué no?

—Te lo explico. Patricia es como el perro del hortelano: ni come, ni deja comer. Su madre está muy enferma, le queda poco tiempo, y no quiere darle el disgusto de decirle que terminaron.

—Pero ella está colada por ti.

—Lo sé. Pablo también lo sabe. Y no quiere seguir así, pero mientras yo no le dé una respuesta, Patricia no va a soltarlo.

—¿Y él lo consiente?

—No le queda otra. Ella le tiene amenazado con contar lo que hacemos.

—¿Y qué hacéis? No lo entiendo.

Xabi me miró a los ojos y sonrió con calma.

—Genoveva, Pablo y yo somos bisexuales.

Capítulo 18



A cuadros, así me quedé cuando Xabi soltó la bomba. A ver, no es que me molestara, para nada, pero sí me pilló por sorpresa. No todos los días te cuentan algo así. Y si te soy sincera… morbo me estaba dando, y mucho. Estaba viendo que este verano iba a ser todo menos aburrido.

—¿Te molesta?, te has quedado muy callada —me preguntó con una sonrisa ladeada.

—No, para nada, solo me sorprende. Solo que no me lo esperaba… y si te digo la verdad, me está entrando un morbo que te cagas. —Nos reímos los dos.

—Mira que nunca nos lo habían dicho tan claro —se rio él—, aunque estoy seguro de que más de uno lo piensa.

—Espera… ¿me estás diciendo que Pablo y tú hacéis esto a menudo?

—¿Cómo crees que lo conocí? En una fiesta privada: sabes a lo que vas, pero no lo que te encuentras.

—Joder… y yo que pensaba que ya lo había visto todo. ¿Los del grupo lo saben?

—Sí, claro. Con eso precisamente, Patricia tiene amenazado a Pablo. Lo está pasando fatal.

—¿Ella ha participado alguna vez?

—Una vez. Verás, tengo un amigo que hace fiestas privadas, pero solo con amigos o conocidos. Una de las veces, Patricia bebió más de la cuenta, y dijo que quería probar. Al principio, Pablo no las tenía todas consigo, pero yo le convencí.

—Y fue lo peor que hiciste, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Lo que pasa en esas fiestas se queda allí, pero a Patricia no se le olvidó. En el cumpleaños de Sandra se emborrachó y lo largó todo. Sus padres se quedaron blancos. Menos mal que Lucía los convenció de que jamás había ocurrido.

Sacudí la cabeza, sin acabar de entenderlo todo. Pero lo cierto es que más que escandalizarme, me picaba la curiosidad. Antes, con Nacho, todo había sido otra historia: él fue mi primero, mi único, durante años. Hasta que volvió a aparecer en mi vida y lo retomamos, como si el tiempo no hubiera pasado. Luego estaba Gonzalo, con el que había cruzado una línea que pensé que jamás traspasaría. Y ahora, ahí estaba yo, delante de Xabi, escuchando sus confidencias y sintiendo que, por primera vez, no me apetecía ponerme límites.

—¿Te confieso algo? —le dije mirándole a los ojos.

—Sorpréndeme.

—Hasta hace nada solo había estado con un hombre. Uno. Pero ya estoy cansada de hacer el memo. Tengo ganas de vivir, de disfrutar, y si me apetece, lo voy a hacer. Se acabó reprimirme.

Xabi se rio, divertido.

—Así me gusta, que hables claro. Y déjame decirte que eres preciosa, me tienes loco desde que te vi.

—Vaya, y pensar que el que te tenía loco era yo… —dijo Pablo, apareciendo detrás de mí.

—Tú sabes que siempre serás mi primer candidato —contestó Xabi, con media sonrisa.

—Cuánto amor se respira en el ambiente —dije yo, riendo nerviosa.

—Hola, preciosa —susurró Pablo, poniéndose a mi espalda, pegándose un poco más de la cuenta.

Noté sus cuerpos, uno delante y otro detrás, y mi respiración se aceleró. No era de piedra, y estaba empezando a gustarme demasiado la situación.

—Hum… esto me está gustando —murmuré—. Es la primera vez que me veo así, con uno por delante y otro por detrás.

—¿Nunca has hecho un trío? —preguntó Pablo con curiosidad.

—No —confesé—. Pero eso va a cambiar hoy.

Y fue como encender una mecha. Pablo me giró la cara para besarme, mientras Xabi pellizcaba mis pezones. Sentí cuatro manos recorriéndome al mismo tiempo, subiendo y bajando, sin dejar un rincón de mi cuerpo tranquilo. Uno me besaba en la boca, el otro en la nuca, y yo me dejaba llevar, pensando que todo lo que estaba viviendo esa noche lo recordaría siempre.

—¿Seguimos aquí fuera o quieres que pasemos dentro? —preguntó Xabi con voz ronca.

—Me da igual… ahora mismo lo que quiero es dejarme llevar.

—Pues mejor dentro, estaremos más cómodos.

Entramos en la casa. Yo iba tras Xabi, con la cabeza hecha un lío y al mismo tiempo con el corazón latiendo a mil. *«Dios, Geno, de Nacho a esto, qué rápido ha cambiado todo»*, pensé, pero no me detuve. Ya estaba metida, y no pensaba echarme atrás.

Pablo me dio un pellizco en el culo al subir las escaleras.

—Xabi, la noche promete —dijo entre risas.

—Muy gracioso —resoplé—, no hagas que me arrepienta antes de empezar.

Soltó una carcajada. Cuando llegamos a la habitación, lo primero que me impresionó fue la cama enorme.

—Te perderás en ella —comenté sin pensar.

—Procuro no hacerlo —contestó Xabi divertido.

A la derecha había un diván junto a una cristalera enorme. Me imaginé cómo debía verse todo aquello de día y sonreí, aunque apenas tuve tiempo para detenerme en ese pensamiento: Pablo ya se pegaba de nuevo a mi espalda, subiéndome el vestido con decisión, mientras Xabi me observaba sentado en la cama, mordiéndose el labio.

—Esto no lo vas a necesitar —murmuró Pablo, tirando el vestido a un rincón.

Xabi me atrajo hacia él, y mis pechos quedaron a la altura de su boca. Fue el pistoletazo de salida. Sus labios atraparon mis pezones, lamiendo, mordiendo, succionando, mientras Pablo exploraba con sus manos mi entrepierna. Me separó un poco con una pierna y me metió dos dedos en la boca, haciéndome chuparlos, al tiempo que con la otra mano recorría de adelante hacia atrás mi sexo ya húmedo.

Xabi tiró de mí hacia la cama y se tumbó, dejándome a cuatro patas sobre él.

—Chúpasela —susurró Pablo.

Obedecí sin pensarlo, recorriendo con mi lengua la base de su miembro hasta detenerme en el glande, saboreándolo lentamente antes de introducirlo en mi boca. El gemido que soltó me encendió aún más. Al mismo tiempo, Pablo lamía mis partes con descaro, sin saltarse nada.

Intercambiaron posiciones: Pablo bocarriba en la cama, Xabi colocándose detrás de mí. Era una locura, y lo estaba disfrutando más de lo que habría imaginado. Entre lamidas, dedos y embestidas suaves, tuve dos orgasmos casi seguidos que me dejaron sin fuerzas, laxa apoyada en el cabecero.

Fue entonces cuando me quedé con la boca abierta: los vi besándose, acariciándose, dejándose llevar sin esconderse. La imagen me sacudió. Pablo, mirándome, me guiñó un ojo antes de tumbarse bocarriba para hacer un sesenta y nueve con Xabi. Sus jadeos, la manera en que se devoraban… me llevé la mano a mi propio cuerpo sin darme cuenta, excitada por la escena.

Cuando terminaron, ambos se protegieron, me bajaron suavemente de la cama y me cogieron entre los dos. Primero, Pablo, entrando poco a poco desde atrás, y después Xabi, completando el juego. Sus movimientos iban sincronizados, a veces acompasados, otras alternos, y solo se oían mis gemidos mezclados con sus respiraciones agitadas. Uno me mordía los pechos, el otro me besaba, y yo me dejaba arrastrar por un orgasmo tras otro.

No sé cuántas veces me corrí, solo sé que al final los tres explotamos a la vez. Me sujetaron entre ambos para que no me derrumbara, llevándome después al baño, donde me lavaron y secaron con una ternura que contrastaba con la intensidad de lo que acabábamos de hacer.

—Ha sido espectacular —suspiró Xabi.

—Ya lo creo que sí, una pasada —añadió Pablo.

—Y tanto que sí —dije riendo—. Pero ahora a callar y a dormir, que me habéis roto por dentro.

Soltaron una carcajada y me metieron en la cama. Lo último que recuerdo antes de caer rendida fue la sorpresa de sentirlos a los dos a mi lado, como si quisieran protegerme.

—Gracias por la experiencia, chicos —alcancé a murmurar—. Solo me he quedado con las ganas de ver algo más… pero eso lo dejamos para otra vez.

Y me dormí con una sonrisa.

Capítulo 19



Sentí ruidos, como unos gruñidos. No podía abrir los ojos, me pesaban, pero, aun así, noté cómo me separaban las piernas. Intenté hacer un esfuerzo y me era casi imposible, hasta que una lengua rozó mi clítoris. En ese momento no solo abrí los ojos, también mi boca empezó a jadear.

—Buenos días, guapísima. —Escuché una voz masculina junto a mí—. ¿Has dormido bien?

—¿Dónde estoy y quién eres tú? —pregunté fingiendo que no lo conocía de nada.

—No me jodas… ¿No recuerdas nada de lo de anoche?

Iba a contestarle cuando otra voz se coló en la habitación:

—Pues va a ser que no. El que te está jodiendo soy yo.

Miré hacia allí y casi me dio algo: Pablo estaba follándose a Xabi, agarrándolo fuerte de las caderas. Madre mía del amor hermoso, no me habían esperado.

—Genoveva, ¿de verdad no recuerdas nada? —preguntó Xabi, con cara de susto.

No pude más. Su cara de preocupación, la situación y el otro dándole duro… rompí a reír.

—Hija de tu madre, me has asustado, cabrona. Esto no te lo voy a perdonar —protestó Xabi.

—Ja, ja, ja, lo siento. Eso te pasa por empezar la fiesta sin mí —dije entre risas, incapaz de parar.

Pablo me sonreía sin dejar de moverse. Yo no podía apartar la vista de cómo lo hacía, lo bien que se la metía. Eso me excitaba todavía más. Viendo que Xabi se quedaba bloqueado, empecé a tocarme mientras no dejaba de mirarlos. Pablo se relamía viéndome, y Xabi, al final, metió la mano por debajo de mí para pasar un dedo por mi puerta trasera.

Ahí se desató la locura. Entre besos, risas y jadeos acabamos los tres en el cuarto de baño. Ellos se empeñaron en llevarme entre los dos, y yo me dejé hacer, disfrutando de cada segundo. Uno por delante, el otro por detrás, y yo en medio, entregada a la experiencia sin pensar en nada más que en el placer.

Cuando al fin la intensidad bajó, me quedé recostada contra la pared, agotada pero con una sonrisa tonta en la cara. Nos duchamos rápido, entre juegos y caricias, hasta que llegó el momento de despedirnos. Pablo se marchó primero y Xabi insistió en llevarme de vuelta al pazo.

El trayecto fue silencioso. Yo iba mirando por la ventanilla, con el cosquilleo aún recorriéndome el cuerpo, pero también con un nudo en el estómago: ¿qué pensaría Hilario al verme aparecer después de no haber pasado la noche en casa? Y sobre todo, ¿cómo habría estado mi abuela sin mí? Tenía que haberlo pensado antes… anoche no debí dejarme llevar tanto.

—¿Nos volveremos a ver? — preguntó Xabi al parar el coche.

—Sinceramente creo que no. Es lo mejor… Pero te diré algo: me ha gustado mucho vivir esta experiencia. Me la guardo para siempre en la memoria.

—Lo mismo digo. Ha sido un placer. He disfrutado contigo como hacía tiempo. —Me dio dos besos y bajé del coche.

No quería cruzarme con nadie, al menos no hasta empezar a asimilar todo lo que había pasado. Y claro, ya estaba como siempre: los malditos remordimientos. Era como la resaca del borracho, solo que la mía no era de alcohol, sino de cabeza. Por un lado, me arrepentía, me sentía hasta culpable; pero por el otro pensaba: *joder, qué bien me lo he pasado*.

Iba a entrar dentro de la casa y no me dio tiempo.

—¿Qué horas son estas? —me preguntó Hilario de golpe.

—Jo, abuelo, me has asustado. ¿Lucía ya llegó? —respondí, esquivando su pregunta.

—¿Estás bien? Te veo rara. Saliste con una cara y vuelves con otra. ¿Te ha pasado algo?

—Estoy bien, tranquilo. Solo cansada. Voy a ducharme y descansar un poco. ¿Se ha portado bien la abuela?

—Mejor que tú y que yo juntos —respondió riendo. Yo solté una carcajada y lo abracé—. Ve a descansar, y aunque sea un viejo, que sepas que aquí me tienes para lo que necesites.

—Gracias abuelo. —Le di un beso, dejándole solo.

Me fui a mi cuarto, pero no conseguía estar tranquila. Volví a darle vueltas a todo lo que había pasado. Había bebido, sí, pero ¿y si no lo hubiera hecho? ¿Me habría atrevido igual? Me tumbé bocarriba, mirando al techo y repasando cada instante de la noche. Lo había disfrutado, sin duda, pero me sentía extraña, incluso sucia, aunque no lo fuera. Porque fue todo consensuado. Sabía perfectamente por qué me sentía así: por los nombres que se cruzaban en mi cabeza. Gonzalo Fernández e Ignacio Cabrera.

Si ahora mismo tuviera que elegir a uno, no sabría. Gonzalo era pasota, egocéntrico, mujeriego y seco, pero me gustaba. Nacho, en cambio, era todo lo contrario: atento, cariñoso, centrado, capaz de poner lo mío antes que lo suyo. Y lo que más me gustaba de él era que siempre me hacía sentir en mi

lugar. Qué pena no poder hablar de esto con Lucrecia. La echaba tanto de menos. Quizás debía llamarla.

Me levanté cuando escuché a mi abuela llamándome desde fuera.

—¿Qué pasa, abuela? ¿Te has puesto de parto? —le solté en broma.

—Muy graciosa. Mira quién viene por ahí: tu amiga Lucre. Eso sí, no le vayas a decir que la confundí con un perro —dijo riéndose.

Asomé y vi a Lucrecia bajando una maleta del coche. Detrás venía Ginés, susurrándole algo al oído que la hizo reír. Sentí un rechazo inmediato. Me metí dentro, dudando si bajar o esperar. Al final fui a buscar a Lucía.

—Bueno, bueno, pero a quién tenemos aquí —me dijo con una sonrisa—. ¿Estás bien? Xabi me llamó, me dijo que te habías marchado y te notó rara.

—La verdad, no sé ni cómo estoy.

—¿Por algo que te hicieron? ¿O porque no esperabas ver a dos tíos follando?

—Viva la delicadeza —reí—. Que va. Hicimos cosas que nunca pensé vivir. Me trataron bien, y lo pasé genial.

—Te dije que mis amigos te iban a gustar. ¿Te quedaste con ganas de algo? —negué—. Pues entonces, ¿qué cara es esa?

—Tengo la sensación de haber fallado a dos hombres.

Lucía me tomó de la mano.

—Primero: ¿estás con alguno? —negué—. Pues ya está. Eres libre. No debes dar explicaciones. No has hecho nada malo. Quítate esa idea de la cabeza. —Me sujetó la cara entre sus manos y me dio un pico—. Lo siento, pero anoche casi me meto yo también en la fiesta.

Cuando me dijo eso me quedé a cuadros. No me lo esperaba para nada.

—Creo que me voy a meter a monja.

—Te saco de los pelos, Geno. Disfruta de la vida, pero sobre todo haz aquello con lo que te sientas a gusto contigo misma.

En ese momento escuchamos un revuelo en el pasillo. Salimos y casi me dio un infarto: mi abuela intentaba bajarle los pantalones a Ginés.

—¡Quitadme a esta loca de encima! —gritaba él, rojo de vergüenza.

—Tú, payaso, a mi abuela la respetas. Vergüenza la tuya, hablando así a una mayor. Y tú, Lucrecia, sabiendo cómo está mi abuela, ¿no le dices nada? Veo que este tío te ha comido el coco.

—No empieces, Geno. Venía en son de paz, pero ya veo que no.

Ni la contesté, no merecía la pena. Qué ganas tenía de que abriera ya los ojos, pensaréis que soy mala, pero no es así. Lo que quería es que se diera cuenta de quién era el tipo con el que andaba.

Lucía se llevó a mi abuela hacia la salita, mientras Ginés me lanzaba una mirada de asco que, sinceramente, me resbaló. Yo no podía con la risa: cuando se subió el pantalón, me di cuenta de que mi abuela se lo había reventado.

—Yo no le veo la gracia; estás tan loca como ella —soltó Ginés, y antes de que pudiera darse cuenta, mi mano ya había volado directa a su mejilla—. Loca, esto me lo vas a pagar, ya lo verás —masculló frotándose la cara.

—No te reconozco, Geno —me reprochó Lucrecia, molesta.

—Ni yo a ti tampoco —le respondí con firmeza—. Pero ¿sabes qué? Cuando abras los ojos, yo voy a estar aquí, esperándote.

—Oh, qué bonito… —ironizó ella—, pero no me hará falta.

En ese momento apareció Marta.

—Eres una barriobajera.

—Umm, cuánta emoción siento —le respondí, dándole un empujón al pasar.

Mal asunto tener a todos allí, juntos, pero no revueltos. Con algunos me daban ganas de vomitar.

Fui a buscar a mi abuela. Gonzalo aún no había llegado, y no sabía cuándo lo haría.

—Abuela, no vuelvas a arrimarte a ese hombre. Casi te lincha.

—No sé de qué me habla, señorita. Yo me quiero ir a mi casa. ¿Puede llamar a mi hijo?

—Abuela, soy yo, Genoveva, tu nieta.

—Qué nieta ni qué ocho cuartos. Yo no la conozco de nada.

Lucía me miraba pidiéndome calma. Lo intenté, pero me estaba rompiendo verla así. Tendría que hablar con mi padre cuanto antes.

Capítulo 20



Habían pasado dos días desde el incidente con mi abuela. Lo bueno de vivir en un pazo tan grande era que, si no querías ver a nadie, podías perderte por un pasillo y desaparecer. Pero yo no conseguía despegarme del runrún: no me cabía en la cabeza que Lucrecia no hubiera hecho nada por mi abuela. No la reconocía; esa no era mi amiga, la que siempre estaba para todo. Y por más que me justificara diciéndome que me había metido en su vida, yo sabía que lo había hecho con la mejor intención.

Hablaba con Lucía sobre lo que me preocupaba de mi abuela. Ella intentaba tranquilizarme, asegurándome que estar con Hilario le venía bien. Y sí, eso lo entendía, pero el problema no era él, sino el individuo que me costaba hasta nombrar.

—Lucía, ¿podemos hablar un momento? —preguntó Ginés entrando en la sala—. A solas, si no te importa. —Lo último lo dijo mirándome con descaro.

—No pasa nada, Lucía, después seguimos —respondí, y salí de la habitación.

Me alejé, aunque no demasiado. En cuanto escuché el nombre de Hilario, me quedé quieta como una estatua.

—Necesito saber si el viejo está fingiendo o de verdad tiene demencia —dijo Ginés.

—No lo llames viejo, y menos con ese desprecio. Está enfermo de verdad, ¿por qué lo preguntas? —contestó Lucía.

—No sé… a veces lo veo demasiado lúcido, como si supiera exactamente lo que hace.

—Es lo que tiene esta enfermedad. Unas veces eres tú, otras ni recuerdas tu nombre.

—¿Y la vieja?

—Si sigues faltando al respeto, aquí se acaba la conversación. Pero no, tampoco finge.

—No sé cómo Gonzalo no lo encierra en una residencia.

—¿Y por qué debería? A ti no te perjudica en nada.

—Eso también es verdad… no es mi problema. —Zanjó él con desgana.

Me di media vuelta para irme, pero iba que echaba humo. ¿Cómo podía hablar así de dos personas mayores? Me hervía la sangre.

Tan metida iba en mis pensamientos que choqué con alguien: Lucrecia.

—Mira por dónde vas, Geno.

—Perdón, no me di cuenta.

—¿Estás bien? No tienes buena cara.

—Pues no, no estoy bien. Pero gracias por preguntar.

—Si te puedo ayudar en algo, dímelo. Aunque no lo creas, te echo de menos.

Seguí mi camino, no me apetecía hablar en este momento. Era mucho lo que iba pensando y procesando al mismo tiempo. Yo también la echaba de menos y mucho, pero ahora no era el momento de arreglar las cosas con ella.

Tenía que hablar con Hilario, no me gustaba la actitud de Ginés. Fui hacia la cocina que era donde los escuchaba hablar.

—¿No estaríais comiendo sin mí, verdad? Porque eso no os lo perdono —entré fingiendo ligereza.

—Estamos esperando a tu padre —dijo mi abuela.

—Hilario, tenemos que hablar. ¿Cuándo viene Gonzalo? Me urge.

—¿Qué pasa, hija? Me estás asustando.

—Escuché a Ginés preguntarle a Lucía si tú fingías. Quiero saber qué interés puede tener en eso.

Hilario se echó hacia atrás en la silla.

—He pensado que cuando venga mi nieto voy a hablar con él. Estoy cansado de fingir.

—¿Estás seguro, abuelo? Quizás podrías esperar un poco más.

—No, hija, ya estoy cansado. Además… he conocido a una mujer que me hace sentir muy bien.

—¿Abuelo…?

—Sí, para que veas: la vida te quita, pero también te da.

Nunca imaginé que me soltara algo así. Sentí tanta ternura en sus palabras que se me humedecieron los ojos sin poder evitarlo.

—Venga, abuela, vamos a comer para que te pongas aún más guapa de lo que eres.

—Hija de mi vida, a veces me dan ganas de cruzarte la cara para que dejes de decir tonterías.

—¡Joder, abuela! Qué agresividad, por favor.

Me reí mientras ayudaba a Iria a poner la mesa. Cuando todo estuvo listo, cada uno fue tomando asiento. Y claro, con lo grande que era aquella mesa, yo tuve la mala suerte de que Ginés decidiera colocarse justo a mi lado.

—¿En serio?, ¿con todo el sitio que hay tienes que sentarte aquí?

—¿Te molesta? Pues lo siento… pero no pienso moverme.

Hilario me apretó el brazo bajo la mesa, pidiéndome calma. Intenté centrarme en la comida, pero pronto sentí una mano en mi rodilla. Supe al instante de quién era. Ginés dejó un papel sobre mi plato: *no digas nada, por tu abuela*. Sentí su mano avanzar, subir, llegar hasta donde no debía. Pegué un respingo.

—¿Te pasa algo, hija?

—No abuelo, me dio un calambre.

—Eso es que no le gusta la comida —soltó mi abuela—. De pequeña hacía lo mismo.

Vi la sonrisa ladina que se le escapó a Ginés, como si disfrutara del juego retorcido que solo él y yo conocíamos. Sus dedos comenzaron a moverse con más descaro sobre mi clítoris, provocándome un escalofrío que me recorrió entera. Se me cerró el estómago; las pocas ganas de comer que me quedaban desaparecieron por completo. Mi mente estaba atrapada entre la vergüenza y la excitación que, contra todo lo que yo quería sentir, se apoderaba de mí. ¿Cómo podía ser que nadie notara nada?

Mi mente estaba atrapada entre la vergüenza y la excitación que, contra todo lo que yo quería sentir, se apoderaba de mí. ¿Cómo podía ser que nadie notara nada?

—Perdón… ahora vuelvo —balbuceé, empujando la silla hacia atrás con tanta brusquedad que hasta la abuela me miró extrañada.

Me fui a mi habitación, cerré la puerta con un portazo y, sin pensarlo dos veces, abrí el armario para empezar a sacar ropa a lo loco. Cogía camisetas, pantalones, incluso ropa interior al azar, y los iba tirando dentro de la maleta sin orden ninguno, con las manos temblorosas y el corazón desbocado. Tenía que largarme, no podía seguir ni un minuto más bajo el mismo techo que él.

—¿Puedo pasar? — preguntó Lucía, asomando apenas la cabeza— ¿Qué estás haciendo?

—Me voy —dije casi sin voz, como si necesitara convencerme a mí misma —. No puedo estar aquí. Tengo un problema… tengo varios problemas, en realidad. Y necesito solucionarlos lejos, muy lejos.

—¿Es por lo que he intuido?

Me quedé mirándola con los ojos muy abiertos, sintiendo cómo me ardían las mejillas.

—No lo sé… —balbuceé—. ¿Qué es según tú?

—Ginés —dijo ella sin rodeos—. Sé lo que te estaba haciendo en la mesa. Lo vi todo, Geno. Pero tranquila, nadie más se dio cuenta.

—Por eso me voy, odio a ese hombre, no me preguntes por qué, porque ni yo misma lo sé.

Lucía esbozó una sonrisa triste, ladeando la cabeza.

—No lo odias, Geno. Al contrario —dijo con esa calma que tanto me sacaba de quicio—. Lo que pasa es que lo amas.

—¿Qué? —Me eché a reír, incrédula, forzando la carcajada como si con eso pudiera quitarle importancia—. Estás loca, deberías cambiar de camello.

Ella no se inmutó, incluso se permitió reírse conmigo, pero con un brillo distinto en los ojos, como si supiera mucho más de lo que decía.

—Genoveva, piensa un momento. No lo odias, lo que pasa es que te cuesta aceptar cómo es: un hombre que no se compromete, que va de mujer en mujer. Y aunque siempre lo hayas rechazado, en el fondo no te es indiferente.

—Que no, eso no es verdad. Él ha estado muchas veces detrás de mí, insinuándose, buscándome, intentando algo… pero yo siempre he sido la única que le ha dicho que no. —Sentí un nudo en el estómago al reconocerlo en voz alta.

—Y eso es lo que no te perdonas —replicó Lucía con calma, mirándome como si ya lo supiera—. Por eso lo disfrazas de odio.

No quise escuchar más. Me di media vuelta bruscamente y me encerré en el baño, con el corazón desbocado. No era odio lo que me carcomía por dentro, aunque quisiera convencerme de ello. Era algo mucho más complicado, y Lucía lo sabía. Por eso preferí huir antes de que siguiera arrancándome verdades que yo aún no estaba lista para aceptar.

Cuando escuché cerrarse la puerta, me atreví a salir del baño. Miré la hora en el reloj de la mesilla: necesitaba hablar con alguien que me devolviera un poco de calma. Cogí el teléfono y marqué el número de mi padre.

—Hola, hija, ¿cómo estáis? —Su voz cálida siempre tenía ese efecto tranquilizador en mí.

—Bien, papá… —Dudé un instante, mordiéndome el labio—. Tengo que pedirte un favor: ven a por la abuela. Me voy a ir unos días de viaje y no quiero dejarla sola aquí.

—¿Te ha pasado algo? —Enseguida notó en mi tono que había algo raro. Siempre lo hacía.

—No, de verdad, todo está bien. Solo que necesito desconectar un poco. Aquí… —hice una pausa, buscando las palabras—, aquí como te descuides, viene la empresa entera a ponerte la cabeza como un bombo.

—¿Puedes esperar al sábado? Es que descansa tu madre el fin de semana.

Tragué saliva. Me hubiese gustado decirle que no, que viniera ya mismo, que no podía más. Pero sabía que no era justo.

—Tranquilo, esperaré. —Me forcé a sonar convincente—. Tengo que dejarte, dale un beso a mamá… y otro para ti.

Sabía que esos dos días se me iban a hacer eternos. Tendría que esquivar a Ginés como quien esquiva minas en un campo de guerra.

Cuando comuniqué a todos que me iba de viaje, las caras de sorpresa fueron un poema. El abuelo, sobre todo, se quedó mirándome como si quisiera encontrar en mi rostro alguna explicación que no daba. Me rogaba que me quedara, al menos hasta que Gonzalo llegara, pero yo ya no podía esperar más. Me faltaba el aire en aquella casa. Tenía que salir.

—Cayetano —le dije intentando sonar ligera, incluso riéndome un poco—, aunque no lo creas… le echo de menos.

Él soltó una carcajada profunda, de esas que llenaban la sala.

—Ja, ja, ja… pues te volvía loca. Yo sí que te voy a echar de menos. ¿No hay manera de convencerte?

Negué con la cabeza, aunque me dolía.

—Vete con mis padres. Dentro de nada mi madre coge las vacaciones.

Hilario se quedó pensativo unos segundos, como sopesando algo, y luego asintió.

—No quiero dejar esto solo con ese ahí dentro. —No hacía falta decir nombres, ambos sabíamos de quién hablaba—. No me fío de él un pelo. También les puedo pedir a tus padres que se queden conmigo.

—Pues no es mala idea, no. Y a mi madre le va a encantar esto, Cayetano. —Intenté bromear, buscando quitarle hierro al asunto.

—Qué graciosa eres, hija… Ojalá mi nieto te mire como tú lo miras a él.

Sus palabras me dejaron muda. No supe qué contestar. ¿Acaso se me notaba tanto? Me limité a sonreír, con la cabeza hecha un lío. Necesitaba aire, necesitaba distancia. Solo sabía una cosa: tenía que irme. Aquí, en esta casa, rodeada de todos ellos, nunca lograría poner mis pensamientos en orden.

Capítulo 21



Llevaba ya una semana fuera del pazo, y no os voy a mentir: la despedida fue dura, de esas que se te clavan. Ese viejito que tanto me dio, que me acogió como a una nieta más, me lo puso muy difícil a la hora de marcharme. No quería soltarme, y yo tampoco quería irme, pero sabía que necesitaba poner distancia.

Antes de dejarme marchar, Hilario me entregó una dirección y un número de teléfono. *«Vete con mi amigo Pelayo, allí estarás bien»*, me dijo. Y así acabé en su casa, en un pequeño rincón de Asturias llamado Cudillero. No tenía claro dónde acabaría cuando dije que necesitaba irme, pero os juro que el lugar donde terminé es lo mejor que me podía haber pasado.

El pueblecito parecía de cuento, de esos que ves en las postales y piensas que están trucados. Las casas, todas pintadas de mil colores, subían por la ladera como si compitieran a ver cuál veía mejor el mar. El camino hasta aquí fue un espectáculo: verde por todas partes, acantilados que daban vértigo y ese olor a sal que se te mete hasta en el pelo. Y eso que aún me faltaba por ver cascadas y playas escondidas… pero vamos, que ya sentía que había caído en el sitio perfecto.

La casa de Pelayo no era un lujo de esos que se pagan con dinero, era otro tipo de lujo: abrir los ojos y ver el mar desde la cama, sentir el murmullo de las olas como despertador. Para mí, eso ya era riqueza suficiente.

Las casas eran famosas por su arquitectura pintoresca y colorida. Muchas de esas casas eran habitadas por los pescadores, y por lo que me contó

Pelayo, aún hoy en día, siguen viviendo la mayoría de los pescadores.

Pelayo me recibió como si me conociera de toda la vida. *«Si eres nieta de mi gran amigo, esta es tu casa»*, me dijo con una sonrisa que se me quedó grabada. Y luego estaba Enol, su nieto. ¡Ay, madre! Yo había huido de Málaga para meterme en Malagón. Lo que vi cuando lo presentó fue un portento de hombre: cuarenta años, moreno, con esas primeras canas que lejos de afearle, le daban un aire irresistible. Sus ojos color miel parecían atravesarte y robarte el aliento con solo mirarte. Y ese cuerpo… digamos que si intentara pellizcarle, acabaría con los dedos rotos de lo duro que estaba. Me prometí a mí misma portarme bien, reformarme, pero sabía que la tarea sería difícil conviviendo con semejante tentación bajo el mismo techo.

Nuestra primera conversación fue directa, sin rodeos.

—Por mi salud mental, dime que eres gay —le solté sin filtro.

Él soltó una carcajada que retumbó en toda la cocina.

—Si eso es lo que quieres oír, puedo inventármelo, pero no, no soy gay.

Y ahí comenzó mi quebradero de cabeza. Desde entonces, cada vez que lo miraba, me daban ganas de tirarme encima de él.

Aquella mañana amaneció nublada, típica del norte. Me levanté perezosa, disfrutando de la vista desde la terraza de mi cuarto antes de ir al baño a arreglarme. Bajé a la cocina y me encontré con Pelayo, ya desayunado.

—Buenos días, hija —me saludó, Pelayo.

—Buenos días, abuelo —le contesté, dándole un beso. Él quería que lo llamara así, y a mí no me costaba nada hacerlo.

—¿Para mí no hay buenos días ni un beso? —preguntó Enol con una sonrisa pícara.

—¿Qué dices? Atrás, Lucifer —le respondí, haciéndole una cruz con los dedos.

Los dos se echaron a reír a carcajadas, y acabé riendo yo también.

—Pero hija, si mi nieto es un ángel.

—Un ángel no, abuelo, su nieto es un lobo con piel de cordero.

—Abuelo, échala de casa, que no me quiere ni un poquito —protestó Enol, haciéndose el ofendido—. Pensaba llevarla a Gijón conmigo, pero visto lo visto, se queda aquí.

—No seas malo, hijo —intervino Pelayo—. Llévala contigo, le va a encantar.

—¿Vas a ir a Gijón? —pregunté, sorprendida.

—Sí, voy una vez a la semana. Aprovecho para hacer compras y algunas gestiones. Pensé que quizá te apeteciera acompañarme.

Ahí fue cuando me puse a dudar. No estaba segura de que fuera buena idea encerrarme en un coche con semejante ejemplar, porque ni yo misma me fiaba de mi autocontrol. Pero claro, tampoco podía quedarme atrás como si me diera miedo.

—Bueno, ¿vienes o te quedas? —insistió él.

—Voy. ¿A qué hora salimos?

—En cuanto terminemos de desayunar.

Desayunamos tranquilos, aunque en silencio, y Pelayo se marchó enseguida a hacer unos recados. Yo subí a cambiarme de ropa, más por gusto que por necesidad.

Al salir de la casa nos encontramos con una mujer mayor. Nos saludó amablemente, aunque su mirada se detuvo en mí como quien inspecciona a una desconocida.

—Muy simpática la señora —dije en cuanto se alejó—. Creo que me ha desnudado con la mirada.

—Pues ya me gustaría a mí tener ese poder —bromeó Enol, echándome una mirada de arriba abajo—. Pero tranquila, que todavía estás vestida.

—¿Tú eres siempre así de gracioso o es el día que te toca hacer el payaso?

—¡Anda! Entonces eres adivina y no lo sabíamos. —Rio—. Pues sí, hoy me toca vestirme de payaso: voy al hospital universitario.

Me quedé helada, no lo esperaba para nada.

—Perdona, no quería…

—Tranquila, lo llevo con orgullo. Empecé en el instituto. Mi abuela estaba ingresada y la pena la estaba consumiendo. Unos amigos y yo decidimos ir a alegrarle el día vestidos de payasos. Al principio no me reconoció, pero cuando le dije *«mejor sonreír que llorar»*, supo que era yo. Ese día fue duro, lloré mucho al volver a casa, pero también descubrí lo más gratificante del mundo: ver sonreír a los pacientes, sobre todo a los niños y a los mayores.

Me conmovió escucharlo. Ver a ese hombre tan fuerte hablar así me desarmaba.

—Me gustaría verte en acción —le dije con sinceridad.

—Y a mí también me gustaría verte a ti —contestó con descaro, dejándome sin palabras.

—Ni de coña, yo haría el ridículo.

—Genoveva, todos servimos para esto. Solo hay que darse la oportunidad. Cuando ves esas sonrisas, el ridículo deja de importar.

No volví a replicar. Puso música clásica en la radio y se concentró en la carretera. Yo, por mi parte, me perdí en el paisaje verde que parecía no acabar nunca. El silencio me pesaba, así que me atreví a preguntar:

—¿No te cansas de tanto clásico?

—No, me relaja cuando conduzco.

—Pues a mí me duerme. Como no hable contigo, me voy a quedar sopa —respondí, haciéndole reír.

Entonces me soltó una pregunta que me dejó helada:

—¿Cuándo me vas a contar qué es lo que te ha traído aquí?

Miré por la ventana, intentando esconderme de la pregunta.

—Veo que no te gusta hablar de ello —añadió, con suavidad.

—Es complicado… El coche no es lugar para contarlo. Solo te diré que tengo un vicio, y no hay vicio bueno.

—No creo que sea tan terrible. Cuando quieras, aquí estaré. ¿Tiene algo que ver con lo que me insinuaste la primera vez que hablamos a solas?

Asentí, sin atreverme a decir más. Agradecí que no insistiera, aunque dentro de mí me hervía la vergüenza. Y también otra cosa: ganas de saltar sobre él.

La carretera nos llevó hasta Gijón. El silencio se hizo pesado para mí, pero él parecía cómodo. Menos mal que ya veía la ciudad a lo lejos.

Fuimos directos al hospital, donde nos esperaban dos parejas que saludaron a Enol con complicidad.

—¡Qué bien acompañado vienes! —dijo una de las mujeres, presentándose como Olaya. Con ella estaban Covadonga y sus respectivos maridos, Abel y Diego.

—Encantada —respondí con una sonrisa, saludando uno por uno.

—Pensaba presentarla yo. —Rio Enol—. ¿Me habéis traído lo que os pedí?

—¡Por supuesto! —respondieron, como si compartieran un secreto.

Yo no entendía nada, pero pronto lo descubrí.

—Genoveva, ve con ellas. Te esperan en la sala de enfermeras —me dijo Enol.

Ni tiempo me dio a protestar. Olaya y Covadonga me cogieron de las manos y me arrastraron dentro.

—Cuando nos dijo que venía acompañado, no imaginamos que fueras tan guapa —dijo Covadonga con simpatía.

—Gracias, pero os aviso: yo no valgo para esto.

—¿Cómo que no? —replicó Olaya—. Este traje es mágico. Cuando te lo pones, te conviertes en una saca de sonrisas.

Y entre risas y palabras de ánimo, me vistieron. Cuando me pusieron delante del espejo, me quedé boquiabierta: disfrazada, con la peluca azul y la nariz roja, parecía otra persona. Y por primera vez en mucho tiempo, me dieron ganas de jugar, de soltarme, de dejar de pensar tanto.

Capítulo 22



Cuando vi a Enol vestido de payaso, me quedé muda. Si ya era guapo de normal, imaginaos con esa sonrisa pintada en la cara. Tenía un problema, y bien gordo.

—Pero qué payasa más guapa —me soltó cogiéndome de la mano y dándome una vuelta—. Vas a ver la cantidad de admiradores que te salen hoy.

—Anda, ya, tú sí que estás guapo con este disfraz —contesté, intentando disimular el calor que me subía por el cuello.

—Bueno, bueno, —dijo Abel riéndose—, cuanto amor hay aquí… dejad el tonteo para luego y empecemos, ¿no?

Fuimos planta por planta. Ver la sonrisa de la gente ingresada era como un chute de energía, una especie de bofetada que te decía: “mira, no todo es tan malo”. Sobre todo en los mayores, el agradecimiento se notaba en los ojos.

En una de las habitaciones, una señora mayor, ochenta años por lo menos, me cogió de la mano cuando me disponía a salir. Sentí un escalofrío.

—Espere un momento, quiero hablar contigo.

Los demás dijeron que me esperaban fuera. No quería quedarme sola, pero no me dio tiempo ni a protestar.

—Veo dolor en tus ojos —me dijo la mujer—. Vienes a dar sonrisas, pero tú misma llevas una guerra dentro.

—¿Cómo dice? ¿Qué les pasa a mis ojos?

—Eres tu propia enemiga. Y escucha: tendrás hombres a tus pies, pero cuidado, porque el que más diga quererte será quien más daño te haga.

Me solté de golpe y salí disparada. Menos mal que no creo en estas cosas, pero para no creer… me dejó acojonada.

—¿Qué te ha dicho? Estás blanca —me preguntó Enol, preocupado.

—La verdad no sé… me he quedado en *shock*.

—Manuela es muy sabia —saltó Covadonga—. A mí me dijo que estaba embarazada de gemelos y acertó.

—No me fastidies… —respondí con una mueca.

—Anda, no le des vueltas. —Enol me cogió de la mano—. Ven, te voy a enseñar las sonrisas más bonitas del mundo.

Bajamos a la planta que nos habíamos saltado, la infantil. Dejamos oncología para el final.

Los niños se revolucionaron en cuanto nos vieron aparecer: los más lanzados vinieron corriendo a abrazarnos, y otros, más tímidos, sonreían desde sus sillas. Estuvimos allí unos quince minutos, y todavía nos quedaba oncología, con la mañana ya encima.

Cuando entré a esa ala, una emoción fuerte me recorrió el cuerpo. Eran tan pequeños, y ya sabían lo que era el dolor y el sufrimiento… me encogía el alma.

Fue entonces cuando me fijé en una niña que no tendría más de cinco años. Estaba sentada en un rincón, con una muñeca de trapo entre los brazos. No parecía triste; al contrario, sonreía mientras miraba a los chicos.

—Se llama Sofía, tiene cinco años, es un amor de niña —me contó Covadonga.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Leucemia. Lleva un año aquí. En ese tiempo estuvo un mes en casa, pero al poco la volvieron a traer.

—Qué pena… con lo pequeños que son, y que ya tengan que pasar por algo así.

—Sofía está huérfana desde los tres años. Sus padres murieron en un accidente y su tía no quiso hacerse cargo.

—¿No tiene más familia? —pregunté con un nudo en la garganta. Covadonga negó con la cabeza.

Me acerqué a la niña. Cuando me vio, abrazó con fuerza a su muñeca.

—Hola, Sofía. Yo me llamo Genoveva, pero las niñas guapas como tú me pueden decir Geno. ¿Tu muñeca tiene nombre?

—Se llama Lisi —me dijo, apretándola todavía más contra su pecho.

—¡Qué nombre más bonito! ¿Me la enseñas?

Me miraba a mí, luego a la muñeca, y otra vez a mí.

—¿Le vas a hacer pupa? Si le haces pupa, llora mucho.

—No, claro que no. Ven, siéntate aquí conmigo. —Me senté en una mesita pequeña, esperando a que ella hiciera lo mismo.

—¿Te gusta mi nariz? —le pregunté, quitándomela y dejándola en la mesa.

—Es muy grande… pero muy blandita —dijo tocándola con cuidado.

—¿Quieres que te la ponga? Verás qué guapa te ves.

—Bueno… pero después se la ponemos a Lisi, ¿vale?

—Vale, después a ella.

Le puse la nariz y saqué el móvil para que se viera. Cuando se miró en la pantalla, no paraba de reír, con esa risa limpia que te llega al alma.

—¿Has visto qué guapa? ¿Se la ponemos ahora a Lisi? —le pregunté cogiendo la muñeca.

—Vale, pero me parece que no va a valer.

—Pues le buscamos otra más pequeña. —Escuché a mi espalda.

—¡Enol! —gritó Sofía, saltando de alegría—. ¡Has venido! Mira, Lisi, quién ha venido.

—Claro, princesa, ¿pensabas que me iba a olvidar de ti? —La niña se echó a reír mientras le daba un abrazo enorme—. Veo que ya conoces a mi nueva amiga.

—Sí, me gusta. Es muy guapa, como tú. A Lisi también le ha gustado.

—Vaya, me siento afortunada. Tú y Lisi también sois muy guapas.

—Pues yo me siento el hombre con más suerte del mundo, rodeado de tres mujeres guapas —dijo él, haciéndole cosquillas a la pequeña.

Me quedé un rato más con Sofía y luego fui a saludar a otros niños, pero con ella se había creado algo distinto, una conexión especial. Admiraba la fuerza que tenían esos críos: aunque les doliera todo, siempre encontraban la manera de sonreír.

Llegó la hora de marcharnos y las caritas se empezaron a poner tristes. Busqué con la mirada a Sofía. Estaba otra vez en su rincón, pero esta vez con lágrimas en los ojos. Me acerqué a ella con una sonrisa forzada.

—Princesa, ¿por qué estás triste?

—No quiero que se vaya… Tú tampoco. Tarda mucho en venir.

—Bueno, pero siempre vuelve. Los adultos tenemos que trabajar. Mira, dime: ¿qué quieres que te traiga la próxima vez? ¿Un libro para colorear? —ella asintió con un saltito.

—Y una cama para Lisi, que la mía es muy pequeña y me empuja.

Tuve que soltar una carcajada.

—¡Eso no se hace, Lisi! No puedes moverte tanto.

—Tenemos que irnos ya, princesa —le dijo Enol—, pero no me voy sin mi abrazo supermágico.

La peque nos rodeó a los dos con sus bracitos, dándonos un abrazo que me llegó hasta dentro. Me había enamorado de Sofía; era tan dulce, tan especial.

Cuando salimos del hospital, nos fuimos al bar de enfrente a tomar algo.

—Bueno, cuéntanos —me dijo Abel—, ¿qué te ha parecido la experiencia?

—Ha sido lo mejor que he hecho en mucho tiempo. Me ha tocado el corazón… pero también os digo que me he enamorado de una personita.

—Es un amor de niña, nos tiene a todos locos. Pero al que más, es aquí al doctorcito —dijo Olaya, señalando a Enol con una risa.

—Bueno, es lo más parecido que tengo a una novia. —Rio él.

—Voy a quedarme aquí esta noche. Mañana le llevaré lo que le prometí.

—No tienes por qué hacerlo —me dijo él.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

Al final terminamos comiendo todos juntos. Me hicieron mil preguntas sobre mí y sobre mi trabajo.

—¿Es cierto que tu jefe anda en malas compañías? —preguntó Diego.

—No os creáis todo lo que se dice de Gonzalo.

—Mírala, Gonzalo y todo, ¿tuteando al jefe? —saltó Covadonga con sorna —. Ten cuidado, Enol, que hoy estamos aquí y mañana, quién sabe.

Aquello ya no me gustó nada. ¿A qué venía ese comentario? ¿Acaso me conocía de algo?

Iba a contestarle, pero sonó mi móvil. Salí para hablar con mi madre.

—Hola, mamá, ¿cómo estáis?

—Hola, cariño, estamos todos bien. ¡Ay, Geno… no me quiero ir del pazo!

No pude evitar reírme.

—Te dije que te iba a gustar.

—¿Bromeas? ¡Me he enamorado! Pero dime, ¿tú bien?

Le conté la experiencia en el hospital, lo de Sofía, lo bien que me estaba sintiendo en casa de Pelayo.

—Bueno, hija, te dejo. Que tu abuela anda corriendo detrás del jardinero.

Solté una carcajada. Sí, esa era mi abuela.

Cuando volví al bar, me encontré a Enol solo, sentado en la barra.

—¿Se han ido?

—Sí, tenían cosas que hacer.

—Ya… si tú lo dices. Pues nosotros también deberíamos irnos. Tengo que buscar dónde dormir.

—No hará falta —me dijo sujetando la puerta para que saliera.

—No voy a volver contigo.

—Yo tampoco voy a volver. —Me quedé mirándolo extrañada.

—¿Cómo que no?

—Me quedo contigo, Geno. Y nos quedamos en mi casa.

Era el día de las sorpresas. Claro, solo llevaba una semana conociéndolo, pero eso no era excusa: no sabía nada de él. Una semana sin sexo, cosa rarísima en mí… pero lo más extraño era que, aunque había fantaseado con Enol, ni siquiera me había tocado sola.

—No sabía que habías vivido aquí.

—Bueno, en realidad ninguno sabe nada del otro. Y yo estoy deseando conocerte… en profundidad.

Capítulo 23



Esas palabras iban con doble sentido, y yo ahí, aguantando el tipo como podía, mientras él se empeñaba en fastidiar mi esfuerzo con una simple sonrisa o una mirada que me dejaba desarmada. Nos montamos en el coche, rumbo al centro comercial. Quería llenar la nevera, y de paso hacer alguna compra más. Por el camino llamó a su abuelo, con toda la tranquilidad del mundo, para decirle que nos quedaríamos un par de días o tres.

Nada más entrar, me fui directa a una tienda de juguetes que estaba justo enfrente. No podía irme sin comprarle algo a Sofía. Terminé con una cama para Lisi, la muñeca, un par de libros para colorear para los más peques y algunos cuentos para los mayores. Solo con imaginar la cara de Sofía ya me valía la pena.

Después, entramos en una tienda de ropa. Necesitaba, aunque fuera un par de mudas para el día siguiente. Enol, como buen caballero, cargó con todas las bolsas y las dejó en el coche. Yo, más ligera, me dejé llevar.

—Ahora sí, vamos a llenar un poco mi nevera —dijo.

—Como para tres días, porfi —le solté, medio en broma.

Me regaló una de esas sonrisas suyas que deberían estar prohibidas. Intentaba no mirarlo con otros ojos, de verdad que lo intentaba. Yo quería paz, tranquilidad, serenidad… pero claro, con esa sonrisa delante, ¿quién consigue serenidad?

Me entretuve en la zona de dulces, cómo no. Para mí era sagrado: mi onza de chocolate después de cenar. Mientras yo dudaba entre una tableta u otra, él iba metiendo cosas al carro sin parar, como si pensara alimentar a medio pueblo.

Como nos llevaban la compra a casa, pudimos aprovechar la tarde para nosotros. Me llevó a una cafetería muy famosa de la ciudad. Apenas me senté, vi a un actor bastante conocido en una mesa cercana… y no estaba con su mujer, precisamente. Saqué el móvil y, con el disimulo de una profesional, empecé a sacar fotos.

—Ya estoy aquí —dijo Enol al volver de pedir—. ¿Has visto quién tienes detrás?

—Pues claro que lo he visto, y hasta le he sacado fotos. Esa mujer no es la suya.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿No me digas que eres periodista?

—No, peor todavía. Soy lo primero que ves al entrar en la revista. Bueno, lo segundo, que lo primero, es el segurata de la puerta.

—Anda, no me digas más… —dijo riendo—. Tú eres la que suelta: *«Buenos días, aquí La Verdad, ¿en qué puedo ayudarle?»*.

—Y la mentira también —añadí yo, y nos entró la risa floja a los dos—. ¿De qué conocéis a Gonzalo?

—Gonzalo y yo somos amigos desde la infancia.

—Anda, mira tú… eso no lo sabía. Bueno, hay muchas cosas que todavía no sé. —Le di un sorbo al café y añadí—: Por cierto, creo que a Covadonga no le he caído muy bien.

—Claro que sí, mujer. Lo que pasa es que ella es así, tiene un humor un poco sarcástico.

—Bueno, si tú lo dices, será así —respondí encogiéndome de hombros.

Él apuró su taza, se levantó y me tendió la mano.

—Anda, vámonos, necesito descansar.

—¿Iremos temprano al hospital? —pregunté, agarrándole del brazo mientras caminábamos hacia la puerta.

—Una cosa intermedia —contestó con calma—. Así no entorpecemos su rutina.

Asentí, y nos montamos en el coche. Cada vez me sentía más cómoda con él. Tenía algo que me transmitía paz, y justo eso era lo que más me faltaba en la vida últimamente.

Mientras llegábamos a su casa, aproveché para mandar las fotos a Mariam, la directora de contenidos. Ni siquiera había terminado de bloquear el móvil cuando ya me estaba entrando su llamada.

—Niña, ¿esto es verdad? —gritaba al otro lado.

—Hola, sí, estoy bien gracias. ¿Tú qué tal? —le contesté con sarcasmo.

Se disculpó y me dijo que lo que le había mandado era dinamita pura. Antes de colgar, me preguntó si Gonzalo ya me había contado algo. Me quedé pensativa, pero respondí rápido:

—No estoy en el pazo, así que no sé nada. Y prefiero no saber, al menos de momento.

Colgué con un nudo en el estómago, pero no quise darle más vueltas. Si fuera algo grave, ya me habrían llamado.

—¿Todo bien? —me preguntó Enol, cogiéndome la mano.

—No lo sé, creo que sí.

No dijo nada más, y yo tampoco quise seguir la conversación. Para no darle vueltas a lo que no debía, me forcé a pensar en Sofía. Esa niña me había

conquistado por completo.

—Hemos llegado —dijo Enol mientras abría la puerta del garaje.

Aparcó el coche al lado del ascensor, bajamos con las bolsas del maletero y, sin soltarme la mano, me guio hacia el ascensor con esa sonrisa suya que empezaba a ponerme nerviosa.

—Espero que te guste mi piso —me dijo—, aunque lo que de verdad espero es que te impresionen las vistas.

—A ver si el vecino está tan bueno y me termina impresionando más que el piso —dije con sorna, y él estalló en una carcajada.

—¿Eso crees? —Rio Enol, mirándome divertido—. Ya veremos si sigues opinando lo mismo después de ver las vistas.

—Hablo por lo que he visto hasta ahora —añadí, encogiéndome de hombros.

Cuando abrió la puerta, me quedé sin palabras. Nada más entrar se veía un salón enorme, con unas cristaleras de pared a pared que dejaban pasar toda la luz. Me acerqué casi corriendo y, al asomarme, me encontré con unas vistas espectaculares al puerto.

—Enol… esto es precioso. No me esperaba algo así —le dije todavía con la boca abierta.

La cocina parecía sacada de una revista, moderna y con todo lo que podías imaginar.

—Pues no has visto aún nada —respondió, dejando las bolsas en el sofá—. Ven, que te enseño el resto.

Salimos a la terraza y ahí ya flipé en colores. Rodeaba todo el ático. A un lado había una mesa con cuatro sillas, al otro, un *jacuzzi* enorme con dos tumbonas al lado.

—Quería poner una piscina, pero no me lo permitieron. Con el *jacuzzi* me conformo —comentó divertido.

—A mí me hubiera valido con una piscina hinchable. —Reímos.

—Anda, ven que te enseño tu dormitorio.

—Vaya decepción… pensé que dormiríamos juntos —susurré al pasar por su lado, y él inclinó la cabeza hasta mi oído.

—No me provoques, Genoveva. No sabes lo que puedes desatar —me dijo con un tono tan bajo que me recorrió un escalofrío.

Me mordí el labio sin querer, como siempre que me ponía nerviosa, y él lo notó.

—Eso, justo eso —dijo con una sonrisa torcida—. Lo haces sin darte cuenta, ¿no?

—¿El qué? —pregunté haciéndome la inocente.

—Morderte el labio. Y te aviso, conmigo es como echar gasolina al fuego.

Yo solté una carcajada para disimular, aunque por dentro estaba a un paso de pedirle que ardiera todo.

La casa tenía tres dormitorios: el suyo, el de invitados y un despacho. Todos con baño propio y salida directa a la terraza. Nada mal.

Me quedé en mi cuarto, necesitaba una ducha y cambiarme. Al final decidimos no salir aquella noche. Me metí bajo el agua y me puse una camiseta larga, hasta medio muslo, de las que había comprado. Comodidad ante todo.

Cuando bajé, Enol ya estaba recogiendo la compra. En casa de su abuelo ya me había fijado: era ordenado hasta decir basta.

—¿Te ayudo en algo? —pregunté por pura educación.

—No. Eres mi invitada, siéntate y descansa. Ya casi termino.

Me sentó en un taburete frente a la encimera y me puso una cerveza en la mano. Yo intentaba no mirarle con deseo. No quería. O mejor dicho, no debía.

Pidió unas *pizzas* y luego me dejó sola en la terraza mientras se iba a duchar. Y yo, mientras escuchaba el agua correr, tenía el demonio en un hombro y el ángel en el otro: *entra y cómetelo, ni se te ocurra*.

Para distraerme llamé a mi padre. Necesitaba su voz, su calma. Desde niña siempre había sido así: cuando me asustaba o tenía un problema, él era mi refugio. Me contó que todos estaban bien, que la abuela tenía sus días, como siempre. Los echaba tanto de menos…

Me despedí de él justo cuando vi salir a Enol, ya fresco y con el pelo húmedo.

—¿He interrumpido algo? —me preguntó.

—No, hablaba con mi padre. Necesitaba escucharle.

—No es fácil, ¿verdad?

—No es fácil, ¿verdad? —dijo, apoyándose en la encimera.

—¿El qué?

—Lidiar con tus demonios.

—Yo no tengo de eso —contesté, y él soltó una carcajada.

—Claro que sí. Y también tienes la manía de morderte el labio cuando crees que no te veo.

Me puse tiesa.

—No le veo la gracia.

—Y yo no veo el momento en que me cuentes qué es lo que de verdad te atormenta. Voy a ser sincero: desde que llegaste, te he estado observando. Y sé que te gusto.

—Qué creído eres.

—No. Solo digo lo que veo. Me miras de una forma muy clara, Geno. Y aunque me encantaría dar el paso, no quiero que luego te sientas mal.

—Es complicado —alcancé a decir, y justo en ese instante sonó el portero.

—Salvada por la *pizza*. —Rio—. Pero después seguimos, con una copa.

Cenamos en la terraza. Él me habló de su vida: estuvo casado, no salió bien, y por suerte no tuvieron hijos.

—No estoy cerrado al amor —me dijo, bebiendo de su copa—. Pero mientras no llega, disfruto. Cosa que deberías hacer tú.

—Ya lo hago. A veces me paso, y no siempre me siento orgullosa. Así que déjame disfrutar de la *pizza*.

Me respetaba. Esa era la verdad. No insistía, me daba espacio. Y eso, para mí, era oro.

Después de cenar recogió todo sin dejar que yo tocara nada, sacó dos copas y me llevó al balancín de la terraza.

—Ahora sí, quiero que me cuentes tu historia. Todo.

Empecé por el principio, no me deje nada en el tintero, todo lo que había pasado con los amigos de Lucía, Enol me escuchaba, no me interrumpió en ningún momento, ni cuando me paraba para beber de mi copa, una vez que termine suspire, no me di cuenta de que había empezado a llorar, quizás por lo concentrada que estaba.

Le conté desde el principio. No me dejé nada: lo de Lucía, sus amigos, lo que había vivido y lo que me pesaba por dentro. Él me escuchó sin

interrumpir, sin gesticular, solo dejándome hablar. Al acabar, me sorprendí llorando. Ni siquiera me había dado cuenta.

—¿Ya? —preguntó con suavidad. Yo asentí.—. Bien. Pues ahora me toca a mí: no estás enferma, y tampoco eres ninfómana.

—Yo creo que sí —murmuré, con media sonrisa amarga.

—Analiza esto: llevas aquí una semana, ¿no? En esa semana, ¿has tenido sexo?

—No. Desde que vine a casa de tu abuelo, nada.

—¿Lo ves? Si lo fueras, ya me habrías saltado encima. —Se rio y me contagió—. Solo te gusta disfrutar. Y eso es lo más normal del mundo. Yo también lo hago.

—A veces me siento sucia. No lo puedo evitar.

—Eres libre, Geno. No tienes que dar cuentas a nadie. Si te gustan dos, tres o cuatro hombres, no pasa nada. Y si uno de ellos soy yo… entonces deja de pensarlo tanto y atrévete.

No bromeaba. Lo vi en sus ojos. Ni una pizca de burla, solo verdad. Y eso me dejó sin palabras.

Capítulo 24



—Enol, no estoy bromeando, esto es demasiado serio.

—Yo tampoco, preciosa —me dijo muy tranquilo—. Pero lo estás convirtiendo en una montaña cuando no pasa de ser un granito de arena.

—Joder, no me hagas reír, ¿un granito?

—Le das demasiada importancia. Recuerda que eres libre, puedes hacer lo que quieras. Igual que lo hacemos los hombres. Como si esta noche quieres dormir conmigo.

—Muy gracioso, no conocía esa faceta tuya.

—Pues acostúmbrate, porque hablo muy en serio, nena.

No me dio tiempo a replicar. Se inclinó y me besó. Un beso que llevaba deseando desde que lo conocí.

—Si quieres parar, solo dilo y paro.

—¿Estás de coña? —le respondí sin dudar—. Si paras, eres hombre muerto.

Me miró sonriendo y volvió a besarme. Esta vez fui yo la que se lanzó. Me senté a horcajadas sobre él, pasé la lengua por sus labios y, mientras lo hacía, refregaba mis partes contra las suyas.

—Uf, nena… como sigas así, no sé si voy a aguantar.

—Pues no aguantes. La noche es larga y yo no tengo nada mejor que hacer.

—Yo tampoco. Provocadora.

Me apartó con fuerza controlada, se levantó y me giró hacia la cristalera que daba al puerto. Tiró de mi tanga hasta romperlo de un lado, dejándolo caer a mis pies. Con el pie, separó mis piernas.

Me arrancó la camiseta y me quedé completamente desnuda. Un escalofrío me recorrió el cuerpo; no sabía si era por la brisa del mar o por él. Bajó despacio con las yemas de los dedos, hasta ponerse de rodillas entre mis piernas.

No pude evitar gemir en cuanto sentí su lengua en mi clítoris. Me saboreaba con calma, lamiendo, mordiendo suave, provocándome. Instintivamente, me incliné hacia él, buscando darle más acceso. No se conformó solo con la lengua: sus dedos se sumaron al juego, entrando en mí con la precisión justa para hacerme perder la cabeza. Un grito se me escapó cuando el orgasmo me sacudió entera.

Se incorporó y, sin darme respiro, me penetró de una sola vez. Sentir a Enol dentro de mí fue distinto, algo que no sabía ni cómo describir, pero que se sentía especial, muy especial. El calor de su cuerpo contra el mío, sus jadeos pegados a mi oído me encendían todavía más, llevándome a un estado en el que solo existíamos él y yo.

Me hizo suya mirando al puerto. Cuando terminamos, exhaustos, nos tomamos una copa como si nada. Pero aún quedaba noche. Nos fuimos a su cama y volvimos a desatar la locura.

Desperté sola. Escuché voces en el salón. Una era de mujer. Me incorporé, agudicé el oído y…

—¿Cómo has podido? ¿Sabes quién es esa mujer? —gritaba la voz. Me sonaba, pero no lograba ubicarla.

—El que no se lo puede creer soy yo —respondió Enol, cabreado—. ¿Cómo te atreves a venir a mi casa a montar este numerito, Covadonga?

Covadonga. ¿Qué hacía esa aquí? ¿Y por qué le hablaba así? Se supone que está casada…

—Siempre te lo he dejado claro —dijo Enol, firme—. Me vas a hacer perder mi amistad con Diego.

—¿Y eso es lo que te importa? ¿La amistad con ese soso de mi marido?

—Si no lo quieres, ¿por qué sigues con él?

—Eso no es asunto tuyo.

—Entonces vete de mi casa. No me hagas sacarte yo mismo.

—¿Dónde está ella?

—Aquí estoy —dije entrando en el salón, sin poder evitarlo—. ¿Te puedo ayudar en algo?

Se me vino encima con la mano levantada, pero Enol la agarró al vuelo. Yo no me lo pensé: le solté un bofetón que le giró la cara.

—Ya tienes lo que querías. Y escucha bien: como vuelvas a reclamarle algo a Enol, seré yo quien hable con Diego.

Cogió el bolso y salió dando un portazo. Enol se pasó las manos por el pelo, desesperado, y se fue a la terraza. Lo abracé por detrás.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy. Esta es una de las razones por las que me fui con mi abuelo. Desde mi divorcio, Covadonga no ha parado de insinuarse.

—Lo siento, todo esto es por mi culpa…

—Eh, ni lo pienses —me cortó, besándome la frente—. La culpa es de ella. Vamos a desayunar y después iremos a ver a Sofía.

Desayunamos en silencio. Era raro verlo afectado; hasta entonces siempre había sido el hombre fuerte, el que transmitía calma.

—No me gusta verte así —le dije.

—Estoy dolido. Diego no merece lo que ella le hace. Pero si hablo, perderé su amistad. Y sé que no soy el único.

—¿Hay otros? —pregunté, y él asintió—. ¿Ves? Esta es una de las razones por las que yo no quiero pareja.

—Pues vaya —rio con amargura—, y yo planteándome llevarte al altar.

—Antes me meto a monja.

—Torres más altas han caído.

Terminamos de desayunar, cada uno se fue a su baño, nos duchamos y, ya listos, cogimos las bolsas para ir al hospital.

En cuanto crucé esas puertas, sentí un vuelco en el corazón. El día anterior me había removido entera; ver tantas sonrisas en gente que, aun estando enferma, no perdía la alegría, me había cambiado por dentro.

Subimos a la planta de oncología. Enol iba saludando al personal como si fuera su segunda casa. De pronto se detuvo a hablar con uno de los médicos. Y, madre mía… menudo repaso de hombre.

Alto, moreno, con unos ojos marrones que atrapaban, y un cuerpo de esos que se nota que cuidan. Vamos, de los que más de uno querría tener… y más de una tocar. ¡Ay, señor, ya estaba yo otra vez desvariando!

—¡Geno, has venido! —gritó Sofía, corriendo hacia mí.

—Sofía, no se grita —la regañó el médico—. Ya sabes que aquí hay niños más malitos.

—Perdón, Raúl, pero vi a Geno y me dio mucha alegría.

—Tranquila, chiquitina. —Rio Enol—. Geno, este es el doctor Pereira.

—Raúl, llámame Raúl —me dijo dándome dos besos—. ¿También eres médico?

—No, recepcionista en una revista.

—Y no adivinarías en cuál —le dijo Enol.

—Pues si no me lo decís, ni idea.

—En *La Verdad*, con nuestro querido Gonzalito —soltó Enol.

—¡No me digas! Eso sí, es una sorpresa. Os tengo que dejar, chicos —dijo Raúl mirando la pantalla del móvil—. ¿Comemos juntos? Salgo a las dos.

—Vale, nos vemos donde siempre.

Se marchó y nos quedamos a solas con Sofía.

—Este mundo es un pañuelo, —comenté—. Resulta que a Gonzalo lo conoce todo Dios.

—Pues no lo sé, pero Raúl sí, porque hemos coincidido muchos veranos —contestó Enol.

—¿Me has traído la cama? —me preguntó Sofía con los ojitos brillando.

—¡Claro que sí! Y además cuadernos para que todos podáis colorear.

No se lo pensó: dio un salto y se enganchó a mi cuello, llenándome la cara de besos. Con todo lo que llevaba encima, era increíble verla siempre con esa

sonrisa. Tal y como me había contado Enol, Sofía era una luchadora: incluso en los días más flojitos, nunca dejaba de sonreír.

Pasamos un buen rato con ellos. Enol se puso a inventar historias de piratas; los niños se morían de risa con las voces que ponía. Yo me quedé embobada, mirándole, y cada vez que cruzábamos miradas me sacaba la lengua, lo que hacía que las carcajadas de los críos fueran todavía mayores.

Después de una hora nos despedimos. No podíamos entorpecer los horarios del hospital. Al salir, Enol me fue enseñando algunos de los barrios más emblemáticos de la ciudad hasta que nos sentamos en la terraza de un bar. Pedimos algo rápido para beber, necesitaba reponerme después de tanto pateo.

—He llegado a pensar que me querías matar andando —le dije jadeando un poco.

—Si tuviera que matarte, sería de otra forma —dijo con un tono que me hizo estremecerme—. Me encantas.

—¿Está usted insinuando algo? Ese «me encantas» con ese tonito… suena peligrosamente mal.

—O bueno, quién sabe, no lo sé, y no me quiero precipitar… mejor me quedo callado.

Me dejó con la mosca detrás de la oreja, pero preferí no insistir. Terminamos las bebidas y nos pusimos en marcha de nuevo; ya casi era la hora de encontrarnos con Raúl.

Después de andar unos diez minutos más, llegamos al restaurante donde habían quedado. Nos sentamos en la barra a esperarlo y pedimos dos cervezas. Me estaba sorprendiendo todo lo que estaba viviendo, los lugares que estaba conociendo, pero lo que más me llamaba la atención era lo relajada y en paz que me sentía conmigo misma.

Quizás Enol tuviera razón: debería dejar de darle tantas vueltas a todo, relajarme y vivir mi vida como me diera la gana. No le debo nada a nadie,

solo a mí misma.

Enol se levantó para ir al baño, y en cuanto me quedé sola, me vinieron recuerdos de la noche anterior. Cerré los ojos y casi podía sentir de nuevo su piel contra la mía. Había sido atento, cariñoso… no solo me había follado, había sentido como si me estuviera haciendo el amor. Y eso, en mi caso, era raro.

Ese brillo en sus ojos mientras me miraba me había desarmado. Y me asustaba, me daba miedo porque sabía que no quería hacerle daño, pero tampoco estaba segura de ser capaz de corresponder a lo que parecía que había en él. Tal vez me equivocaba, tal vez solo estaba proyectando cosas mías. Pero la sensación era demasiado fuerte como para ignorarla.

Capítulo 25



—Ya estoy aquí —me dijo sentándose a mi lado.

—Ya te veo, que pequeño no eres precisamente —bromeé, y él soltó una carcajada.

—Quiero contarte algo… creo que deberías saberlo antes de que llegue Raúl. Yo…

—Mejor no digas nada, no quiero que se estropee el día.

—¿Quién va a estropear el día? —Escuché a mis espaldas.

—Nadie, ¿verdad, Enol? —Le lancé una mirada que casi daba pena, pero no quería escuchar nada más.

—Tú, si llegas a tardar un poco más —le dijo Enol a Raúl, quitándole hierro al momento.

Raúl pidió otra cerveza y le indicó al camarero que nos llevara a “la mesa de siempre”. El salón principal estaba casi lleno, y me sorprendió que, aun pasando por mesas vacías, siguiéramos andando. Atravesamos un pasillo hasta un segundo salón.

Dentro había pocas mesas, y casi todas ocupadas. No era raro que estuviera concurrido, lo que sí me llamó la atención fue que cada mesa estaba separada por biombos, como si buscasen más privacidad.

Nos sentamos; a mí me dejaron en medio de los dos. El camarero trajo tres copas de vino tinto y dejó la botella en una cubitera a un lado.

—¿Se puede saber qué clase de sitio es este? —pregunté mirando a mi alrededor, sin entender nada.

—¿No le has dicho nada? —le preguntó Raúl a Enol.

—¿Que me tenía que decir? —los miré a los dos, que se cruzaron una mirada cómplice—. Me estáis acojonando. Y tú más, que ni siquiera te conozco —le solté a Raúl, que se echó a reír.

—Pues verás, aquí la gente viene a comer, a hacer negocios… y, lo mejor de todo, a tener sexo si quiere.

Escucharlo me hizo atragantarme con el vino; terminé escupiéndolo de golpe.

—Nada, me estáis vacilando —dije secándome la boca.

Enol negó con la cabeza muy serio.

—No me jodas…

—Después, después.

Con ese «después» me dejó a medias, porque justo en ese momento llamó al camarero y pidió tres entrecots con ensalada. Yo estaba a punto de protestar —joder, lo quería con patatas fritas— pero me mordí la lengua.

Entonces lo sentí: una mano en mi muslo. Y no era la de Enol. Miré al dueño y me encontré con Raúl sonriéndome, pasándose la lengua por los labios. Le quité la mano con disimulo, intentando que Enol no se diera cuenta.

—¿Estás bien? —preguntó Enol, mirándome raro.

—Sí, sí, solo tengo un poco de calor, nada más. Por cierto, tengo que haceros una pregunta. Pensaba hacérsela a ti, pero ya que estáis los dos, me parece más acertado.

—Dale, ¿qué quiere saber una preciosidad como tú? —saltó Raúl con sonrisa canalla.

—Pues ahí va: si a un hombre mujeriego se le llama así, ¿a una mujer qué? ¿*Hombreriega*? ¿O…?

No me dio tiempo a terminar. Los dos escupieron el vino casi al unísono.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —dijo Raúl, aguantando la risa.

—Una pregunta como otra cualquiera, vamos, digo yo.

En ese momento llegó la comida. El aroma del entrecot casi me hizo olvidar la conversación. Comimos en silencio un rato; yo tenía tanta hambre que preferí no forzar las palabras. Pero pronto me di cuenta de algo: las miradas entre ellos. Había complicidad, algo que me encendía y me mosqueaba al mismo tiempo.

Hasta que lo sentí. Una mano en cada muslo. Una de Enol. Otra de Raúl. Y lo más increíble: se movían como si lo hubieran ensayado. Me costó tragar el trozo de carne que tenía en la boca. Bebí un sorbo de vino, como si eso fuera a calmarme.

Ellos querían jugar. Bien, pues jugaríamos. Me abrí de piernas sin mirarlos, y por el rabillo del ojo vi cómo Enol esbozaba una sonrisa de satisfacción. Seguí comiendo como si nada, mientras Raúl hacía círculos sobre mi clítoris y Enol me penetraba con dos dedos: suave, rítmico, exacto.

Cada bocado iba acompañado de un gemido que intentaba disimular. Y cuando apoyé la copa de nuevo en la mesa, decidí contraatacar: metí mis manos bajo el mantel y las planté directamente en sus partes nobles. El salto que dieron en las sillas fue la confirmación de que no lo esperaban para nada.

—¿Qué os pasa? —Solté una carcajada al ver cómo se removían en las sillas—. Parece que os han puesto un alfiler en el culo.

—Nena, estás jugando con fuego —dijo Raúl con media sonrisa—. Igual te quemas.

—Uy, cariño… —Me incliné un poco hacia él, mordiéndome el labio—. A mí no me gusta quemarme. A mí me gusta arder.

Enol soltó una carcajada ronca.

—Ja, ja, ja, esa sí que ha sido buena.

—Chicos, ¿nos podemos ir de aquí? —dije levantándome de la silla y caminando hacia la salida.

No tardaron ni un suspiro en seguirme. Me tuve que reír, porque los dos peleaban por ponerse detrás de mí, como dos críos en el recreo.

—Chicos, chicos, comportaos, que ya tenéis una edad. —Me burlé soltando otra carcajada.

—Cada carcajada que has soltado me la voy a cobrar —me advirtió Raúl con una sonrisa torcida—. Enol, nos vamos ahora mismo a mi casa.

—¿Y yo qué? ¿También voy o preferís estar a solas? —volví a reírme.

—Tú vas la primera —intervino Enol—, sin ti no vamos a ningún sitio.

La risa de Enol se contagió y yo, al darme la vuelta y sacarle la lengua, conseguí que se riera aún más.

Subí al coche y me senté delante, mientras Enol pasaba al asiento de atrás. El resto del camino lo hicimos en silencio, cada uno en sus pensamientos.

Yo iba a lo mío: que lo mío no tenía remedio, que lo único que me quedaba era meterme en un convento de clausura. *Joder, pero si me muero mañana y no hago nada, ¿qué?* Entonces me repetía que no le estaba haciendo daño a

nadie, que esta era mi vida, y que tenía todo el derecho de vivirla como me diera la gana.

—Ya hemos llegado —dijo Raúl al bajarse del coche. Yo iba tan metida en mis pensamientos que ni me enteré del tiempo que habíamos tardado.

Miré a mi alrededor y me quedé con la boca abierta. Menudo casoplón se gastaba el doctorcito.

—Vaya, vaya… menuda casita.

—Después te la enseñaré. Ahora los doctores te van a hacer una revisión exhaustiva. Quizás incluso haya que ponerte alguna inyección —bromeó.

—No os tengo miedo a ninguno de los dos.

—Mejor, mejor —respondieron al unísono, provocando que se me escapara una sonrisa nerviosa.

Raúl me agarró de la mano y tiró de mí. Apenas me daba tiempo a mirar nada: escaleras, un pasillo largo, y al final, una puerta. Cuando la abrió, entramos en una habitación amplia pero sobria: una cama enorme, un diván junto a la ventana y una mesita. A la derecha, otra puerta que debía de ser el baño.

—Yo… yo me voy de aquí.

—¿Estás segura? —preguntó Enol con calma—. Si no quieres estar aquí, no pasa nada. Llamo a un taxi y nos vamos.

—No me digas que ahora te vas a rajar —susurró Raúl al oído, con una media sonrisa.

—No es eso… —Tragué saliva—. Solo que estoy nerviosa, no sé por qué.

—No te vamos a hacer daño —dijo Enol—. Confía en nosotros. Si algo no te gusta, lo dices y paramos.

Me colocaron entre los dos. Enol me despojó del vestido despacio, mientras Raúl me rompía el tanga de un tirón. Lo miré con cara de «¿pero qué haces?», y él me devolvió otra de «no importa». No tuve tiempo de protestar: las manos de Enol masajeaban mis pechos mientras Raúl bajaba hasta mi centro, lamiendo con una paciencia que me estaba volviendo loca.

Los gemidos se me escapaban solos. Me pegué a Enol, sintiendo su erección, rozarme, llevé la mano hacia ella, pero me apartó suavemente. Raúl me levantó una pierna y se la apoyó en el hombro, hundiéndose más con la lengua.

Enol abandonó mis pechos para arrodillarse detrás de mí; me abrió las nalgas y empezó a lamer con descaro mi parte más prohibida. Unos segundos después ya no podía más: uno por delante y otro por detrás, me arrastraron directo al primer orgasmo de la noche.

Me dejaron caer en el diván, jadeando. Los observé mientras se desnudaban. Madre mía… si uno era un espectáculo, el otro ya era el sueño de cualquiera. No pude resistirme: los llamé con un gesto de la mano, y cuando estuvieron frente a mí, acaricié sus miembros con ambas manos. Primero lamí uno, después el otro, alternando, dejándome llevar por el morbo de sentirlos a la vez en mi boca.

—Como sigas así, no voy a aguantar mucho —me susurró Raúl, levantándome del diván.

Me llevó al centro de la habitación. Sin darme cuenta, me levantó los brazos y me ató las muñecas a una barra metálica que no sé de dónde coño la había sacado. La visión de mí misma en esa posición me excitó todavía más; estaba a su merced y me gustaba.

De la mesita cogieron un preservativo y un bote de lubricante. Tragué saliva.

—Relájate, preciosa, ya sabes que si no quieres, nos vamos —dijo Enol con calma.

—Coño, no se lo digas tanto, que al final se nos va de verdad —saltó Raúl. No pude evitar reírme.

—Tranquilos, que como me tenéis ahora mismo, no voy a ningún sitio… y no me refiero solo a estar atada.

Cambiaron posiciones: esta vez Enol se colocó delante de mí, lamiéndome con calma torturadora, mientras Raúl lo hacía por detrás. Entre los dos me llevaban al límite, y yo me abandonaba a esa locura.

El orgasmo llegó rápido, pero no me dieron tregua. Raúl me penetró desde atrás con fuerza; un chillido escapó de mi boca, pero no era de dolor, era puro placer. Enol me levantó las piernas y se hundió lentamente en mí, haciéndome gemir más fuerte aún.

—Joder, me vais a matar entre los dos… pero por vuestra madre, no paréis.

—Tranquila, que si paramos será porque ya no quede fuego —contestó Raúl con una sonrisa.

Se movían sincronizados, como si llevaran toda la vida practicando juntos. Cuando uno salía, el otro entraba; a veces al mismo tiempo, arrastrándome a un ritmo imposible de aguantar. Perdí la cuenta de los orgasmos; mi cuerpo temblaba, extenuado y al mismo tiempo hambriento de más.

Finalmente, sentí cómo se tensaban y terminaban dentro de mí, casi al unísono. Me dejaron sin fuerzas, colgando aún de la barra.

—Joder, nena, ¿dónde has estado todo este tiempo? —me preguntó Raúl, jadeando.

—Haciendo ganchillo, nene —respondí con sorna, y los tres estallamos en carcajadas.

Me desataron, nos aseamos rápido en el baño y salimos de ese cuarto como si nada hubiera pasado… aunque todos sabíamos que nada volvería a ser igual.

Capítulo 26



Pasamos la tarde con Raúl. Me enseñó la casa de arriba abajo; no le faltaba ni un alfiler. Se notaba que vivía solo: todo estaba en orden, limpio, demasiado minimalista para mi gusto. Eso sí, la parte de fuera era un espectáculo, perfecta para cualquier plan.

—Creo que es hora de que nos vayamos, Geno —dijo Enol, mirándome con una media sonrisa.

—¿Ya? Vaya, y yo que pensaba que íbamos a repetir.

—Claro que sí, guapi. Si me habéis dejado hecha polvo por todos lados… —Hice un gesto dramático llevándome la mano al costado—. Mañana, si eso, vemos cómo me levanto.

—¿Me lo dices en serio? —preguntó Raúl sorprendido.

—Pues va a ser que no. Lo siento, no es por nada, pero no suelo repetir —contesté encogiéndome de hombros. Vi de reojo cómo Enol me lanzaba una mirada entrecerrada, como intentando descifrarme.

—Vaya, es una pena —dijo Raúl con voz grave—. Porque yo sí que repetiría contigo las veces que hiciera falta.

—Gracias, lo tomo como un halago. Pero antes de irme, necesito pedirte un favor.

—Si está en mi mano, cuenta con ello.

—Cuida mucho de Sofía.

—Ya lo hago todos los días —sonrió con ternura.

Me despedí de Raúl con dos besos y un abrazo. Enol ya había llamado un taxi para que nos llevara de vuelta; Raúl se ofreció, pero los dos le dijimos que no hacía falta.

Cuando llegamos a la casa, me dejé caer en el sofá, todo lo larga que soy, mientras Enol se metía a la ducha. Estaba agotada, y ya lo notaba: venía lo de siempre, los malditos remordimientos. Daba igual que hubiera sido con uno, con dos o con un equipo de fútbol… al final la sensación era la misma.

—¿Pedimos *pizza* para cenar? —me preguntó con la toalla en la cintura y esas gotas de agua resbalándole por el pecho hasta perderse bajo la tela.

—Dios, ¿tú no puedes venir vestido a decirme esas cosas? —bufé, y él se echó a reír como si le hubiera contado el chiste del siglo.

—Si quieres, repetimos, por mí no hay problema.

Le saqué el dedo corazón y me levanté.

—Me voy a duchar. Y recuerda que yo no repito. —Solté una risita mientras me alejaba.

—Ya veremos si repites o no —me respondió con ese tonito suyo.

No contesté, porque ni yo me creía mis propias palabras. Después de Nacho y Gonzalo, nadie me había removido tanto como Enol.

Al final no me metí a la ducha, llené la bañera. Necesitaba relajarme después de una tarde agotadora pero intensa. También necesitaba pensar. Siempre lo mismo: ¿por qué me sentía sucia después de tener sexo? Era la maldita pregunta del millón. La que me hacía cada vez que me dejaba llevar.

No sé cuánto tiempo estuve allí dentro. Tampoco me di cuenta de que estaba llorando, ni de que Enol había entrado. Cuando abrí los ojos, lo

encontré sentado en el borde de la bañera.

—¿No sabes llamar? —le solté, enfadada.

—Eso he hecho. Pero como después de un tiempo prudencial no contestabas, decidí entrar.

—Estaba pensando. Y cuando pienso, me meto en mi mundo.

Me acarició la cara con calma.

—Genoveva, vamos a cenar y después hablamos de todo esto.

Me limpió las lágrimas, me ayudó a salir de la bañera y me envolvió en la toalla con una delicadeza que me descolocó.

Cenamos hablando de los niños del hospital. Sé que lo hizo para distraerme, para sacarme de ese bucle de pensamientos. Después, recogimos la mesa y me sirvió una copa. Salimos a la terraza que tanto me gustaba.

—Ven, siéntate aquí conmigo —dijo dando una palmada en el sitio a su lado—. Y ahora, por favor, cuéntame qué es lo que te preocupa. Y no se te ocurra decirme que nada, porque no te voy a creer.

—Es lo mismo de siempre.

—¿A qué te refieres?

—Pues que cada vez que tengo sexo con alguien me siento culpable… y sucia.

—¿Tienes idea del porqué?

—Sí… no… yo qué sé. —Me encogí de hombros y él soltó una carcajada —. Jo, no te rías de mí.

—Perdón —levantó las manos—, no me río de ti, me río de tu contestación. Venga, seguro que sí sabes el porqué. ¿Cuántas relaciones

serias has tenido?

—Ninguna. No me gusta el compromiso.

—¿Cómo lo sabes, si nunca lo has tenido?

—Será porque no quiero sufrir.

—Lo estás haciendo igual, ¿no lo ves? —Me miró fijo—. Tienes sexo, pero después te arrepientes. Dime, ¿te has arrepentido de haberte acostado conmigo?

Negué con la cabeza, bajando la mirada.

—¿Y de haber hecho el trío?

Me quedé callada unos segundos, removiendo el vino en la copa antes de contestar.

—En el momento no, pero después sí… cuando lo pienso fríamente.

—Ya tengo la solución, y lo mejor es que está al alcance de tu mano.

—Sorpréndeme, me temo lo peor.

—Lo que tienes que hacer es no pensar en ello. —Soltó una carcajada—. Tenías que ver la cara que has puesto.

—Qué cabrón eres, me voy a la cama.

—Ven, no te enfades. —Me agarró y me sentó encima de él, a horcajadas. Ay, señor, mal asunto—. Me gustas mucho, Genoveva. Sé que no tengo nada que hacer porque, aunque no quieras reconocerlo, estás enamorada de Gonzalo.

—Pero solo un poquito… apenas me acuerdo de él. —Y era la verdad: Enol me estaba calando hondo.

—Hasta que lo veas. Entonces me mandarás a buscar gamusinos. —Reímos los dos.

Nos quedamos en silencio un rato. No era incómodo; al contrario, con Enol me sentía a gusto, demasiado a gusto. Me gustaba, sí, pero también me gustaba Gonzalo. Y Nacho. Raúl era guapo, no lo iba a negar, pero sus ojos no me transmitían tanto como los de los demás. Si pudiera, me quedaba con los tres.

—¿Qué piensas? —me interrumpió—. No le des más vueltas. No estás haciendo nada malo, solo disfrutar. Y cuando te sientas mal, piensa que no le haces daño a nadie. Y si aun así no puedes quitártelo de la cabeza, ya sabes dónde buscarme para distraerte.

Lo miré. Esa sonrisa suya me desarmaba. Como no decía nada, empecé a poner caras raras hasta que conseguí arrancarle una carcajada. Y entonces pasó: nos besamos. Un beso cargado de deseo, lento, intenso, sin prisas pero sin pausa.

Metió la mano por debajo de mi camiseta, acariciándome la espalda. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo; jamás nadie me había provocado algo así con una caricia. Mientras él jugaba con mi piel, yo empecé a moverme despacio sobre él, de adelante atrás, notando cómo ese bulto bajo su pantalón de chándal iba creciendo.

—Cómo me gusta notar cómo crece… —le susurré al oído, sintiendo su miembro protestar.

—Si no pasara eso, entonces sí que habría un problema.

—Qué bobo eres.

—Verás tú el bobo lo que te va a hacer.

Pegué un pequeño grito cuando se levantó conmigo encima y, sin soltarme, caminó hasta la corredera de su cuarto. Me dejó en la cama, tumbada bocarriba, pero antes de que pudiera reaccionar, me giré y me puse a cuatro patas, mirándole con descaro.

—Quítate el pantalón.

Mientras se lo bajaba, me relamía los labios. No llevaba ropa interior.

Me acerqué a él, y solo con ver el brillo de sus ojos se me encendía todo el cuerpo. Lo agarré por las nalgas y lo atraje hacia mí. Degusté su miembro como si fuera la primera vez que lo acogía en mi boca: lento, saboreando cada parte, disfrutando de sus jadeos.

No pude seguir mucho tiempo, no porque no quisiera, sino porque él me apartó, poniéndome de nuevo a cuatro patas. Se arrodilló detrás de mí y empezó a lamerme, sin prisas, con esa lengua juguetona que me volvió loca hasta que me corrí gritando su nombre.

No me dio tiempo a recuperarme cuando lo sentí dentro de mí, entrando de golpe. Me encantaba cuando llegaba al fondo y se quedaba quieto, dejándome el control para moverme a mi antojo. Cambiamos de mil posturas, hasta que terminé sentada encima de él, cabalgando fuerte, hasta que alcanzamos el clímax los dos a la vez.

—Me encantas, Geno —susurró abrazándome—. Sé que no quieres nada con nadie, pero a mí sí me gustaría tener una relación contigo.

—Enol, no digas nada… A mí también me encantas, pero ahora mismo no puedo darte más de lo que ya te estoy dando.

—¿Sabes una cosa? —Negué con la cabeza—. Si fueras mi pareja, no te habría compartido con nadie. De hecho… me dolió hacerlo.

—Joder, joder, joder… —me levanté de golpe y salí corriendo al baño.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué sales corriendo?

—¡Desde luego, una tiene que estar en todo! Joder, Enol, ¡se te ha olvidado ponerte el chubasquero! Y no solo ha chispeado… ¡me ha caído el chaparrón entero!

Se dejó caer en el suelo, muerto de risa. Carcajadas limpias, de esas que retumban. A mí, sin embargo, no me hacía ni puta gracia.

—No te rías, que no me hace ni chispa de gracia —le solté, cruzándome de brazos.

—Vamos a ver… —Se levantó y me cogió de la cintura por detrás—. No creo que pase nada. Pero si llega a pasar, voy a estar presente.

—Pues ya puedes rezar para que no pase. Mañana me marcho, creo que será lo mejor.

—Te estás comportando como una cría. No sé si lo que tienes es miedo al compromiso… o a los hombres.

—¿Eso piensas? Si fuera así, no me acostaría con ninguno.

—No tiene nada que ver. Voy a pensar que solo los quieres para utilizarlos.

—¿Eso es lo que hacéis los hombres? —me retó, clavándome la mirada.

—No pongas palabras en mi boca que yo no he dicho.

—Será mejor que me vaya a un hotel, no tengo ganas de discutir. Ni que fueras mi pareja.

—Tranquila, que ya hemos terminado la conversación. —Su voz sonó fría, cortante. Dio media vuelta y salió, dejándome sola en la habitación.

Me quedé mirando la puerta cerrada, con el corazón encogido. Por mucho que intentara convencerme de que aquello era lo mejor, una punzada en el pecho me decía lo contrario.

Capítulo 27



Habían pasado tres días desde lo ocurrido con Enol. Esa mañana me desperté antes que él… aunque en realidad, ni siquiera había dormido en su cama. Lo encontré en la terraza, tirado en una hamaca, con una botella vacía a sus pies. Se me encogió el corazón. Me sentí fatal. No se merecía que yo me pusiera de aquella manera, ni que lo dejara hecho polvo por mis miedos.

Sin pensarlo mucho, recogí lo poco que llevaba encima. No quise hacer ruido.

Le dejé una nota corta, fría, sin dar pie a nada más:

«Gracias por todo. Dale un beso de mi parte a Sofía.»

Y ya. Ni más ni menos. Como si fuera una extraña que había pasado de visita. Me fui con lo puesto, sin llevarme nada de lo que me había comprado en esos días. Me dolía, pero lo tenía claro: una de las razones por las que nunca había querido compromisos era justo esa, que a la mínima salía huyendo como una ladrona.

Me planté en la estación de autobuses y de ahí regresé a casa de Pelayo, solo para recoger mis cosas. No quería volver a cruzarme con Enol. Sentía que, si lo tenía delante, no me daría la cara para mirarle, mucho menos para explicarle lo que ni yo misma entendía.

—¿Estás mejor? —me preguntó Pelayo nada más verme.

—Sí, parece que el virus ya está remitiendo. —Mentí con torpeza.

—Hija, que yo soy muy viejo para tonterías. Lo del virus, déjalo para tus padres.

Me dio hasta vergüenza. Cuando llegué, Pelayo ya estaba enterado de que volvía; Enol le había dicho que discutimos y que me había marchado. Tan solo me pidió que, cuando llegara, le avisara para que supiera que estaba bien. Y eso hice, se lo comuniqué a través de su abuelo.

Por Pelayo también supe que Enol no lo estaba llevando bien. Aquello me destrozaba por dentro: por un lado, me dolía ver sufrir al abuelo por la preocupación de su nieto, y por otro lado, me pesaba saber que él estaba mal… y que yo era la culpable.

Estaba desayunando en la terraza, con el café ya frío entre las manos, cuando sonó mi móvil. Era un número desconocido. Dudé un segundo, pensé en no contestar, pero al final me arriesgué.

—¿Dígame?

—Geno, ¿eres tú? ¿Sabes quién soy?

Me quedé helada unos segundos. Esa vocecita me resultaba demasiado familiar.

—¿Sofía? ¿Eres tú?

—¡Síií! Sabía que me ibas a reconocer.

Sonreí sin poder evitarlo. Era increíble lo que esa niña despertaba en mí.

—Sofía, escúchame bien. ¿De quién es este teléfono?

—Del otro médico guapo. —y soltó una risita que me hizo reír también a mí.

—¿Cómo que el otro médico guapo? ¿A ver si lo adivino? No me digas nada… ¿Empieza por R de ratita?

—¡Sí! Es Raúl —contestó feliz, y yo terminé soltando una carcajada. Qué maravilla la inocencia de los niños.

—Estoy triste… no has venido a verme. —Su voz cambió, se notaba que estaba a punto de llorar.

Me dio tanta pena que casi se me parte el alma. ¿Cómo le explicas a una niña de cinco años que no sabes si volverás a verla, que tu vida es un desastre y que ni tú misma entiendes lo que haces?

—Sofía, he tenido que salir de viaje —improvisé con la voz quebrada—, pero te prometo que cuando pueda voy a verte. Ahora anda, dale el teléfono a Raúl.

—Vale, ahora se lo doy. Te quiero mucho, Geno. Ojalá fueras mi mamá… y Enol, mi papá.

Lo dijo tan tranquila, con esa inocencia que desarma, que casi me caigo redonda. Sentí como si me bajara la tensión de golpe.

—Una niña con las ideas claras. —Oí la voz de Raúl al otro lado, con una risilla de fondo—. ¿Cómo está la preciosa?

—Hola, Raúl… Pues la verdad sea dicha, no estoy nada bien.

—Mira, yo no soy de dar consejos, ni de decirte lo que tienes que hacer. Pero sí te voy a decir lo que he visto con mis propios ojos.

—¿Y qué has visto, según tú? —pregunté un poco a la defensiva.

—A dos personas que aún no saben que se han enamorado. Bueno… una sí lo sabe. La otra no quiere reconocerlo.

Me quedé muda, tragando saliva.

—Porque no estoy enamorada, Raúl. Y si así fuera, créeme, no es de él.

—Podrás mentirte a ti misma, pero a mí no. He visto cómo lo miras, cómo le hablas, cómo se te ilumina la cara con cualquier tontería suya. Y si de verdad estuvieras enamorada de Gonzalo, no te hubieras acostado ni con Enol ni conmigo.

Aquello me dejó seca, como si me hubieran metido un cubo de agua fría por la espalda. Joder… quizás tenía razón. Quizás lo que yo llamaba «jugar» o «disfrutar» era solo una excusa. Sentí un nudo en el estómago. Pensé en Lucrecia, en cómo la echaba de menos, en lo fácil que sería llamarla y soltarle todo este lío sin miedo a ser juzgada.

—Genoveva, ¿sigues ahí? —Me sacó de mis pensamientos la voz de Raúl.

—Sí, aquí sigo… Solo estaba pensando. Pero tengo que dejarte ya. Un beso, Raúl. Y cuídame mucho a esa niña.

—Muy sutil eso de zanjar la conversación, ¿eh? —contestó con un deje serio—. Pero piensa en lo que te he dicho. Yo jamás había visto a Enol como lo veo ahora… y créeme que le conozco bien. Cuídate, Geno.

Colgué de golpe, sin darle opción a insistir. Me quedé mirando el móvil como si me quemara en la mano. Tenía razón: sentía algo por Enol, y eso me aterraba. No quería, no debía… joder, no podía permitirlo. No quería hacerle daño.

—¿Todo bien, hija? —me preguntó Pelayo.

—No, nada está bien. Con lo a gusto que estaba yo contestando el teléfono… Cómo me gustaría volver a tener diecisiete años y no cometer las mismas tonterías que estoy haciendo ahora.

—Eso lo queremos todos —contestó Pelayo con calma—. ¿Crees que a mí no me gustaría tener menos años y con la experiencia que tengo ahora? Mira, yo no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer. Cada uno vive la vida como puede, como le gusta, o como cree que es mejor. Pero siempre llega un momento en que te planteas si seguir en ese camino… o cambiarlo.

—La verdad es que me lo he planteado. No estoy siendo yo misma, Pelayo. La chica alegre, bromista… esa se ha quedado atrás. Yo sola me busco los problemas.

—No sé lo que tienes en esa cabeza, ni lo que ha pasado con mi nieto. Pero lo que tenga que ser, será. Ya sea para bien o para mal.

—Creo que me voy a volver al pazo. Si no hubiera venido aquí, ahora nadie estaría sufriendo.

—Como tú veas, hija. Las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ti.

—Gracias, Pelayo. —Le di un abrazo apretado—. Siento mucho lo que le he hecho a tu nieto.

—No has hecho nada. Las cosas del corazón a veces no salen como quisiéramos. Me duele por él, porque ya sufrió bastante con su primera mujer.

—No sabes cómo lo siento… —dije bajito.

Él negó con la cabeza, como quitándole hierro, y se metió para dentro.

Si antes dudaba de qué hacer, las palabras de Pelayo me ayudaron a decidirme: tenía que volver al pazo. Llamé a mi madre para avisarla. Se sorprendió, claro, pero no preguntó nada. Me conoce bien, sabe que ya le contaré lo que sea… cuando esté preparada.

Pasé el día fuera de la casa porque ver la cara de Pelayo me encogía el alma. Estuve dando vueltas por el pueblo, dejándome llevar por las calles estrechas y el olor a mar. Terminé en el puerto. Y pensé que eso de estar en un sitio donde no conoces a nadie tiene sus ventajas: no tienes que pararte, ni dar explicaciones, ni fingir que todo va bien.

Me senté en una terraza bastante concurrida. Encontré una mesa en una esquina, algo apartada. Parecía que me habían puesto en la zona de los

«despedidos», pero me dio igual. Justo lo que necesitaba: estar sola, perdida entre mis propios pensamientos.

Cuando se acercó un camarero para preguntar qué quería tomar, le pedí un café. La verdad es que me apetecía más una copa de vino, pero, siendo sincera, no era hora para empezar con el alcohol.

Mientras esperaba, me quedé observando a dos niñas que jugaban entre ellas, correteando alrededor de las mesas mientras sus padres charlaban tranquilamente con un café delante. Enseguida me vino a la cabeza Sofía. Qué niña más bonita, qué parlanchina era… pero sobre todo, qué luchadora. A pesar de no tener papás, era feliz. Feliz de verdad.

El móvil estaba sobre la mesa, bocarriba. De pronto vibró y vi una notificación. Era de Lucrecia. Eso sí que me dejó a cuadros. Algo había pasado, seguro. Lo que tanto le avisé… Y aunque no pensaba leerlo, la curiosidad pudo conmigo.

Lucrecia: *Hola, petarda. No sé cómo empezar esta conversación. Bueno, aunque lo supiera, me gustaría que habláramos desde la calma. No sé quién de las dos debería de pedir perdón, quizás yo, no lo sé… Lo único que sé es que no te puedes imaginar lo que te echo de menos.*

Me quedé descolocada. ¿Qué le habría pasado? No podía ir y preguntarle de sopetón si Ginés le había dado la patada. Y si me decía que sí… tampoco era plan de soltarle un «ya te lo dije».

Geno: *Hola, Lucre. Yo tampoco sé muy bien cómo contestarte, pero sí sé que también me gustaría hablar desde la calma. Y como tú… también te echo mucho de menos.*

Ahora me moría de curiosidad por saber qué le había pasado. ¿Que me alegraba de ello? Jamás. Ni con ella ni con nadie.

Me quedé un buen rato sentada, mirando lo que pasaba a mi alrededor, sin realmente verlo, pensando qué hacer. ¿Quedarme o irme? Al final ganó el irme. No pintaba nada allí. Además, sabía que a Enol le vendría bien estar con su abuelo.

Me levanté con decisión y puse rumbo a la casa. Ya lo había decidido: me iba. Volvería al pazo, pero solo de pasada. Lo que en realidad quería era regresar a mi casa, a mi vida.

En el camino, mi cabeza era un hervidero de pensamientos. Lo primero que haría sería cambiar de trabajo. Poner tierra de por medio. Lo sentía por la gente de la revista, pero ese era el menor de mis problemas. Siempre quedaría la cervecita de los viernes al mediodía.

También me dolía por Hilario. Para mí era como un abuelo, al que quería muchísimo. Pero tenía que empezar a quererme yo también, y mucho más.

Cuando llegué a la casa, Pelayo no estaba. Me fui directa a mi dormitorio y empecé a recoger mis cosas, decidida a marcharme en cuanto él volviera. No voy a negar que me invadía la tristeza. Ese hombre se había portado conmigo como si fuera de su sangre. Y yo sentía que lo había fallado, haciendo daño a su nieto.

Pelayo entró justo cuando ya tenía las maletas en la puerta.

—Veo que al final has decidido marcharte y seguir tu camino —dijo con calma, aunque en su mirada había un deje de tristeza.

—Sí, Pelayo… es lo mejor. No quería irme sin despedirme, ni sin darte las gracias por todo. Sobre todo, por cómo me has tratado.

—No tienes que darme las gracias, hija. Aquí siempre tendrás tu casa.

Me abracé a él, con lágrimas en los ojos, prometiéndole que volvería a verlo.

—Cuida mucho a tu nieto… y lo siento de veras, no quería hacerle daño.

—No es culpa de nadie, Genoveva. A veces las cosas del corazón no salen como uno quisiera.

—Cuídate tú también —murmuré antes de coger las maletas y salir, con un nudo en la garganta que me acompañó hasta el final del camino.

Capítulo 28



Enol

Jamás pensé que volvería a sentir algo por una mujer después del divorcio tan penoso que tuve. Lo peor no fue la ruptura en sí, sino la manera en que terminó: a gritos, reproches y casi a trastos. Por eso, cuando vi por primera vez a Genoveva, quedé paralizado. Un auténtico flechazo a primera vista.

El día que llegó a casa de mi abuelo no imaginé que me enamoraría de ella. Recuerdo cómo me miró entonces, como si el mundo se hubiera parado; lo mismo que me pasó a mí. No entendía por qué me huía, hasta hace poco que descubrí la razón: el miedo.

Cuando desperté aquella mañana y me encontré solo, con una simple nota como despedida, me dolió más de lo que quiero admitir. No era solo que se hubiera ido, era cómo lo había hecho. Un «gracias» frío de alguien que, en realidad, tenía pánico al compromiso.

Me gustaba su compañía, su carácter, su manera de reír. Era una mujer increíble, aunque ella no lo supiera. Cuando me confesó que pensaba que era ninfómana, tuve que reírme. Todavía lo recuerdo y me arranca una sonrisa. ¿Qué tenía de malo que disfrutara del sexo? ¿A quién no le gusta? Lo que me preocupaba era la culpa que siempre venía después, esa sombra que la perseguía. Yo intentaba hacerle ver que no hacía daño a nadie, pero ella no lograba convencerse.

Sabía, por mi abuelo, que había decidido marcharse al pazo de Hilario. Esa noticia me dejó tocado, pero lo que me esperaba esa mañana iba a superarlo

todo.

Estaba tomándome un café antes de salir al hospital. Quería revisar unos informes y, de paso, despedirme de Sofía. No me dio tiempo de contárselo a Geno, quizás hubiera sido una sorpresa para ella.

El teléfono sonó desde el dormitorio. Cuando llegué, ya había colgado, vi el nombre en la pantalla: Raúl. Estaba a punto de devolverle la llamada cuando volvió a sonar.

—Buenos días, colega —contesté animado.

—Eso quisiera yo, que fueran buenos días. —Su tono me alarmó al instante.

—¿Ha pasado algo? ¿Le ha pasado algo a Sofía?

—No, tranquilo. Pero es mejor que lo que tengo que decirte sea en persona.

—¿No puedes darme una pista? Me estás pidiendo calma, pero te noto alterado.

—Lo siento, Enol. Esto no es para hablarlo por teléfono.

Respiré hondo, sintiendo un nudo en el estómago.

—Está bien, dame media hora.

—Aquí te espero.

Me había dejado muy mosqueado, algo gordo debía de haber pasado para que Raúl estuviera tan alterado. Me duché a toda prisa, me vestí y salí de casa como alma que lleva el diablo.

Cuanto más avanzaba con el coche, más me pesaba el nudo en el estómago. Que no quisiera soltar prenda por teléfono no era buena señal. Aparqué casi de cualquier manera y me dirigí directo al despacho de Raúl, pero allí no estaba.

—Buenos días —pregunté a una enfermera que pasaba—, ¿sabe dónde puedo encontrar al doctor Pereira?

—En urgencias —me respondió.

—Gracias.

Me sorprendió, no solía cubrir ese servicio salvo contadas ocasiones, pero a veces hacía falta una mano extra.

Llegué a urgencias con el corazón en un puño, dispuesto a preguntar por él, cuando lo vi salir de una sala con cara de muy pocos amigos.

—¿Qué demonios pasa, Raúl? ¿Por qué tienes esa cara?

Me miró serio, sin responder de inmediato.

—Ven conmigo —dijo al fin—. Tenemos que hablar en un sitio más tranquilo.

Lo seguí a regañadientes, la impaciencia me carcomía.

—¿Me vas a decir ya de una maldita vez qué pasa?

—Ha habido un accidente. Muy grave.

—Joder, Raúl, deja de dar rodeos. ¿Es el abuelo? —Negó con la cabeza. Sentí un alivio fugaz, pero apenas me duró un segundo—. ¿Entonces?

—Genoveva. —El nombre me atravesó como un puñal. Me faltaba el aire, las piernas apenas me sostenían—. Respira hondo y tranquilízate.

—Habla ya, maldita sea. ¿Qué le ha pasado?

—Un coche reventó una rueda y se le echó encima. Al intentar esquivarlo, perdió el control… cayó por un terraplén.

Me quedé mudo. Solo las lágrimas encontraron salida. No podía ser ella. No, no.

—¿Dónde está? Quiero verla.

—Está en el quirófano. Entró con un traumatismo craneoencefálico y la pierna izquierda rota por dos sitios.

Me llevé las manos a la cara.

—Todo es por mi culpa. No tenía que haberle confesado lo que siento.

—Eh, escucha —Raúl me agarró del brazo—. No es culpa de nadie, y menos tuya. Lo único que puedes hacer es estar aquí, tranquilo, y esperar a sus padres.

—¿Quién los ha avisado?

—Llamé a Gonzalo. No encontramos su móvil en el coche, y pensé que era el más cercano.

Asentí. No me hacía gracia, pero tenía razón.

Pasaron tres horas eternas. Llamé a mi abuelo para contarle lo sucedido, sabía que le dolería mucho porque a su manera había cogido un gran cariño a Geno. El tiempo se me hacía insoportable, cada minuto era un martillazo en el pecho. Raúl bajaba de vez en cuando a preguntar por ella, pero nadie traía noticias.

Las horas pasaban, cuatro concretamente, y ya me estaba desesperando. Raúl, de vez en cuando, bajaba para preguntarme cómo estaba, pero nadie venía a darnos noticias.

Estábamos hablando cuando entró una enfermera para avisarnos de que los familiares de Geno habían llegado.

—Habla tú con ellos, no tengo fuerzas para hacerlo yo —le dije a Raúl.

No hizo falta añadir nada más; con un apretón en mi hombro me respondió. Salimos a la sala de espera, había bastante gente. Vi a una mujer llorando, abrazada a un hombre, y supuse que eran los padres de Geno.

Vi a mi abuelo con Hilario y Gonzalo, me acerqué a ellos para saludarlos.

—Hijo, ¿qué es lo que ha pasado?

—No lo sé bien, abuelo, pero me estoy desesperando… son muchas horas ya.

—Enol, hijo —me llamó Hilario—, estos son los padres de Genoveva.

—Hola, aunque no sea el momento adecuado, es un placer conocerlos.

—Igualmente, muchacho —me respondió el padre—. ¿Se sabe algo de mi hija?

—Lo siento, pero aún no sabemos nada, es una operación complicada.

Me separé un poco, observando a todos los que estaban allí. El dolor de una madre destrozada por las circunstancias, un padre igualmente roto, pero con la responsabilidad de mantenerse entero para consolar a su mujer.

Mi abuelo estaba junto a Hilario, su buen amigo de toda la vida. Ambos consternados, con la tristeza reflejada en sus ojos, aunque al mismo tiempo con la alegría del reencuentro. Miré hacia el otro lado: una mujer mayor sentada en una silla, como si no se enterara de lo que estaba pasando. Y más allá, Raúl con nuestro amigo Gonzalo.

No fui directamente hacia él, me quedé observando un momento. Sentía que me estaba robando el amor de la única mujer que había tocado mi corazón. Conocía la trayectoria de Gonzalo, no lo juzgaba, pero Genoveva no era mujer para él… o quizá simplemente era que yo la quería para mí.

Estaba absorto en mis pensamientos cuando salió el doctor Sánchez.

—¿Familiares de Genoveva López García?

—Nosotros —contestó el padre de Genoveva—. ¿Cómo está mi hija?

—La operación ha sido larga. La hemos sedado hasta que baje la inflamación. Hemos tenido que operar las piernas… —Se escuchó el grito ahogado de su madre—. Genoveva venía en muy mal estado. Las primeras veinticuatro horas serán cruciales.

—¿Podemos verla? —preguntó su madre.

—Tienen que esperar un rato más. Cuando llegue el momento, les avisaremos.

No dije nada. Miré a Raúl y simplemente con la mirada me entendió; asintió con la cabeza. Ser médico tenía sus ventajas, y en este momento iba a aprovecharme de ellas.

Entré hacia dentro, saludé a una enfermera con una sonrisa y llegué hasta donde estaba Genoveva. Allí mismo estaba el doctor Sánchez. Arqueó una ceja al verme y vino hacia mí.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a ver a Genoveva.

—¿La conoces? —asentí con la cabeza—. Tienes cinco minutos.

—Te debo una, gracias.

Me preparé para entrar a verla, aunque no dejaba de sentirme culpable. Por mi culpa se había ido de mi casa; quizá, si no le hubiera dicho nada, seguiríamos juntos. Atravesé la puerta y la vi en esa cama, rodeada de cables.

Cogí la silla y me senté a su lado, cogiéndola de la mano y acariciándola. Cuando quise darme cuenta, las lágrimas me corrían por las mejillas. La veía tan frágil, como si fuera a romperse con solo rozarla.

Quise hablarle, pero no sabía qué decir. La culpa me tenía atado.

—Enol, lo siento, tienes que salir. Voy a dejar a los padres pasar para que la vean —me dijo mi compañero.

—Tranquilo, me despido y salgo.

Me giré hacia ella.

—Lucha, Geno. Sé que eres fuerte. Tenemos una conversación pendiente.

Le di un beso en la frente y salí con lágrimas en los ojos, pero con la certeza de que se pondría bien.

Capítulo 29



Enol

Habían pasado tres semanas desde el accidente de Geno. Su recuperación era lenta; aún seguía sedada, la inflamación de la cabeza no terminaba de desaparecer. Les había ofrecido a sus padres mi casa, me negué rotundamente a que se quedaran en un hotel.

Yo, aunque iba todos los días, me fui con mi abuelo al pueblo. Hilario se marchó también con él. Gonzalo regresó, tenía un negocio que atender y, según me contó Raúl, una mujer que lo esperaba. Con él hablé poco, lo justo para preguntarle qué tal estaba Geno y nada más.

Sofía preguntaba mucho por ella. Le había dicho que estaba malita en el mismo hospital, pero que aún no podía verla. La paciencia no era su fuerte… y la mía, tampoco mientras esperaba que Geno despertara.

Me consumía verla rodeada de cables, y más aún ver el sufrimiento de sus padres: esa madre que había perdido un peso considerable desde el accidente, ese padre que intentaba mantenerse fuerte para consolarla repitiendo que todo iba a salir bien, que su niña era fuerte.

Mi abuelo e Hilario iban cada dos días, no les dejaba estar allí a diario. Raúl incluso nos ofreció su casa, pero decliné su invitación; no iba a invadir su espacio.

—Hijo, deberías dejar de sentirte culpable —me dijo mi abuelo—, y también deberías comer más.

—Abuelo, estoy comiendo. Solo estoy cansado. Sobre lo otro… no puedo negarlo, no lo puedo evitar.

—Me preocupas, hijo. No te había visto así desde…

—Ni lo digas. Eso ya pasó a la historia. Me recuperé, y eso es lo que importa. De verdad, no te preocupes, abuelo, estoy bien.

Mi abuelo era una de las personas más importantes en mi vida. Desde que tengo uso de razón, me dolía verlo preocupado por mí. Lo acompañé a la cafetería, donde ya lo esperaba Hilario.

De regreso, me crucé con Raúl, que venía corriendo hacia mí.

—¿Te persigue alguna de tus ex? —le solté riéndome.

—No seas cabrón, no mientes ruina —contestó entre risas—. Vengo a decirte que le van a quitar la sedación a Geno.

—Pero si Sánchez me dijo que todavía había inflamación.

—Y a mí me ha dicho que ya no es necesario mantenerla sedada.

La noticia me alegró como pocas cosas en mi vida. Primero por ella, después por su familia. Raúl se fue enseguida a avisar a sus padres para que estuvieran preparados.

Estaba nervioso, y sería de las últimas personas que la vería. Bueno, si soy sincero, aún estaba dudando si hacerlo; no quería que, por mi culpa, se alterara.

Tenía tantas cosas que decirle, pero no era el momento. Ahora había que centrarse en su recuperación. Aún tendría que estar ingresada un tiempo, y ojalá me permitiera estar a su lado para ayudarla en lo que hiciera falta.

Subí a la planta de oncología. Hoy tocaba repartir sonrisas, no solo a los niños, también a los demás pacientes. Mis amigos ya habían pasado por otras

plantas; siempre dejábamos a los pequeños para el final, para poder dedicarles más tiempo.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, me encontré a Covadonga discutiendo con Olaya.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo Covadonga con sarcasmo—, el principito esperando que se despierte la Bella Durmiente.

—No estoy para tus tonterías. Olaya, ¿cómo estás? —Me acerqué a darle dos besos.

—¿Y para mí no hay beso? —preguntó Covadonga intentando engancharse a mi cuello.

—No. No te lo mereces. Últimamente, te estás pasando demasiado conmigo.

—Todo por culpa de esa. Ojalá quede tullida de por vida.

—¿Cómo puedes hablar así de una persona? —le recriminó Olaya.

—Déjala, de donde no hay no se puede sacar —intervine yo—. Lo siento por Diego.

Covadonga no volvió a abrir la boca. Dio media vuelta y se fue maldiciendo.

—No sé qué le pasa últimamente —suspiró Olaya—. Diego piensa que hay otro.

—Lo hay, Olaya. Y no te puedes imaginar quién es.

—¿Y te lo estás callando?

—Esa persona soy yo. —Se quedó con la boca abierta—. Espera, déjame explicarme.

Nos sentamos en la sala de espera. Le conté lo que Covadonga me dijo aquel día, cómo trató a Genoveva y lo mal que me hizo sentir.

—Me estás dejando de piedra.

—Así me quedé yo. Pero sé que voy a perder la amistad con Diego cuando se lo cuente.

—No lo harás —respondió Olaya—. Diego está muy decepcionado con ella, ya no es como antes. De hecho, se está planteando separarse, se lo comentó a Abel.

Me sentía culpable por todo lo que estaba pasando. Debí hablar con Diego desde el primer momento, pero por no hacerle daño a uno de mis mejores amigos me callé.

—Has venido tarde, ya casi estamos acabando.

—Lo sé, no me ha dado tiempo de subir antes.

—¿Todo está bien?

—La verdad, no lo sé. Espero que sí. Han quitado la sedación a Genoveva.

—No sabes lo que me alegra. ¿Está bien?

—Aún no la he visto. No quiero alterarla, la última vez no acabamos muy bien.

—Ella está enamorada de ti, se le ve en cómo te mira cuando no la ves.

—Anda, vamos a ver a los niños, romanticona —dije, y Olaya se echó a reír.

Nos pasamos una hora haciendo reír a los más pequeños. Algunos médicos se nos unían, otros nos reñían, pero ver la cara de felicidad de los niños compensaba todo.

Me hice de rogar para bajar a la planta donde estaba Genoveva. Tenía muchísimas ganas de verla, pero no quería incomodarla.

Cuando llegué no me esperaba encontrar lo que me encontré. Por el llanto de su madre, supe que no eran buenas noticias.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a mi abuelo.

—Ay, hijo, no te puedes imaginar lo que se ha vivido aquí. Los gritos de Genoveva se escuchaban hasta el final del pasillo.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Ha perdido la memoria?

—Lo que ha perdido ha sido la movilidad de las piernas. —Cuando mi abuelo me dijo eso me quedé boquiabierto.

—Tengo que verla. He de hablar con ella.

—Hijo, no quiere ver a nadie. Han tenido que ponerle un tranquilizante.

—Voy a entrar.

Toqué la puerta y asomé la cabeza.

—¿Puedo pasar? —pregunté con medio cuerpo dentro de la habitación.

—No quiero ver a nadie, y a ti mucho menos. Todo esto es culpa tuya. —Cuando escuché esas palabras, me quedé en seco. Lo que me había dicho fue un golpe demasiado fuerte.

—Voy a pasar, quieras o no. ¿Por qué me culpas a mí? Yo no estaba en el coche.

—Pero por tu culpa me marché, por todo lo que me dijiste.

—Y te lo volvería a decir las veces que hiciera falta. ¿Por qué estás enfadada? Estás viva.

—¿Y de qué me sirve si no puedo mover las piernas? Me voy a pasar el resto de mi vida en una silla de ruedas.

—Pero estás viva, y eso es lo que importa. Además, ¿quién te dice que algún día no dejes la silla?

—No seas iluso. Me has arruinado la vida, todo esto es culpa tuya. ¿Quién me va a querer en una silla? Gonzalo no querrá nada conmigo.

—Si eso es así, es que no te merece. Y eso de que nadie te va a querer es mentira: yo ya lo hago. Me da igual que estés en una silla o en una cama, solo tienes que poner de tu parte y dejarme quererte mientras se pueda.

—¡Fuera de aquí! No quiero verte más, ¿me has oído? ¡Fuera!

—Ya me voy, tranquila. Por cierto, Sofía ha estado preguntando por ti. Si quieres verla, pídeselo a Raúl. Solo voy a pedirte una cosa.

—¿Qué cosa?

—No te rindas. Lucha por recuperarte —dije antes de salir de la habitación sin mirar atrás.

Me dolió cada una de las palabras que me dedicó. Estaba seguro de que no las sentía, pero igual me atravesaron. El problema de Genoveva no era Gonzalo, ni siquiera era yo. El problema era su miedo al compromiso.

Me metí en el despacho de Raúl, necesitaba desconectar, aunque seguía escuchando en mi mente las palabras tan duras que me dijo.

Muchas veces me he preguntado a qué se debía esa actitud suya. Según sabía, nunca tuvo un compromiso serio porque no lo quería. Y, sin embargo, decía que estaba enamorada de Gonzalo, cosa que me costaba mucho creer.

Desde mi divorcio no había vuelto a sentir nada por nadie como lo estaba sintiendo por ella. Sabía que también sentía algo por mí, pero por algún motivo no quería verlo. No pensaba presionarla, no va conmigo. Solo esperaba que algún día se diera cuenta de ello.

Decidí marcharme de allí y volver a casa de mi abuelo. Seguiría con mi vida de antes: pasar consulta en el pueblo y acudir una vez por semana al hospital. No dejaría de preocuparme por ella, aunque fuera desde la distancia. Y me centraría también en la adopción y recuperación de Sofía.

Capítulo 30



Cuando abrí los ojos, miré a mi alrededor intentando ubicarme. Me puse nerviosa en cuanto reconocí dónde estaba: en una habitación de hospital. Por unos segundos no recordaba el motivo por el que me encontraba en esa cama, todo me parecía borroso. Giré un poco la cabeza y vi a mi padre de pie junto a la ventana, serio, con esa postura rígida que siempre adoptaba cuando intentaba disimular su preocupación.

—Tengo sed. —Fue lo primero que salió de mi boca, apenas en un susurro.

—Hija, ¿cómo te encuentras? Voy a llamar al médico —respondió mientras apretaba el botón de llamada.

—Papá, pero tengo mucha sed —insistí, notando la sequedad en mi garganta.

—Hija, ya te he escuchado, pero no sé si puedes beber todavía —contestó intentando calmarme, aunque yo sabía que él también estaba inquieto.

Iba a replicar cuando la puerta se abrió. Entró un hombre con bata blanca; supuse que era el médico. Era atractivo, demasiado quizás para estar en un hospital, y su sonrisa iluminaba la habitación. Si la situación hubiera sido otra, seguro que se me habrían caído las bragas al suelo.

—Buenos días, bienvenida de nuevo al mundo, Genoveva —dijo con voz tranquila—. Soy el doctor Sánchez y me ocupé de ti desde que entraste en este hospital.

—Tengo muchísima sed, y nadie me da de beber —me quejé con un hilo de voz.

Enseguida apareció una enfermera con un vaso de agua en la mano.

—Bebe a sorbos pequeños, despacio, no quieras acabarlo de golpe —me advirtió el médico con una sonrisa paciente—. Genoveva, ¿recuerdas lo que te ha pasado?

—Tengo un recuerdo muy vago de ese momento —contesté intentando juntar las piezas en mi cabeza.

—¿Pero recuerdas exactamente qué ocurrió?

—Solo me viene la imagen de ir conduciendo, dar un volantazo y, de pronto, caer por un terraplén. Nada más.

—Por ahora me basta con eso. Ya me he dado cuenta de que has reconocido a tu padre, lo cual es una buena señal. Te diré que te hemos mantenido sedada todo este tiempo por la inflamación que presentabas en la cabeza.

De repente un escalofrío me recorrió entera. Moví las manos, la cabeza, intenté mover las piernas… y nada.

—¿Qué les pasa a mis piernas? —pregunté con un grito que salió casi ahogado—. No puedo moverlas, no las siento… ¡Papá! ¡Mis piernas, no siento mis piernas!

—Tranquilízate, hija, alterarte, no es bueno para tu estado —intentó calmarme él, con la voz rota.

—¡Fuera de aquí! —grité con desesperación—. Quiero estar sola, dejadme sola, ¡joder!

La rabia y la impotencia me desbordaron. Era como si de golpe el mundo se me viniera encima. Mi padre se apartó con los ojos vidriosos, el médico lo acompañó en silencio, pero antes de salir ajustó algo en el gotero. Noté el

líquido recorrerme la vena y supe que era un tranquilizante. No tardó en hacer efecto, poco a poco mis párpados se fueron cerrando, aunque por dentro seguía gritando.

—¿Puedo pasar? —Escuché su voz al otro lado de la puerta.

—No quiero ver a nadie, y a ti mucho menos. Todo esto es culpa tuya —le solté mirándole con rabia en cuanto asomó la cabeza.

Ignoró mis palabras y entró igualmente hasta colocarse al lado de la cama. Me desahogué con él, le eché encima toda mi frustración, y me dolió cuando me dijo que no tenía la culpa, que él no iba en el coche.

Lo eché de allí a gritos, no quería verlo… o eso quería creer. Porque, en el fondo, tampoco deseaba que se marchara. Enol me había hecho sentir más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Me había ido de su casa precisamente por eso, por miedo a lo que estaba empezando a sentir.

Pero nada de eso importaba ya. No volvería a ser la Genoveva de siempre. No me refiero solo a vivir el sexo como lo había hecho hasta ahora, sino en general. El accidente me había cambiado, me había limitado, me había robado parte de mi vida.

Le pedí a la enfermera que no dejara pasar a nadie. No quería hablar ni con mis padres. Sin embargo, parecía que mis decisiones se las pasaban por el arco del triunfo, porque la puerta volvió a abrirse de nuevo.

Sus palabras seguían retumbando en mi cabeza, como si se hubieran quedado grabadas a fuego:

«Si eso es así, es que no te merece. Y eso de que nadie te va a querer es mentira: yo ya lo hago. Me da igual que estés en una silla o en una cama, solo has de poner de tu parte y dejarme quererte mientras se pueda.»

—No quiero ver a nadie, no sé en qué idioma lo tengo que decir.

—En el idioma que se les habla a los viejos, hija —me dijo Hilario acercándose a mi cama—. Solo estaré un momento.

—Hilario, yo…

—No digas nada. Sé que ahora piensas que ya nada será igual. Y puede que tengas razón, que tu vida cambie a partir de ahora. Pero no creas que será para mal. Es otra etapa, y tendrás que luchar por volver a ser la de antes.

—Quizás no quiera ser la de antes, sino una persona nueva. Pero mírame… no puedo mover las piernas. Esto es un castigo por la vida que llevaba.

—No digas tonterías, Genoveva. La vida solo hay una, y tú has vuelto a nacer. Eso no es un castigo.

—Bueno, que no tengo ganas de hablar. Ni de ver a nadie.

—Pero yo sí tengo ganas de hablar, y de verte a ti más todavía. Te recuerdo que eres mi mujer —no pude evitar soltar una carcajada—. Ya sabes que a Cayetano no le puedes llevar la contraria.

—No me hagas reír, que me duele todo.

—Pues más razón para hacerlo. Y escucha, quiero contarte una cosa: ya sabes que yo te quería para mi nieto, pero me he dado cuenta de que no te merece.

—¿Y eso por qué? Ah, claro… como ya no puedo andar, no quieres una nieta lisiada.

—Genoveva, no vuelvas a decir eso. A mí eso no me importa, lo único que vale es que estás viva.

—Pero tú has dicho…

—He dicho que no te quiero para mi nieto porque no te merece. Anda con unas y con otras, y no va a cambiar. Ya me lo ha dejado claro.

—¿Y la revista? ¿Qué va a pasar con ella?

—Va a seguir como está, solo que ahora habrá otro socio.

—Me temo que no te gusta quién es, ¿me equivoco?

—No, no me equivocas. Aunque no quiero juzgar hasta hablar con él… pero esa persona es Ginés. —Cuando lo escuché, me quedé de piedra.

—Bueno, yo ahí no entro. De todas maneras, ya no voy a volver a trabajar en la revista.

—¿Cómo que no? Si te encantaba estar en primera fila, viendo quién entraba y quién salía.

—Eso era antes. Ahora ya no me gusta.

Se disponía a contestarme cuando la puerta se abrió y vi entrar a mi abuela junto a mi madre.

—Menos mal que dije que quería estar sola… —resoplé, mientras Hilario me miraba con cara de reproche.

—Lo sé, hija, pero tenía muchas ganas de abrazarte —dijo mi madre con lágrimas en los ojos.

—Lo siento, mamá… yo también tenía muchas ganas.

—¿Y tú quién eres? —preguntó mi abuela, mirándome de arriba abajo—. Mira que eres fea.

—Abuela, soy tu nieta. Y por llamarme fea, ya no te doy un beso.

—Tampoco lo quiero. A mí solo me besa este hombre —le plantó un beso a Hilario, y todos rompimos a reír.

A pesar de todo, me alegraba tenerlos allí. Yo no era la única que sufría con lo que había pasado, y verlos me hacía sentir menos sola.

—Mamá, vas a dejar caer a Hilario —dijo mi padre, entrando en la habitación.

—Yo no es por nada, pero esto ya parece la habitación de los hermanos Marx —dije resoplando con una media sonrisa.

—La niña tiene razón, vámonos y dejemos que descanse. Mañana será otro día.

—Gracias, papá. No sabes lo que te lo agradezco.

Fueron saliendo uno a uno, después de despedirse de mí. Por fin me quedé sola. El día había sido larguísimo, solo quería cerrar los ojos y pensar que todo esto no era más que un mal sueño.

Una enfermera apareció trayéndome la cena. No tenía muchas ganas de comer, pero sabía que tenía que hacerlo para poder tomar la medicación.

—Hola, Genoveva. Te dejo la bandeja y también una nota. Después pasaré a recoger todo.

Me sorprendió lo de la nota. No entendía de quién podía ser, y la curiosidad empezó a picarme. Cuando desplegué el papelito, una sonrisa se me escapó al reconocer la firma.

Solo había tres palabras escritas con letra infantil, torcidita pero clara:

«Quiero verte. Sofía.»

Sentí que el corazón me daba un vuelco.

Capítulo 31



Los días iban pasando y mi estado de ánimo seguía por los suelos. No quería ver a nadie, salvo a mis padres. De vez en cuando dejaba que entrara mi abuela; y aunque suene feo decirlo, era la única capaz de sacarme una sonrisa, sobre todo en esos ratos en los que no reconocía ni al hijo que había traído al mundo.

Desde que lo eché de la habitación no había vuelto a saber nada de Enol. Yo no preguntaba por él y nadie me hablaba de su existencia, cosa que, por un lado, agradecía… pero al mismo tiempo me moría de ganas de que alguien lo nombrara, de que él mismo apareciera por la puerta como si nada. Al principio pensé que tal vez volvería, pero al ver que pasaban los días y no daba señales de vida, entendí que lo había echado de mi vida para siempre.

Sofía me mandaba una nota cada día. En todas me repetía lo mismo: que quería verme. No era su culpa, lo sabía, pero no estaba preparada para enfrentarme a ella. Y, en el fondo, la niña me recordaba demasiado a él.

Aquel día era especial, uno de esos que marcan un antes y un después. Había ilusión y esperanza en el aire, pero también miedo y nervios. Era el inicio de mi rehabilitación.

El doctor Sánchez apareció acompañado de un celador que empujaba una silla de ruedas.

—¿Estás preparada, Genoveva?

—No —respondí con sinceridad—. Pero bueno, imagino que diga lo que diga no me va a servir de nada.

—Sí que sirve, claro que sirve. Sirve para tu recuperación. Te voy a decir algo, pero me tienes que guardar el secreto.

—Depende de lo que sea, que yo no soy muy buena guardando secretos —le contesté con media sonrisa.

Él soltó una carcajada.

—Vas a disfrutar de cada sesión.

Bufé con desgana, y eso solo hizo que volviera a reír.

Nos metimos en el ascensor y no volvimos a cruzar palabra. Al salir, me topé con Raúl, que me guiñó un ojo como si supiera algo que yo desconocía.

Las puertas se abrieron en el sótano. Seguimos por un pasillo en cuyo suelo había tres líneas pintadas: una roja, otra azul y otra amarilla. El doctor tomó la roja. Yo notaba que mis nervios iban en aumento; me daban ganas de darme la vuelta y salir corriendo, aunque en ese momento recordé que, por mucho que quisiera, ya no podía correr. Al menos no de la manera normal… tendría que arrastrarme como una serpiente.

—Llegamos. Gracias, Toni, ya me ocupo yo —le dijo el doctor al celador.

Abrió las puertas y entramos. Al principio no vi nada, me había colocado de espaldas para poder abrir.

—Ya estamos aquí, Mateo. —Escuché que decía, justo antes de girarme.

Y entonces lo vi. Frente a mí estaba un chico joven, más o menos de mi edad, moreno, de ojos marrones. Tenía unos brazos que delataban las horas de gimnasio, y una sonrisa que transmitía una confianza que yo, en ese instante, no sentía para nada.

—Querida, no me mires así, que no tienes nada que hacer. A mí me gusta más él —dijo señalando a mi médico—. Sánchez, qué poco me gusta romper corazones.

En ese momento mi cara debía de parecer un tomate maduro. ¡Qué vergüenza! Creo que nadie me había dejado tan cortada en mi vida.

—Ja, ja, ja, no puedo contigo. Después vendrán por ella. Genoveva, nos vemos más tarde.

—Bueno, bueno, señorita, veo que estás en modo «no quiero volver a andar».

—Yo no he dicho tal cosa. Eso no lo puede poner en esos papeles, te lo estás inventando.

—Bueno, eso ya lo veremos. Tendrás que demostrármelo.

Me cogió en brazos y me colocó en una camilla. Empezó a doblar una pierna, luego la otra, y así sucesivamente, con movimientos lentos pero firmes.

—¿Te has dado cuenta de los médicos que hay en este hospital? —me soltó justo cuando me quejé de que estaba cansada.

—No sé a qué te refieres.

—Chica, no te hagas la tonta conmigo. Me refiero a lo guapos que son la mayoría. Están para hacerles un favor… y repetir.

—Ah, pues no me había dado cuenta, la verdad.

—¡Serás mentirosa! Lo que pasa es que los quieres todos para ti. Esa es la lucha que tengo con vosotras las mujeres: lo queréis todo, egoístas.

Me quedé mirándolo un instante, y de repente me entró la risa floja, de esas que te dejan sin respiración.

—Encima ríete, *egoistona*.

—Lo siento, pero es que eres muy melodramático.

—Perdona, niña, en todo caso *melodramática*. Me gusta más.

—Usted perdone, señorita —dije imitando su tono, y volvimos a reír.

Mateo me caía bien. No solo era guapo, también tenía un sentido del humor que me descolocaba. Entre bromas y ejercicios, la hora se pasó volando.

—Nos vemos mañana. Espero que vengas más dispuesta que hoy.

La verdad es que me sentí feliz. Aunque también algo dolorida, había pasado una hora llena de risas y momentos cómplices con Mateo.

Mateo me hizo ver, entre risas, que no todo estaba perdido. Que se podía. Que lo último que tenía que hacer era rendirme. La vida me había dado otra oportunidad y no debía ser desagradecida.

Cuando entré en la habitación me encontré con alguien que no esperaba ver, aunque tarde o temprano sabíamos que teníamos una conversación pendiente.

—Hola, Geno, ¿cómo estás?

—Hola, Lucre… cansada de correr por el hospital —le dije con ironía mientras me acomodaban en la cama.

—Tan graciosa e irónica como siempre. ¿Puedo darte un abrazo?

Asentí con la cabeza. Tener a Lucre así, abrazada a mí, como cuando alguna de las dos estaba mal o cuando celebrábamos cualquier cosa, me reconfortó. No hicieron falta palabras, pero sí hubo lágrimas, lágrimas que hablaban por nosotras, que decían lo que la boca callaba.

—¿Vamos a seguir llorando todo el rato… o vas a felicitarme por mi embarazo?

—¿Estás embarazada? ¿Pero cómo?

—No creo que tenga que explicarte cómo se queda una embarazada —contestó con una sonrisa pícara, y las dos rompimos a reír.

—Vale, vale, lo sé perfectamente —dije levantando las manos—. Siento no haber podido ir a verte, pero como verás… la lie un poquito.

—¿Un poquito dice? —Me miró con cara seria y luego soltó una risita—. Siempre queriendo llamar la atención. Bueno, tenemos que hablar de Ginés.

—¿Ya te diste cuenta de cómo es? Te ha sido infiel, te lo advertí.

—De eso nada. Lo que quiero decirte es que estamos mejor que nunca. Nos vamos a casar. Y… te echo de menos, Geno. Quiero que volvamos a ser las amigas que éramos antes.

—Me pides demasiado. Hay algo que no sabes de Ginés, y si de verdad quieres recuperar nuestra amistad, he de ser sincera contigo.

—Nada de lo que me digas de él va a cambiar mi opinión. Lo amo. Es el hombre más maravilloso que he conocido.

—¿Estamos hablando del mismo Ginés? ¿Recuerdas aquel día que me levanté de la mesa?

—Sí. Te fuiste porque Ginés te estaba metiendo mano por debajo de la mesa.

—¿Lo sabías… y no dijiste nada?

—Fue idea mía —me soltó Lucre sin inmutarse—. Le dije que te levantarías de la mesa en cuanto te metiera mano. Aunque he de reconocer que tardaste lo tuyo.

Cuando me dijo eso me quedé sin palabras. ¿Cómo podía tener la cara dura de reconocerlo tan tranquila? No entendía nada.

—Mira, Lucre, me parece muy fuerte lo que me estás diciendo. ¿Y tú eres la que quiere que volvamos a ser amigas?

—Sí, porque quiero que seas la madrina de mi bebé. El padre también está de acuerdo. Geno, permíteme que te lo diga, y sin ánimo de ofender: tú no eres mejor que él.

—¿Te estás escuchando? —le dije indignada—. Vete fuera de aquí.

—No, no me voy a ir. Al menos no sin decirte algo: te he aguantado lo inaguantable, he llorado lo que no te puedes ni imaginar.

—¿De qué hablas? ¿Has venido a reírte de mí?

—Pues claro, capulla. —Empezó a reír, señalándome—. Mírate la cara. Ahora en serio, lo de la comida, lo sabía, te pido perdón, pero quería ver con mis propios ojos que no te interesaba.

—No sé qué decirte… pero bueno, si queremos empezar de cero, habrá que ser sinceras la una con la otra. ¿Te acuerdas del chico pelirrojo que conociste en la discoteca?

—Sí, estaba tremendo, ¿por qué lo preguntas?

—Pues estuve a punto de tirármelo en el baño, no lo pude resistir… pero al final me dio la risa y se quedó con las ganas.

—¿En serio?

—No, mujer, es broma. —Negué con la cabeza sonriendo—. Tú sabes que Nacho fue el primero y el único hasta este verano de locura.

—Serás cabrona, ya me estabas dejando a cuadros —respondió entre risas —. Siempre igual, Geno, haciéndome caer en tus historias.

Nos entró la risa floja, como cuando éramos adolescentes, de esas que te dejan sin aire y con lágrimas en los ojos. Durante unos segundos olvidé la cama del hospital, las piernas inmóviles y todo lo que había pasado. Solo estábamos Lucre y yo, riéndonos como antes.

Justo cuando se iba a marchar, la puerta se abrió. Me sorprendió ver a Raúl asomarse.

—Hola, Geno, ¿podemos pasar? No he podido negarme —dijo, y detrás apareció Sofía con su sonrisa pícara.

—Hola, Genoveva, ¿me dejas entrar? —preguntó la peque. Me dio tanta ternura que no tuve valor de decirle que no.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? Ven, que te voy a presentar a mi mejor amiga, Lucrecia, pero tú puedes llamarla Lucre.

—Hola, Lucre. Me voy a casa, Geno, ya estoy buena, pero tengo que venir de vez en cuando.

—No sabes cómo me alegro —dije con una sonrisa enorme—. Ven, que te dé un besazo por lo bien que lo has hecho. Pero espera, ¿cómo que te vas a casa?

—Ya tengo casa, y tengo papá. Es muy guapo, muy bueno… y me quiere mucho —dijo Sofía con esa ilusión que se le notaba hasta en los ojitos.

—Me alegro muchísimo por ti, preciosa. Te lo mereces todo. Y espero conocer a tu papá antes de que te vayas —le respondí acariciándole el pelo con ternura.

Capítulo 32



—Es Enol, Enol es mi papá. —Cuando me dijo eso, miré a Raúl, que asintió con la cabeza.

—Vamos, Sofía, dale un beso a Geno, que tenemos que irnos.

Me quedé en *shock*. No sabía cuáles eran las intenciones de Enol, pero me alegré por Sofía. Ella se merecía ser feliz, y con él lo sería.

—¿Estás bien? Te ha cambiado la cara —me preguntó Lucre.

—Sí, no te preocupes, simplemente me ha sorprendido.

—Creo que me estoy perdiendo algo. ¿Quién es esa niña? ¿Y quién es Enol?

—Es una historia muy larga, y ahora mismo no tengo ganas de hablar de eso.

—Pues yo tengo todo el tiempo del mundo, y tú vas a tener ganas de contarlo.

Cuando Lucrecia se ponía insistente, daba igual cómo estuvieras: tarde o temprano terminabas confesando. Así que le conté cómo conocí a Enol, lo que había vivido con él, lo que hacía en el hospital y cómo, gracias a él, había conocido a Sofía. Lucrecia escuchó sin interrumpirme ni una sola vez.

Cuando quise darme cuenta, las lágrimas me corrían por las mejillas sin control. Las limpié con las manos, no quería ponerme a llorar delante de ella.

—Si no lo veo, no lo creo —dijo Lucre con una sonrisa—. Esto es un titular para La Verdad.

—¿De qué estás hablando, loca?

—Hablo de Genoveva López García, la rompecorazones, la que ha ido rechazando a todos los hombres que se le han acercado, la que tiene miedo a una relación duradera, aunque eso le machaque el corazón.

—Nada de lo que estás diciendo es verdad… Bueno, sí, lo de los hombres, no lo niego, pero no era por gusto. Simplemente, no quería nada con nadie.

—Te has enamorado de ese hombre, no sé quién es, pero ha derribado la coraza que tenías. Y no puedes negar que esa niña te ha conquistado por completo. No sabes cómo me alegro, ya era hora de que fueras feliz.

—No te flipes, que yo no tengo nada con él, ni lo voy a tener. Lo único que quiero es irme de aquí y olvidarlo todo.

—Geno, mírame. Dime de verdad que no te gustaría estar como yo: feliz, viviendo la vida con amor.

—Sabes que yo no valgo para eso.

—Qué cansina eres, hija —dijo mirando el móvil—. Hay alguien que quiere verte, no sé si podrá entrar… es Ginés.

Me quedé en silencio. Si quería que mi amistad con ella volviera a ser la de antes, tenía que aceptar también la maleta que traía con ella… o mejor dicho, el bulto.

—Está bien, pero no te prometo nada. Después no digas que no te lo advertí.

—Gracias, cariño. No te vas a arrepentir.

Salió de la habitación en busca de Ginés. Qué raro resultaba todo aquello; parecía que las piezas iban encajando otra vez, pero no de la manera que yo hubiera imaginado.

Lo vi entrar detrás de Lucre, tapándose la cara con un ramo de flores como si eso pudiera esconderlo. Me hizo gracia; parecía un crío que no quería que lo pillaran haciendo una travesura. Ella tiraba de él, y daba la sensación de que Ginés no tenía muchas ganas de entrar.

—Hola, Geno, me alegro de verte.

—Hola, Ginés… no sé si decir lo mismo.

—Genoveva, jooo —me regañó Lucre con cara seria—. Un pequeño esfuerzo, ¿sí? —me dijo juntando los dedos como si suplicara. Y yo no pude evitar reírme.

—Está bien, lo voy a intentar, pero te advierto que no te será fácil. Te tendré en el punto de mira.

—Gracias. Tú y yo no empezamos con buen pie.

—No, con el pie, no… más bien con la mano.

Ginés me miró sin entender, y después giró la cabeza hacia Lucre, que negó despacio con los ojos fijos en mí.

—¿Qué pasa? —pregunté, arqueando una ceja—. Me estáis ocultando algo. Ya podéis soltarlo.

—No te he contado toda la verdad, Geno —dijo Lucre bajando la voz—. Me da hasta vergüenza, pero necesito decirlo. Prométeme que no me vas a interrumpir hasta que termine.

—Vale, empieza de una vez.

—¿Recuerdas cuando salíamos de marcha y nos volvíamos locas en la pista? —asentí con la cabeza—. Cuando jugábamos a darnos piquitos o a

rozarnos para poner nerviosos a los babosos de turno… Pues yo siempre tuve una fantasía: compartir un hombre contigo.

—¿Cómo? —Abrí los ojos como platos—. ¿En serio me estás diciendo esto ahora?

—Déjame terminar. Esa ha sido siempre mi fantasía, y sí, le pedí a Ginés que tanteara el terreno. La idea era que, si tú aceptabas, yo me uniría después.

Me quedé helada.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste antes? ¿Y por qué precisamente ese día? No lo entiendo, Lucre.

—Porque me gustaba cuando nos besábamos y tonteábamos, aunque casi siempre acababa en nada. Vale que a veces estábamos pasadas de copas, pero también hubo ocasiones en las que no, como aquel fin de semana en la sierra… —me miró con intención.

—Eso fue una tontería, un experimento, y lo sabes.

—Para ti puede, pero yo descubrí entonces que me atraían también las mujeres. Lo guardé en secreto porque tú me dejaste claro que no querías repetir. Cuando empecé con Ginés, le conté todo, y él lo entendió. Es cierto que había más mujeres en su vida, no lo voy a negar, pero yo siempre estuve ahí, y al final fue a mí a quien eligió.

Sentí que me mareaba. Era demasiada información junta.

—Yo también he disfrutado del sexo, Geno, pero de manera más discreta. Y ahora me encantaría cumplir esa fantasía: vivirlo contigo y con él, los tres juntos. —Se inclinó y me plantó un pico antes de que pudiera reaccionar.

—Yo ya no soy la misma de antes —dije apartándola—. ¿No me ves? Estoy en una cama de hospital, mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados.

—Déjame comprobar una cosa, por favor —me quedé con la boca abierta cuando metió la mano por debajo de las sábanas y pasó sus dedos por mis partes—. Pues este de aquí abajo no dice lo mismo.

—Necesito estar sola, esto me está saturando.

—Piénsalo, Geno, nos gustaría mucho compartir contigo.

Salieron de la habitación. Me pellizqué para ver si era un sueño. ¿Por qué no me lo había dicho antes? ¿Por qué ahora? Aunque tenía razón en una cosa: estaba mojada. Solo con recordar esos momentos y lo que querían hacer, mi cuerpo reaccionaba sin control.

Metí la mano por dentro de mis bragas y empecé a tocarme. No sabía cuánto tiempo tendría a solas, pero eso no me impidió masturbarme pensando en el trío que me habían propuesto.

La tarde se me hizo eterna. Mis padres se marchaban a Madrid; mi madre no podía alargar más la ausencia del trabajo. Le pedí a mi padre que se fuera con ella y acordamos que, cuando fuera posible, pediría mi traslado para poder estar más cerca de ellos.

Dicen que la soledad no es buena consejera, y tenían razón. Me dio por pensar demasiado, y solo una persona ocupaba mi cabeza: Enol.

Le daba vueltas a por qué me había ocultado lo de Sofía. ¿Fue porque no confiaba en mí? No lo sé. Me dolió. Tampoco podía reprochárselo del todo: al fin y al cabo, yo lo eché de mi vida igual que antes le dejé entrar.

Quizá era por verme ahora tan vulnerable, pero lo cierto es que lo echaba muchísimo de menos. Me di cuenta de lo mucho que lo amaba, y de cómo lo había perdido. No recordaba haber llorado nunca por un hombre como lloraba ahora por él.

Tocaron a la puerta. La verdad, no tenía ganas de ver a nadie.

—¿Puedo entrar a ver a la segunda mujer más guapa del mundo? —Me reí en cuanto escuché esa voz; sabía perfectamente quién era.

—Eso significa que ya has encontrado a la primera —respondí con sorna.

El que entró por la puerta no era otro que Ignacio, mi Nacho. Tan guapo como siempre, pero no venía solo. Lo acompañaba una chica pelirroja, guapísima, de ojos azules, y con una barriga que no dejaba lugar a dudas.

—He venido en cuanto me enteré, ¿cómo estás, preciosa? —Me abrazó fuerte y me dio un beso en la frente.

—Estoy para salir corriendo —dije con ironía—. Pero aquí sigo, que no es poco. Me alegro de verte.

—Te presento a Ana, mi prometida y la madre de mi hija.

—Hola, Genoveva, encantada. Nacho me ha hablado mucho de ti.

—Hola, Ana, espero que solo fueran cosas buenas. Y enhorabuena por esa barriguita.

—Siempre cosas buenas, Geno —añadió Nacho con una sonrisa—. Tú sabes que eres alguien muy especial para mí, y eso no va a cambiar nunca.

—No me hagas llorar, que te echo de aquí a patadas.

—Si eso sirve para que vuelvas a andar, me dejo echar encantado.

Ana sonrió y se despidió, dejándonos a solas.

—Bueno, Geno —dijo Nacho al quedarse conmigo—, ahora dime la verdad: ¿cómo estás? ¿Y quién es el hombre que te hace llorar?

—Yo soy la que me hago llorar, Nacho. Por imbécil, por esta coraza de mierda que llevo encima sin saber ni por qué.

—Eres demasiado dura contigo misma. Siempre te lo he dicho: viviste tu vida como quisiste, sin dar cuentas a nadie. Pero ahora que te has enamorado de verdad, te has acojonado y lo has echado de tu vida. Y claro que te arrepientes.

—Joder… qué rabia que me conozcas tan bien, para vernos tan poco.

—Genoveva, aunque no lo creas, siempre has sido como un libro abierto. Y muy expresiva. Te quiero muchísimo, y siempre voy a estar para ti.

—Al grano, Nacho, que yo también te conozco.

—Pues que luches. Lucha por lo que quieres y, sobre todo, por quien quieres. No te quites la oportunidad de ser feliz.

Capítulo 33



—Demasiado tarde. Salí huyendo. Además, ¿quién va a querer a una lisiada como yo?

—No hables así de ti misma, quiérete un poco más. Eres inteligente, y si ese hombre te quiere le dará igual que corras o que no. Pero no te quedes lamiendo tus heridas como un perro. Eres una mujer fuerte, piensa en ello. Ahora debo irme. Cuídate mucho, estaré pendiente de ti —dijo, y se marchó dejándome sola.

La visita de Nacho me dejó muy pensativa. Al final decidí decirles a mis padres que no quería el traslado, que terminaría mi recuperación allí. Además, no estaba del todo sola: tenía a Pelayo y a Raúl, que no me dejaban desamparada, y también contaba con la amistad de Mateo. Me metía mucha caña en la rehabilitación, pero al mismo tiempo me cuidaba como el que más.

Los días iban pasando. Mi recuperación era lenta, pero con resultados que me llenaban de esperanza. Mateo era duro en los ejercicios, exigente, siempre repitiendo que algún día se lo agradecería. Lo mejor de todo es que había recuperado sensibilidad en las piernas, y eso me obligaba a esforzarme todavía más.

Sabía por Raúl cómo estaba Enol. No porque él me contara nada *motu proprio*, sino porque yo tenía que rogarle que me dijera algo. Seguía en el pueblo, pasando consulta, aunque, según Raúl, ya no era el mismo de siempre. Con la niña disimulaba lo que podía, pero no engañaba a nadie. A Sofía la había visto un par de veces, cuando vino a sus revisiones.

Ese día era muy importante para mí: comenzaba a intentar caminar. Estaba nerviosa, no lo voy a negar; me daba mucho miedo caerme y venirme abajo.

Cuando vino el celador a recogerme, me preguntó si estaba preparada. Le contesté que estaba acojonada, lo que hizo que soltara una carcajada.

—Llegas tarde —me dijo Mateo nada más entrar.

—Lo siento, pero salí a correr y conocí a alguien en el parque. Me invitó a desayunar y se nos fue el tiempo.

—Qué capulla eres. Me alegro de que estés de humor, porque hoy será duro. Genoveva, quiero que te mentalices: no va a ser fácil. Será duro, llorarás lágrimas de sangre. —Me lo quedé mirando muy seria—. Eso es broma, pero no me digas que no queda bien.

—Tan bien que me he cagado en las bragas, más que nada porque no puedo ir al baño corriendo. —Soltó una carcajada, negando con la cabeza.

Pensaba que Mateo exageraba, pero no: tenía razón. Iba a ser muy duro, iba a llorar, pero por cada paso que daba con su ayuda, más ganas tenía de volver a andar. Hubo momentos en los que pensé que me iba al suelo y me paraba en seco; otras veces, era él quien me hacía reír y entonces temía caerme.

Terminé agotada, rendida. La verdad es que fue un día duro, pero también gratificante. Tras la sesión de rehabilitación, algo había cambiado en mí: mis ganas de luchar. No solo por mí, sino también por el hombre al que amaba.

—Mateo se siente ignorado, qué pena más grande.

—Qué *melodramática* eres. Estaba pensando… ¿qué me decías?

—¿Te apetece comer conmigo? No será en un restaurante de lujo, pero sí una buena cena.

—¿Comida basura? —le pregunté, haciendo un puchero.

—Lo que tú quieras, ¿qué es lo que te apetece?

—Una hamburguesa, pero que lleve de todo.

—Eso está hecho. Ven, vamos al restaurante.

—Estás loco, no me dejarán salir.

—¿Y quién te dice que vamos a salir?

Se puso detrás de mí, empujando la silla. Me llevó por un pasillo que no reconocía; iba saludando a todo aquel que encontraba en el camino. Vi que el pasillo terminaba, pero de pronto giró por otro y entró en la primera puerta.

—Bienvenida a mi santuario. Ponte cómoda, voy a pedir la mejor hamburguesa que hayas comido en tu vida.

Mientras él pedía las hamburguesas, me fui hacia la ventana. Al mirar por ella me quedé helada: ahí estaba él, Enol. Lo vi muy desmejorado y eso me dolió en el alma, porque en parte era por mi culpa. Estaba con Sofía. Sonreía por algo que la niña le había dicho, pero esa sonrisa no le llegaba a los ojos.

—Es guapo el condenado. —Escuché decir a Mateo a mi espalda.

—Sí, guapo es, y además una gran persona. Estoy segura de que será un buen padre.

—Ha luchado mucho por tener a Sofía con él. Ser padre soltero no es fácil, y menos a la hora de adoptar.

—¿Quieres saber una cosa? —asintió con la cabeza—. Yo también iba a informarme para ver si tenía posibilidades de adoptar a Sofía.

—Interesante… —Sonrió Mateo—. Bueno, señorita, dejemos tristezas y vamos a disfrutar de la comida.

Lo tenía todo planeado, o al menos eso parecía, porque el tiempo que tardaron en traer las hamburguesas fue nada. Y cuando vi la mía, se me hizo

la boca agua: doble de carne, beicon, pepinillos, queso, cebolla… además de aros de cebolla y patatas con queso para compartir.

—Me voy a poner como el Kiko —le dije justo después de dar el primer bocado, un bocado que me hizo gemir—. ¡Cuánto tiempo hacía! Voy a llorar.

—Pues no llores, mejor córrete de gusto mientras te la comes —respondió riendo.

Durante la comida me estuvo contando lo mal que lo había pasado cuando confesó en su casa que era gay. El único apoyo que tuvo fue el de su madre; su padre y su hermano dejaron de hablarle hasta el día de hoy.

—Lo siento… tiene que ser duro que tu familia no te acepte tal y como eres.

—Para mí lo más duro fue ver lo mal que lo pasó mi madre. Cuando cumplí dieciocho años, mi padre me echó de casa. Ella se negó. Le dijo que si yo salía por la puerta, ella iba detrás de mí. —Mateo bebió un sorbo antes de continuar, con los ojos brillantes.

—¿Y te quedaste? —le pregunté con una sonrisa esperanzada.

—No. Mi padre dijo que, si no estaba de acuerdo, que se fuera conmigo.

—Qué triste debe ser eso.

—No lo sabes bien… y más cuando ves que el hombre al que llamas padre echa a su propia mujer a la calle.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando hizo un parón más largo—. No hace falta que sigas si te hace daño.

—No te preocupes. A mis treinta años, no se olvida, pero se sigue adelante. Mi madre murió tres días después de un infarto. Mi abuela siempre dijo que la mató el sufrimiento, de amar al mismo demonio.

Le llamé para que se acercara y lo abracé. Era muy duro lo que me había contado, pero al mismo tiempo admirable: un chico que, con apenas dieciocho años, tuvo que buscarse la vida para poder terminar sus estudios.

—Mi abuela hizo mucho por mí. Ya llevo cinco años sin ella. De mi padre y mi hermano ni sé nada… ni quiero saberlo.

Qué triste, pensé. Luego llegó mi turno con el helado: el de contarle mi historia. Le conté todo, sin vergüenza. Después de lo que me había confesado Mateo, no iba a andar con mentiras. Cuando terminé de hablar, suspiró.

—Guau… una vida muy interesante, Geno. No te avergüences de lo que has vivido. Son experiencias, y al final eso también es riqueza. Pero si me dejas darte un consejo, creo que ya es hora de que luches por el amor. No tengas miedo. En esta vida hay que arriesgarse para ser feliz.

—Para ser feliz… o para acabar infeliz, según se mire.

—No seas injusta contigo misma. Primero hay que darse la oportunidad de ser feliz, y si luego sale mal, pues al menos lo intentaste. No te niegues a vivir algo bonito… quién sabe, quizá para toda la vida.

Terminamos de comernos ese helado en silencio. Al rato me llevó de vuelta a mi habitación y se despidió de mí con un abrazo.

Estaba agotada, pero había merecido la pena pasar tiempo con Mateo. Necesitaba cerrar los ojos, y también pensar. Sus palabras me habían abierto los ojos. No pude evitar que Enol viniera a mi mente… y todo el daño que yo misma le había causado.

Me estaba quedando dormida cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Me dejas pasar? —Escuché una vocecita.

—Claro que puedes pasar, no hace falta que llames, entra cuando quieras.

—¡Sofía! Te dije que no entraras… —Me quedé sin palabras al verlo—. Perdona, no me di cuenta de que se había escapado.

—No te preocupes, no pasa nada. ¿Cómo estás?

—No creo que te importe cómo estoy, pero te diré que mejor que nunca. Vámonos, Sofía.

—Pero, papá, yo me quiero quedar un rato.

—He dicho que nos vamos. —Me miró fijo—. Me alegro de que te estés recuperando.

—Sofía, dame un beso y hazle caso a tu padre.

Cuando la puerta se cerró, no pude evitar romper a llorar. No sabía si lo que me dolía en sus palabras era rabia, odio o simplemente tristeza. Quizá un poco de todo. Sabía que le había hecho daño, y él no se lo merecía.

No recordaba haber llorado tanto como lo hacía últimamente. Pero me prometí que serían las últimas lágrimas. Primero me iba a recuperar del todo. Después lucharía por ser feliz… y por hacer felices a las dos personas que más me importaban, aparte de mis padres y mi abuela.

Capítulo 34



Enol

Habían pasado seis meses desde la última vez que vi a Geno. Me dolió mucho haberle hablado de aquella manera, pero lo que más me partió fue ver la carita de Sofía cuando le dije que no volvería a verla.

Sin que Geno lo supiera, seguí toda su recuperación desde la sombra, gracias a mis compañeros, pero sobre todo a Raúl. No tendré vida suficiente para agradecerle la paciencia que tuvo conmigo: aguantó mis malos humores, mis contestaciones cortantes y mi silencio.

Aquel día me habían dado dos noticias que me alegraron el alma. La primera, que Sofía tenía el alta. Solo tendría que ir a revisión cada seis meses, lo cual era un milagro comparado con todo lo que había pasado. La segunda, que a Genoveva también le habían dado el alta. Me emocioné por ella, sabía que lo había pasado francamente mal. Como ya os dije, siempre estuve pendiente en las sombras. Y es verdad: sin Raúl y sin Mateo, nada hubiera sido posible. A este último le debía mucho; incluso llegó a esconderme más de una vez en la sala de rehabilitación para que pudiera verla sin que ella se enterara.

Fue muy duro escucharla llorar, maldecir, desfallecer… pero también me sentí orgulloso de su esfuerzo, de cómo cada día daba un paso más, aunque fuera pequeño. La amaba con toda mi alma. Nunca entendí del todo su forma de ver la vida y de vivirla, no la juzgaba, pero me dolía que no se diera la oportunidad de amar, ya fuera conmigo o con otra persona.

Aquella tarde estaba en mi casa de la ciudad. Sofía se había quedado con mi abuelo. Raúl me había pedido que pasara el fin de semana con él. Al principio pensé en negarme, no quería dejar a mi abuelo solo con la niña, pero él mismo me convenció: era la manera de agradecer a Raúl todo lo que había hecho por mí.

Habíamos quedado en su casa. Se le había metido en la cabeza preparar una cena especial y luego salir a tomar unas copas. Quería que yo probara una receta nueva, y decía que quién mejor crítico que yo.

Me miré por última vez en el espejo del recibidor y salí, cerrando la puerta con llave. Caminé hasta la parada de taxis de la esquina. Esa noche no quería coger el coche, necesitaba desconectar. Durante el trayecto, pensé inevitablemente en ella. ¿Cómo no hacerlo? Geno había entrado en mi vida de golpe, sin pedir permiso. Ojalá me hubiera dejado entrar a mí en la suya con la misma facilidad.

—Hemos llegado —me avisó el taxista, sacándome de mis pensamientos.

—Perdón, iba distraído —respondí. Le pagué y, con un gesto amable de su parte quitándole importancia, le deseé buena noche.

Raúl vivía en una urbanización muy bien ubicada. Su casa era impresionante: de una sola planta, moderna, sin que le faltara de nada. Lo que más le gustaba —y siempre lo decía— era la parte trasera, con su jardín y piscina, motivo principal por el que la había comprado.

—Ya pensé que no llegabas —me dijo nada más abrirme la puerta—. Eres peor que una mujer.

Solté una carcajada.

—No te quejes, solo me he retrasado diez minutos.

—¿Cerveza? —preguntó mientras ya sacaba dos del frigorífico, sin darme tiempo a contestar—. ¿Cómo estás?

—¿Debería estar mal? —le devolví la pregunta.

—Te conozco. Sé que estás contento por las noticias, pero todavía no eres tú, Enol. No quiero verte como cuando…

—Sabes que me lleva tiempo, pero tranquilo, siempre me levanto.

—Lo sé, pero no quiero verte hundido otra vez.

—Déjalo ya. —Zanjé, dándole un sorbo a la cerveza.

—Esta noche te vas a chupar los dedos. Bueno, quizás chupes algo más —dijo con picardía. Negué con la cabeza mientras él soltaba una carcajada—. Anda, cariñito, sal al porche que ya puse la mesa. Yo caliento la cena.

Salí aún riéndome, pero aquella risa se convirtió en carcajada cuando vi lo que había preparado. No solo había mantel, también una vela en medio de la mesa, como si fuera una cena romántica.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan *marujón*? No te pega para nada.

—Yo se lo pedí.

Esa voz… Giré lentamente la cabeza, y allí estaba.

—Hola, Enol.

—Hola, Genoveva —le dije sin atreverme a dar un paso.

—Me voy, tortolitos —intervino Raúl con media sonrisa—. Mañana nos vemos.

Nos dejó solos. Ella se quedó de pie, apoyada en un bastón, tan hermosa que me dolía mirarla.

—Sé que no quieres saber nada de mí —continuó—, pero me gustaría que cenaras conmigo esta noche. Que podamos hablar con calma. Después, si lo prefieres, me iré y no volverás a saber de mí.

No me había movido del sitio. Estaba clavado en el suelo, observándola, intentando asimilar que estaba allí, tan cerca.

—No sé qué decir… pero ven, siéntate. No me esperaba verte, pensé que te habías marchado con tus padres.

—No, antes de irme tenía algo que hacer. Quería hablar contigo… pedirte perdón por el daño que te hice.

Abrí la boca para responder, pero no me dejó.

—No digas nada. Me fui por miedo. Miedo a enamorarme de ti, miedo a no poder estar solo con un hombre.

—Eso nunca lo sabrás si no te arriesgas. Pero no te preocupes, por mi parte todo está bien. Y si tanto lo deseas, tienes mi perdón.

Dejé la cerveza en la mesa y me levanté con la intención de irme. Me dolía verla y no poder tenerla.

—No te vayas. Quiéreme mientras se pueda. —Sus palabras me detuvieron en seco—. Dame la oportunidad.

Se levantó con esfuerzo y avanzó hacia mí. Vi cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas. No pude evitar acercarme. Se las sequé con las yemas de los dedos y la besé. Primero un roce suave, luego una mirada, después otro beso más profundo. Nuestras lenguas hablaron por nosotros, hasta que nos faltó el aire.

La tomé en brazos sin previo aviso; soltó un pequeño grito sorprendido. La llevé a la habitación donde solía dormir cuando me quedaba en casa de Raúl. Cerré la puerta y la deposité con cuidado en la cama, sin querer que forzara las piernas más de lo necesario.

Fui desnudándola despacio, besando cada rincón de su piel. Me deleité en el estremecimiento que recorría su cuerpo, en cómo se le erizaba la piel, en cómo su respiración se volvía cada vez más agitada.

—No imaginas cuánto deseaba tenerte así —le susurré al oído—. No imaginas cuánto te amo.

Seguí recorriendo su cuerpo sin prisa. No quería acabar rápido; quería alargar cada segundo. Cuando llegué a sus partes más íntimas, se estremeció aún más, y yo sonreí ante aquella reacción.

—Enol, la cena se enfriará.

—¿Quién piensa ahora en la cena? —le respondí mientras comenzaba a lamer sus partes.

—También es verdad… ¿quién quiere cenar teniendo el postre delante? —Rio, y yo no pude evitar soltar una carcajada.

Me entretuve con calma, disfrutando tanto como ella: ella de mi lengua y yo de ese manjar que me ofrecía. No tardó ni dos minutos en estremecerse en un orgasmo que la hizo gritar mi nombre.

—Métela ya, que lo estás deseando —me pidió con urgencia.

La miré con los ojos entrecerrados, provocándola.

—¿Haciéndote sufrir? Creo que menos sufrir, te estoy haciendo de todo.

Si las miradas mataran, yo ya estaría muerto. Para no tentar más a la suerte, tomé sus piernas y las apoyé sobre mis hombros. Nuestros ojos se encontraron, y me perdí en el brillo de su mirada.

Entré lentamente en ella, disfrutando de cada centímetro, saboreando sus resoplidos.

—¿Te pasa algo, nena? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí… que no quiero que vayas lento, nene.

—Lo siento, pero esta vez será así. Quiero sentirte despacio. Después, quién sabe… porque no creas que esto termina aquí: aún queda mucha noche

por delante.

No la follé; le hice el amor como merecía. Sus gemidos, sus súplicas de «dame más, por favor» hicieron que por momentos perdiera el control.

—Enol, no me tortures, dame fuerte.

En lugar de contestar, salí de ella y dejé su intimidad expuesta. Pasé mi lengua por su humedad y me volví loco con la forma en que se contraía bajo mis caricias. No tardó en correrse de nuevo, gimiendo sin pudor.

—Me vas a matar con esos gemidos…

—Aún no —me dijo con una sonrisa pícara, poniéndome bocarriba—. Ahora sí puede que te mate yo.

Se arrodilló y tomó mi miembro entre sus manos, acariciándolo con mimo, hasta que sentí su lengua caliente recorrerme desde la base hasta la punta. Me estremecí cuando la noté juguetear en el glande, arrastrando con la lengua esas gotas que pedían ser lamidas.

Llevé mis manos a su cabeza para guiarla, y ella empezó a marcar el ritmo, tragándosela entera. Vi cómo unas lágrimas asomaban en sus ojos; no supe cómo interpretarlas, pero quise pensar que eran del esfuerzo, porque no se detuvo y siguió engullendo hasta que no pude más y la aparté.

La coloqué a cuatro patas, como tanto deseaba, y la penetré de una sola vez. Me detuve al escuchar su grito, pero sus palabras fueron claras: que no parara. Obedecí, empujando una y otra vez hasta que juntos alcanzamos el clímax.

—Ahora sí… vamos a cenar, que estoy desfallecida —dijo, con una expresión que me hizo soltar una carcajada.

—Pues has empezado por el postre.

—Y después habrá que repetir el postre.

Fuimos a la cocina a calentar la cena. Mientras comíamos, hablamos de todo lo que habíamos pasado en el tiempo que estuvimos separados. No hubo reproches, solo calma. Le dije lo orgulloso que estaba de ella, de cómo había luchado, y también le conté cómo todo aquello me había llevado a dar el paso más importante de mi vida: adoptar a Sofía.

Capítulo 35



Desperté abrazada a Enol. No podía creer que estuviera con él, que me hubiera perdonado, que quisiera tenerme en su vida. Alargué la mano para mirar la hora: no eran más de las ocho. Apenas habíamos dormido, porque la noche se había alargado entre conversaciones y lo que no eran precisamente conversaciones.

—¿Otra vez te vas a ir sin despedirte? —me dijo, tirando de mí cuando intenté levantarme.

—Bueno, si quieres que me haga pis en la cama, me quedo.

—No, yo lo que quiero es otra cosa. —Me atrajo hacia él con esa sonrisa suya.

—Es en serio, si no voy al baño me lo hago encima… y Raúl se cabreará cuando le digas que te has meado en uno de sus colchones.

—Serás caradura… anda, tira, pero no tardes. Aquí tengo algo duro y no sé qué hacer con ello.

—Ja, ja, ja, vaya que no… pero tranquilo, que yo sí sé qué hacer con eso —salí del cuarto muerta de risa.

Cuando regresé del baño, lo encontré hablando por teléfono. En ese momento me entraron ganas de ser mala. Me metí bajo las sábanas y gateé despacio hasta llegar a «lo duro». Sin pensarlo, me lo metí en la boca. Observé su reacción: dejó escapar un gruñido que disimuló con una tos. A mí

me entró la risa floja. Pensando que ya lo había dejado tranquilo, volví a metérmelo en la boca, saboreándolo.

Se despidió de quien fuera y, de pronto, me sujetó la cabeza con firmeza.

—Joder, Geno, no me vuelvas a hacer esto… Raúl lo ha notado. Por cierto, dice que viene a comer, que no nos vayamos.

—Calla y no me distraigas —alcancé a decir, pero no tuve tiempo de volver a lo que estaba haciendo porque me dio la vuelta de golpe.

—Ahora me toca a mí. Ojalá te llamen por teléfono.

No pude evitar reírme. No era solo lo que dijo, sino cómo lo dijo. La risa se me cortó de golpe cuando sentí su lengua entre mis piernas. Ese hombre me ponía cardíaca. Nadie, absolutamente nadie, había sabido usar la lengua como lo hacía él. Ya sé que las comparaciones no son buenas… pero tenía que admitirlo.

—Dios, me vas a matar, Enol. Joder, qué bien entrenada la tienes —le dije sin poder contenerme.

Él me miró y soltó una carcajada.

—Son muchos años chupando tapas de yogures.

Esta vez fui yo la que rompió a reír.

Siguió jugueteando con su lengua en mi clítoris mientras introducía dos dedos en mí. Así llegó mi primer orgasmo. No me dio tiempo a reponerme cuando me penetró. El sexo con Enol era una auténtica pasada: sabía cómo y en qué momento dejarme con las ganas para que el placer creciera todavía más.

Hubo un instante en el que pensé que ya no podía más… pero el condenado no me hizo ni caso. Hasta que no me llevó al tercer orgasmo, no tuvo el suyo.

Después se metió en la ducha. Me invitó a que me duchara con él, pero le dije que no: si entraba, no saldríamos del dormitorio en todo el día.

Cuando llegué a la cocina, ya tenía el desayuno preparado en una bandeja para salir al porche. Gemí con el primer bocado que le di a la tostada.

—¿No has tenido bastante? —me preguntó con una sonrisa pícara.

—Nunca se tiene bastante, pero te diré que, por ahora, estoy satisfecha.

—Pues deja de gemir por cada bocado que das.

—Vale, me estaré quieta. Quiero comentarte algo, aunque igual no te gusta la idea.

—Si no me lo dices, no sabré si me gustará.

—Me voy este fin de semana a mi casa. Me gustaría que Sofía y tú vinierais conmigo. Bueno, si de verdad te apetece. Podríamos llevar a la niña al parque de atracciones o al museo de cera.

—Me parece una idea estupenda. Y no creo que Sofía diga que no. ¿Otro café?

—Por supuesto que sí. Pero hay un problema: vivo con mis padres.

—Eso no es problema. Nos quedaremos en un hotel. Por cierto, aún no me has dicho dónde te estás quedando.

—Aquí —me encogí de hombros—, no tenía a dónde ir.

Vi cómo le cambió el semblante. Tal vez pensaba que entre Raúl y yo había pasado algo.

—Sé lo que estás pensando, y no, no ha pasado nada. Ni pasará.

—No he dicho nada.

—No hace falta, Enol. Solo hay que ver tu cara… y lo que sabes de mí.

Recogí lo de la mesa y me fui a la cocina. Su actitud me dolió; en parte lo entendía, pero, aun así, dolía, y mucho. Terminé de fregar los platos, fui al cuarto, quité las sábanas y las metí en la lavadora. Luego me asomé a la ventana: él seguía en el mismo sitio donde lo había dejado.

Había sido una mala idea. Si no confiaba en mí, nunca podríamos estar juntos. Y justo ahora, que por fin me había enamorado como jamás pensé hacerlo.

—Genoveva, tengo que irme, me ha surgido algo urgente.

—¿Vienes a comer? Qué pregunta más tonta… no vendrás.

—No lo sé, sinceramente.

—Enol, piénsalo bien. Me ha costado mucho dar este paso. No me voy a arrastrar más, ni por ti ni por nadie. Si no vas a confiar en mí, dímelo, pero no me des evasivas.

Se quedó parado, apretando los puños. Esperé a ver su reacción. De pronto, se volvió, me arrastró contra la pared y me besó. Un beso posesivo, como si fuera un perro marcando territorio. Al pensarlo, me dio por reír.

—¿Y ahora qué? —me dijo en tono enfadado.

—Pensé que eras un perro marcando territorio.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Yo no podía parar de reír—. Joder, Geno…

—Lo siento. ¿Vendrás a comer? —le pregunté, echando mano a sus partes.

—Vendré a comer, pero como sigas así, no comeremos ninguno de los dos.

Solté una carcajada y, todavía sonriendo, llamé a casa para comentar lo del fin de semana.

—¿Quién coño llama a estas horas? —me tuve que reír con la contestación.

—Abuela, yo, tu nieta favorita, la Geno.

—Yo no tengo nieta, no tengo ni hijos. Espera, voy a llamar al camarero, que no me entero de nada. ¡Camarero, aquí hay una loca que dice que es mi nieta!

—Dame el teléfono, mamá. —Escuché decir a mi padre—. ¿Quién es?

—Hola, papá, menos mal. Pensé que me colgaba.

—Hola, hija. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Llamaba para deciros que este fin de semana voy con visita.

—¿Puedo saber quién?

—Papá, seguro que sabes ya quién es, no me tomes por tonta.

—Lo sé, hija, pero no quería equivocarme. Se lo diré a tu madre cuando venga.

—Ya os contaré más detenidamente. Te dejo, papá. Un beso para cada uno.

—Cuídate, hija. Otro para ti.

Colgué con una sonrisa. Me daba la sensación de que mi padre sabía más que yo. Pero bueno, si era lo que pensaba, ya se confirmaría.

—Amor, ya estoy en casa —gritó Raúl al cabo de una hora, soltando una carcajada.

—Como te escuche Enol, te partirá las piernas.

—Cuánta agresividad en mi propia casa, ¿harías eso a tu mejor amigo? —Lo escuché decir.

—No me pongas a prueba —le contestó Enol.

—No me pongáis a prueba a mí, que os retuerzo donde más os duele.

—Amigo, toda tuya. Yo aprecio mucho mis partes —dijo Raúl, y terminamos riendo.

Comimos entre risas, metiéndonos con Raúl a cada momento y recordando las locuras que habíamos hecho en la vida.

—Bueno, después de estos platos tan exquisitos vamos con el postre —dijo Raúl con tono burlón.

—Capullo, pero si no has traído nada —le contesté.

—El postre eres tú, ¿verdad, Enol?

La cara de Enol cambió por completo. Raúl soltó una carcajada, pero yo no apartaba la vista de Enol, que se estaba poniendo cada vez más rojo de la rabia.

—Joder, tío, respira, que es broma —le dijo Raúl dándole una palmada en la espalda—. ¿De verdad crees que, con todo lo que has pasado y como te he visto, me jugaría nuestra amistad? Hemos compartido mucho juntos, incluso la hemos compartido a ella, pero porque no había nada entre vosotros. Sé respetar, y solo entraría si los dos estuvierais de acuerdo.

—He estado a punto de romperte la cara —le soltó Enol, todavía cabreado.

—Bueno, dejad las tonterías que voy a sacar el postre. A no ser que me queráis de postre a mí.

—Me voy a mi casa. Geno, pensé que habías cambiado, pero veo que sigues siendo la misma de siempre. Ahora entiendo lo que ha pasado entre vosotros en esta casa.

—¿De verdad crees eso? —le dije con lágrimas en los ojos—. Te estábamos gastando una broma, sí, de mal gusto, pero una broma al fin y al

cabo. Acabas de demostrarme que mi pasado lo tienes muy presente.

—Geno, no se lo tengas en cuenta. La culpa ha sido mía. —Raúl nos miró serio—. Os pido perdón a los dos.

—No, Raúl, sí se lo tengo en cuenta. Y no, no es culpa tuya. La culpa es mía por creer que mi pasado estaba enterrado. Que tampoco sé qué tiene de malo, si no tenía que dar explicaciones a nadie… En fin, recogeré mis cosas y me voy hoy mismo a Madrid.

—Genoveva, perdóname. —Me agarró del brazo Enol—. No debí decir eso, lo siento.

—Créeme, yo también lo siento. Y mucho.

Los dejé allí, en la mesa, y fui a por mis cosas. No tenía gran cosa, apenas una maleta preparada. Mi idea era irme con Enol después de comer a su casa. Pero al final, la única que se iba era yo.

Capítulo 36



Salí del dormitorio. Solo escuchaba a Raúl diciéndole a Enol que me iba a perder otra vez, y que esta vez sí sería por su culpa.

—Bueno, chicos, me marcho. Raúl, gracias por tu hospitalidad —le di un abrazo—, cuídate mucho.

—Geno… nos veremos pronto.

—Cuando quieras, tienes casa en Madrid. No creo que yo vuelva por aquí. Enol, que te vaya bien todo. Dale un beso muy fuerte a Sofía y al abuelo de mi parte.

—Geno, por favor…

—No digas nada. Cuidaos mucho y, sobre todo, no perdáis una amistad de tantos años por una mujer.

Me dirigí a la puerta sin mirar atrás. No porque no quisiera, sino porque no podía aguantar más mis lágrimas. Sus palabras se me habían clavado como puñales.

Una vez en la calle pedí un taxi. Mientras lo esperaba, notaba las miradas de la gente. Una mujer mayor se me acercó y me preguntó si estaba bien.

—Sí, no se preocupe. Es solo nostalgia —le contesté con una sonrisa forzada.

Llegó el taxi. El conductor cogió mi maleta y, cuando ya estaba dentro, me preguntó a dónde quería ir.

—A la estación de tren, por favor —le dije, acomodándome contra el respaldo y cerrando los ojos.

No estaba lejos; apenas diez minutos más tarde me dejó en la puerta.

—Ya hemos llegado, señorita.

—Gracias. —Pagué la carrera y, antes de que me bajara, el taxista sacó mi maleta del maletero y me la entregó.

—Que tenga un buen viaje.

—Gracias, y que usted tenga una buena tarde.

Entré en la estación y fui directa a la ventanilla para sacar el billete. Con todo resuelto, llamé a mi padre para preguntarle si podría recogerme o tendría que coger otro taxi al llegar.

Ya tranquila, me senté a esperar. Quedaban dos horas para que saliera el tren.

—¿Qué tienes, niña? —me preguntó una mujer mayor sentada a mi lado—. Esa cara solo puede ser cosa de un hombre.

—¿Es usted adivina? ¿O es que lo llevo escrito en la frente?

—Nada de eso, *fía*. Es que la cara que traes es la misma que tenía mi hija cuando la dejó el novio.

—¿Qué es «fía»? Lo de niña lo entiendo, pero eso no.

—Ah, que no eres de aquí. «Fía» es hija —asentí con la cabeza.

—Soy de Madrid, me vuelvo a casa.

—Anda, pues yo también, qué casualidad. A ver si nos toca juntas, que este mes me toca con mi hija la pequeña, y no me gusta viajar sola, me aburro.

—Pues hoy no soy muy buena compañía. Ni yo misma me reconozco… siempre he sido la alegría de la huerta, pero de un tiempo a esta parte estoy *revenía*.

—Anda ya, mujer, no digas tonterías. Un mal día lo tiene cualquiera… o viene de aquí. —Me señaló el corazón.

—Ya no sé ni de dónde viene.

—Venga, vamos a la cafetería. Nos tomamos un café con un dulce y verás qué bien te sienta.

No me dio opción a decir nada, me agarró de la mano y me llevó directa a la cafetería.

Lupe, que así se llamaba la mujer, me contó casi toda su vida de un tirón. Apenas me dejaba hablar; solo me decía: "Tú come, que estás muy delgada." Me hacía reír, sobre todo cuando aseguraba que aún no estaba tan vieja como para andar de casa en casa dependiendo de los hijos.

—Lo único que me alegra es que voy a pasar un mes con mis nietos.

—Ve, ya tiene una buena razón para ir a casa de su hija.

—Niña, mira qué muchacho más guapo. No deja de mirar para acá, y yo no lo conozco.

Cuando me di la vuelta para ver a ese muchacho, me quedé con las patas colgando, como se suele decir. Me giré hacia Lupe, haciéndome la tonta.

—Pues no sé quién es. Yo no lo conozco.

—Ay, hija… para no conocerlo bien nerviosa te has puesto. —Jodida mujer, que lo cazaba todo al vuelo—. No mires, pero viene para acá.

—Genoveva, ¿podemos hablar? Por favor, te lo pido.

—Ya lo hemos hablado todo, no hay más que hablar.

—Hija, escúchalo. ¿No ves la carita de cordero degollado que tiene? Anda que, si fuera a mí, ya le habría comido primero los morros, y después ya hablaríamos.

No pude evitar reírme con las ocurrencias de esa mujer.

—Siéntate, hijo. Háblale, que te va a escuchar. Yo me quedo aquí, que esto es más interesante que una novela turca.

—Ja, ja, ja. Hay que ver qué alcahueta es usted, señora Lupe —le dije riéndome.

—No me importa que me escuche —dijo Enol, mirándome—. Perdóname, Geno, sé que he sido un idiota, pero no quiero perderte otra vez. ¿No hemos sufrido ya bastante? Dame una última oportunidad, no me eches de tu vida.

—Ay, hija… si tú no vuelves con él, ya lo hago yo —me soltó Lupe llorando, y tuve que reírme otra vez.

—Señora, no me malinterprete, pero la prefiero a ella.

—Muchacho, como me digas que me prefieres a mí, me da un infarto aquí mismo —dijo riendo.

—Ya tengo el billete y he avisado a mi padre para que me recoja —dije yo, bajando la voz.

—Yo también tengo billete, y le he pedido a mi suegro que me recoja.

Cuando escuché esas palabras, me quedé sin respiración. ¿Qué había dicho?

—Bueno… mi futuro suegro. No me mires así.

Iba a contestarle cuando escuché una voz a mi espalda.

—Geno, Geno… —Al mirar hacia atrás, vi a Sofía corriendo hacia mí y, un poco más atrás, a Raúl con una maleta y una sonrisa.

—Hola, mi amor, ¿pero qué haces aquí?

—Me voy contigo a Madrid. Mi papá me ha dicho que me vas a llevar al parque de atracciones y que vas a ser mi mamá.

—Hija, te dije que era un secreto.

—Señor, gracias por poner a estas personas en mi camino —dijo Lupe mirando al techo.

—¿Eres la abuela de Geno? —le preguntó Sofía.

—No, soy la abuelita de otros niños. Anda, ven y dame un abrazo, chiquitina.

Sofía se abrazó a mí con tanta fuerza que pensé que me ahogaba.

—Hija, que nos quedamos sin madre… —Todos los que escucharon estallaron en carcajadas.

—Bueno, pareja, yo me voy. Ya me contaréis —nos dijo Raúl, marchándose.

—Raúl —lo llamé—, ni se te ocurra irte sin darme un abrazo.

Se le dibujó una sonrisa y vino hacia mí.

—Tú no quieres un abrazo, tú lo que quieres es que me corte los huevos —dijo, mientras me daba ese abrazo fuerte y sincero.

—Anda ya, si eres el mejor de los amigos. Espero que no tardemos mucho en vernos.

Me quedé mirando cómo se alejaba. Le tenía un cariño enorme y además muchas cosas que agradecerle. Al darme la vuelta, la escena que encontré era digna de enmarcar: Sofía sentada en el regazo de su padre, contándole un cuento a Lupe, mientras Enol la observaba embelesado.

El viaje a Madrid fue como lo había anticipado: ni Lupe se aburrió ni yo tampoco. Sofía tenía energía para todos y para repartir.

Cuando llegamos, nos despedimos de Lupe, deseándole lo mejor. Allí estaba mi padre, apoyado en el coche, con una sonrisa y los brazos abiertos. Como una niña pequeña, fui hacia él; no corrí porque todavía no me veía con fuerzas, pero sí avancé a paso ligero.

—Hija, qué alegría más grande, por fin estás aquí.

—Hola, papá, pero como ves, no vengo sola.

—¡Abuelito, abuelito, que yo también vengo! —dijo Sofía lanzándose a sus brazos.

—¿Cómo que abuelito?, si es mi papá.

—Y tú eres mi mamá —dijo la niña. Mi padre me miró encogiéndose de hombros, y yo no pude evitar reír.

Me dio la impresión de que los días que íbamos a pasar en la ciudad serían moviditos. Ya en casa, cenamos algo y nos fuimos a dormir. La abuela me sorprendió cuando reconoció a Sofía; estuvieron toda la cena juntas, riendo sin parar.

—Será mejor que nos vayamos a descansar —dijo mi padre.

Sofía insistió en dormir con la abuela, y no nos pudimos negar. Enol no tuvo más remedio que dormir conmigo.

—Por fin solos —me dijo abrazándome por la espalda—. Perdóname, por favor. No sé qué me pasó, pero lo que sí sé es que no quiero perderte.

—Enol, no quiero que estemos como el perro y el gato, echándome en cara cosas de mi pasado.

—¿Qué pasado? No me acuerdo de nada de lo que me contaste.

Me eché a reír, risa que él acalló con un beso tras otro, cada vez más intensos.

—Estas paredes son de papel.

—Pues ya sabes: prohibido gritar.

Con esas palabras volvieron los besos, las caricias, las miradas que lo decían todo. Fuimos desnudándonos poco a poco, recreándonos en cada rincón del cuerpo del otro.

Enol sabía cómo hacerme disfrutar. Estuvimos amándonos hasta la madrugada, hasta que el cansancio pudo con nosotros. No sabía qué pasaría después, pero lo cierto era que había decidido vivir el día a día, sin pensar a largo plazo. Simplemente, me iba a dejar llevar.

Epílogo



Tres años después…

Y allí estábamos, tres años después, preparándonos las mujeres para el día de la boda. Sí, me casaba. Me había costado lo mío decidirme; era otra de esas cosas a las que siempre había tenido alergia.

Miraba a las mujeres de mi casa y me emocionaba. Mi abuela ya no conocía a nadie, ni siquiera a Hilario, al que llamaba su novio. Ya no tenía momentos de lucidez, pero aprendimos a vivir con ello. Mi padre había decidido que una enfermera se hiciera cargo de ella en casa, porque no quería que terminara sus últimos días en una residencia.

Sofía, con sus siete años, se había convertido en una niña muy despierta, pero sobre todo cariñosa. Nos sorprendía cómo, a pesar de su corta edad, hablaba con ternura a mi abuela y estaba siempre pendiente de ella.

¿Y qué decir de mi madre? Esa mujer nunca me juzgó, siempre respetó mi manera de ser, incluso cuando no la entendía del todo. Con el tiempo me di cuenta de que a veces le dolía verme tan perdida, pero nunca me lo echó en cara. Solo estaba ahí, con paciencia, esperando a que yo encontrara mi camino.

—Estás muy guapa, mamá —me dijo Sofía.

—Estamos guapas las dos. ¿No ves que vamos iguales?

Había querido que fuéramos vestidas de la misma manera, así que elegí un diseño sencillo: vestido largo, hombros descubiertos, cuello barco, marcando mis curvas, con una pequeña cola.

—Oye —dijo mi madre mirando a Sofía—, ¿estás diciendo que la abuela y yo estamos feas?

—No, no, abuelita. Estáis muy guapas, más que mamá y yo.

—Tampoco te pases —le respondí riendo.

Tocaron a la puerta. Era mi padre, acompañado de la enfermera de mi abuela.

—La madrina, fuera de aquí, que hay un novio histérico esperándote —le dijo a mi madre.

Como Enol no tenía madre, le había pedido a la mía que lo acompañara al altar. Para ella fue un regalo inmenso; siempre había lamentado no tener un hijo varón y ahora, de alguna manera, tendría esa experiencia.

—Maridito, ¿no me vas a decir nada?

—Después, que no quiero ponerte más nerviosa ahora. —Soltó una carcajada y salió de la habitación.

—Estás guapísima, hija —me dijo mi padre dándome un abrazo—. Y tú también, Sofía. Eres la niña más guapa que he conocido.

—Gracias, abuelo. Tú también estás muy guapo.

Con una sonrisa salimos del dormitorio. No voy a negar que estaba nerviosa, no por el paso en sí, sino por todo lo que conllevaba. Confieso que me había costado mucho ser solo de Enol; nunca había estado tanto tiempo con el mismo hombre.

Sobre ese tema tuvimos una conversación muy seria, y no fui yo quien la sacó. Recuerdo aquella cena en la que me dijo:

—No me importa compartirte, si eso es lo que te hace feliz.

Esa confesión me dejó sin palabras. Sabía que tendría que pensarlo mucho, porque no quería hacerle daño. Y si alguna vez lo hacía, solo podría ser con una persona: Raúl.

—Hija, ¿dónde te has ido? Llevo un rato hablándote.

—Perdona, estaba recordando algo.

—Te decía que ya estamos llegando.

Resoplé. Todos los nervios que no había tenido mientras me arreglaba me invadieron en ese momento.

Se abrió la puerta del coche y vi la mano de Raúl tendida hacia mí.

—Estás preciosa, Geno —me dijo dándome un beso en la mejilla—. Si alguna vez te cansas de él, acuérdate de mí.

—Ja, ja, ja… Tú también estás guapísimo, lo tendré en cuenta.

Mi padre ya me esperaba. Me agarré a su brazo y entramos al juzgado, donde nos casaríamos. Queríamos una ceremonia íntima, sin grandes despliegues.

—Hija, otra vez te has quedado en las nubes. Así no te casas ni en un año.

—Lo siento, papá, ya sabes que me voy de aquí a allá en un segundo.

Miré hacia donde estaba Enol, sonriente.

—Pensé que no venías —me susurró al oído.

—Y dejarte solo… ni lo sueñes.

Nos dimos el «sí, quiero» emocionados. Si me preguntaran qué dijo el juez, no lo recordaría; los nervios me jugaron una mala pasada, tanto que

hasta me costó pronunciar esas dos palabras.

Al salir, Enol me tapó los ojos con un antifaz: había preparado una sorpresa. Cuando me lo quitó, me quedé sin habla. Estábamos en un hotel rural, en medio de un jardín espectacular, con una fuente en el centro y mesas alrededor.

—¿Te gusta? Fue idea de tu madre.

—Pues ha acertado de lleno. Me encanta.

La celebración fue perfecta. Comimos, bebimos, bailamos y nos reímos como si no hubiera un mañana. Yo miraba a mi alrededor y veía a mi gente feliz: los amigos de Enol, mi familia, mi abuela sonriendo a su manera, y a Hilario charlando con Pelayo como dos críos traviesos.

Hilario ya no tenía relación con Gonzalo. Él había tomado el peor camino: drogas, alcohol, malas compañías… y lo perdió todo. Una pena, pero cada uno elige cómo vivir. Ginés, en cambio, había terminado quedándose con la revista. Lo intentó un tiempo, pero con su estilo fanfarrón y sus trapicheos la hundió todavía más. Para mí fue casi un alivio, porque yo ya había decidido que aquel no era mi sitio.

Diego, en cambio, dio un giro radical: se separó de Covadonga y ahora estaba más feliz que nunca con una compañera de Raúl.

¿Y Raúl? Pues seguía igual que siempre: el soltero más cotizado del hospital. Lo quería con locura, era alguien muy especial para mí. Y sí, en una de esas veces en las que Enol y yo decidimos volver a hacer un trío, él fue el elegido. Si no era con Raúl, no era con nadie, porque la confianza que nos teníamos era única.

En cuanto a Lucre, rechazó mi invitación a la boda. Nunca supe por qué. De un día para otro dejó de hablarme, y yo no quise indagar. Supongo que hay amistades que caducan, aunque te duela reconocerlo. También renuncié a mi puesto de recepcionista en la revista; ya no me sentía cómoda allí, ni con el ambiente ni con las personas. Desde entonces vivía en el pueblo,

trabajando como recepcionista en la consulta de Enol, que al final era lo que de verdad me hacía feliz: estar cerca de él y de Sofía.

Quienes sí estaban eran Nacho y Ana. Y sí, para no perder la costumbre, volvió a aparecer con barriga. Me entró la risa nada más verla, parecía que cada vez que la veía traía un bombo nuevo. Esta vez venían con su hija de la mano, una peque pelirroja igualita a ella, que no paraba de corretear por el jardín como un torbellino. Nacho me guiñó un ojo desde lejos, ese guiño cómplice de «sé que te va bien, y me alegro». Y yo también me alegré por él: habíamos compartido un trozo de vida, y ahora cada uno estaba exactamente donde tenía que estar.

—¿Eres feliz? —me preguntó mi madre con los ojos brillosos.

—Muy feliz, mamá. No pensé que pudiera serlo tanto.

—Hasta que no llega el amor de tu vida, no sabes de qué felicidad eres capaz. Mira quién viene corriendo por ahí.

Sofía traía un sobre en las manos.

—Mamá, quiero hacerte un regalo, pero no uno cualquiera. Este es el mejor regalo del mundo mundial.

—Eso va a ser difícil, porque yo ya lo tengo.

—No puede ser, porque lo tengo yo.

—No, lo tengo yo. Pero viniendo de ti, será el segundo mejor regalo del mundo.

—Papá, me dijiste que iba a ser el mejor. —Me tendió el sobre.

—Hija, te está gastando una broma.

Lo abrí y supe enseguida lo que era: los papeles que decían que Sofía era oficialmente mi hija. Me abracé a ella llorando.

—Ahora sí puedo llamarte mamá.

—Pero si llevas llamándome así desde que nos conocimos. —Reímos juntas mientras salía corriendo.

Más tarde, Enol me abrazó por la cintura.

—¿No piensan irse? Tengo muchas ganas de quitarte este vestido.

—Mejor que se queden un rato más. Total, solo vas a poder quitarme la ropa… —Arqueó las cejas—. No me mires así. Esta mañana me bajó el periodo.

—No me jodas, Geno… ¿No podía haber esperado tres días más?

—Ya ves. Como si pudiera elegir.

—¿En serio?

—Muy en serio.

Raúl, que nos había escuchado, intervino:

—¿En serio, Geno?

Le guiñé un ojo y él estalló en carcajadas. Yo también me rendí y rompí a reír. Enol, rojo de rabia, me cargó al hombro y me llevó a la habitación.

—No me puedo creer que me hayas gastado una broma así.

—Y lo hubieras hecho, no lo dudes.

—Ya me lo dejaste claro.

—Quiéreme mientras se pueda, Enol.

—Te voy a querer siempre, no solo mientras se pueda. Tú me has hecho ver hasta qué punto se puede amar a alguien.

Y yo sabía que era verdad. Desde que lo conocí, no había hecho otra cosa que demostrármelo cada día, conmigo y con Sofía. Me había regalado una familia con la que jamás había soñado, pero por la que estaba dispuesta a darlo todo.

Miré a mi alrededor y sonreí, porque entendí que todo lo que había pasado —las lágrimas, los enfados, las caídas y hasta las cagadas— me había traído justo aquí. Descubrí que amar no era perderme, sino encontrarme en la gente que de verdad me quiere como soy.

Y ahora, con Enol dándome guerra y Sofía revoloteando como un torbellino, ya no me daba miedo nada. El futuro podía venir como quisiera, porque yo ya tenía lo que nunca pensé que tendría: una familia, un hogar y un amor del bueno… del de verdad.

¿Y yo? Pues yo estaba feliz, jodidamente feliz. Y con eso, ya tenía bastante.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora